

OMAYRA MONTES

UN ZUM DE NARANJA EN PARÍS



Un zumo de naranja en París

Omayra Montes

Copyright © 2023 Omayra Montes

Título original: Un zumo de naranja en París

Primera edición: julio 2023

Corrección: Mabel R. Ramos

Diseño de portada: Verónica Espinosa (@veronicaespinosa_)

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Obra registrada en la Propiedad Intelectual y SafeCreative: 2306154595323

ASIN: B0C9G543DB

Contents

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca de la Autora](#)

[Books By This Author](#)

A quienes saben apreciar los pequeños detalles, porque sin ellos no seríamos nada.

Capítulo 1

La carretera de entrada a París se me antoja acogedora. Una pasarela que se abre paso con los rayos de sol de un día de verano. Puedo sentir cómo me invita a acompañarla y yo no puedo más que obsequiarle una sonrisa de oreja a oreja. Miro hacia el lado del copiloto. La minúscula maleta que escogí para este viaje parece un tanto ridícula, con una cremallera que pide auxilio y una cantidad de pegatinas que me da vergüenza admitir. Se parece más a la carpeta que llevaba en el instituto que a una maleta en sí. Pero el cambio de aires me pedía a gritos llevar lo puesto. Sin complicaciones.

«¿Para qué más?», pienso.

Abro la ventanilla y la brisa fresca que inunda mi cara hace latir mi corazón en una mezcla de sensaciones entre incertidumbre y alivio.

Ya está.

La decisión está tomada y no queda otra que avanzar.

Podría haber optado por viajar en avión pero, como los fondos de los que dispongo tampoco son aptos para el derroche, escoger la opción más pesada quizás me dé la oportunidad de despejar mis ideas por el camino. Aun teniendo mil y una ideas de paradas que realizar, fotografías que plasmar y algún que otro picoteo en los descansos. Lo cierto es que los nervios y la euforia se encargaron de que la realidad sea más cercana a un viaje con una escasa parada y el deseo irrefrenable de llegar a mi destino dejando atrás mi maltrecho corazón.

Cada vez me aproximo más a la Torre Eiffel. Estaciono lo más cerca posible; alzo mis brazos y cierro los ojos. Siento el sol posarse en mi rostro y cabeceo hacia delante, dispuesta a deleitarme con el monumento que, tal vez, más ganas tenía de contemplar en mi vida.

Los transeúntes caminan con calma, aunque algunos van con las prisas de un día laboral normal.

Hace un día fantástico de verano y siento que no he podido escoger momento mejor para comenzar mi nueva vida.

Paro en seco. Observo cómo decenas de parejas están sentadas en lo que mi cabeza representa como un pícnic; con la Torre a un lado acompañándolos, ese mantel detestable blanco de cuadros rojos, alguna que otra toalla. Cestas o táperes improvisados. Una escena típica de las películas, quizás, más pastelosas. O de las novelas que aquellas escritoras relatan mostrándonos una cara del amor que yo no he visto jamás. O no, al menos, como me gustaría.

Por un momento me da la impresión de que pueden leer mis pensamientos. Eso, o que ven mis pintas desaliñadas del pedazo de viaje en coche que he realizado. Diversas miradas se fijan en mí. Y no puedo evitar sentir cómo me ruborizo. De golpe, percibo cómo el calor que siento en mis mejillas es el equivalente al que habría en la comunión de Charmander. Y no exagero cuando digo que parece que me he metido en un lío y solo me falta hiperventilar.

Gotas de sudor bailan recubriendo mi espalda a su libre albedrío, regalándome un escalofrío de incomodidad. Cierro los ojos unos instantes y me paro a pensar.

—*Excusez-moi, mademoiselle, pouvez-vous vous écarter?*

—¿Perdón? —Me quedo absorta mirando al frente y miro hacia la procedencia de la voz, pero, sin ver nada. Por unos instantes mi visión es borrosa, y los rayos del sol no ayudan en absoluto. —¿Qué es lo que ha dicho?

—¡Oh, española! Lo suponía —musita.

—¿Cómo dice?— Lo que me faltaba. Que en mi primer día tengan el descaro de meterse conmigo.

—Le digo que se aparte. Está pisando mi mantel y me ha derramado el zumo, ¿no puede mirar por dónde pisa?— Retrocedo de inmediato. Y no puedo evitar sentirme estúpida. ¿Cómo no pude sentir que bajo mis pies descansaba un pícnic? ¡Empiezo bien, sí!

—¡Oh, lo...! ¡Lo siento mucho, de verdad!

Me regala una mirada de soslayo y mi rubor ya ha dado por lo menos diez vueltas sobre mí. Se gira sobre sí mismo y continúa a lo suyo. No vuelve a dirigirme mirada o palabra alguna y no sé qué hacer. Me quedo como una idiota contemplándolo y mirando hacia la torre y los transeúntes con el corazón desbocado y las manos sudorosas.

—Lo siento, creo que debo irme...— Se me ocurre soltarlo así, a bote pronto. Y salgo despavorida hacia mi coche.

Debo seguir las indicaciones que me dejó mi amigo Elliot para llegar a su apartamento. Si llego a la primera, será toda una proeza de mi parte digna de documentar.

Él es mi amigo desde que yo tengo uso de razón. Su afán de superación lo trajo hace mucho a París. Con mucha disciplina, hoy es un médico muy querido en la ciudad parisina y yo no puedo sentirme más orgullosa. Empezamos a estudiar los dos juntos, pero la economía de mi hogar y mi insistente indecisión hicieron que nuestros caminos se separaran; él siguiendo su vocación médica y yo atravesando los caminos de la pasión más bohemia e intensa que tengo: la literatura.

Doy vueltas en bucle en una glorieta hasta que el claxon insistente de los conductores que me acompañan en la carretera, me advierte de que debo decidir por qué camino continuar.

—¡Ya voy, ya voy!

—*Qu'est-ce que vous attendez, allez-y, roulez!*

Qué manera más estupenda de empezar mi nueva vida.

Llego a la calle en la que parece estar el apartamento de mi amigo y me encuentro con unos edificios que nada tienen que ver con lo que me había imaginado. Algo en mí esperaba un ambiente más rococó y no tan modélico. Aunque no pierde las formas de un casco antiguo y su elegante arquitectura, se ve que buscó minuciosamente un lugar en el que no le asocien con las viejas costumbres.

—¡Al fin llegas! ¿Sabes que hace más de tres horas que me has dicho que has entrado en París? Así, como dato, ¿eh?

—¡Vaya! Gracias por el apunte, hombre. No me había dado cuenta.

Nos reímos al unísono por la ocurrencia mientras suelto la ridícula maleta y me quito los zapatos.

Elliot está guapísimo, su cabello castaño peinado de manera desenfadada y esos ojos marrones con motitas como la miel. Ya brillan solos de por sí, pero aumentan con el reflejo de sus gafas. Se nota que ha estado haciendo algo de ejercicio porque su cuerpo, aunque no es musculoso, es atlético y se le ve saludable.

No lo recordaba tan guapo, o tal vez sea que lo echaba mucho de menos.

—¿No piensas quedarte mucho?— Su mirada aturdida me confunde.

—¿Por qué lo dices?

—Por esa mierda de maleta que traes contigo. ¿Qué es eso, Mía? ¿La maleta de las bragas?

—Ja, ja, ja. ¡Muy gracioso, listillo! Me he venido con lo puesto, no aguantaba más la presión y, con las mismas, me vine. ¿Algún problema?

—No, no. Para nada. Solo me llama la atención. Venga, que tienes que descansar. Si quieres

date una ducha o algo.

El apartamento daba la impresión de ser más pequeño desde el exterior, pero lo cierto es que tiene una amplia extensión que abrumba en un inicio. Podría instalar aquí unas cuantas estanterías y todavía habría espacio de sobra para alguna más.

—Es increíble, ¿verdad?

—Sí que lo es, sí... Pero esto tiene que costar un ojo de la cara, ¿no?

—No cortes el rollo, Mía. Eso es algo de lo que no debes preocuparte, ¿me oyes?

—Bueno, vale. Me voy a la ducha. Estoy muerta.

—Eso, que no quiero que me huela a tigresa el apartamento... —Se aleja guiñándome un ojo y yo pongo los míos en blanco.

Entro en la ducha y mi cara es todo un poema. Todo de la marca Axe. Hoy voy a oler de maravilla, seguro. Todavía no tengo esponja, así que opto por frotarme bien con las manos y me maravillo con el olor dulce que desprende. Leo en la etiqueta el aroma al que hace referencia y si bien no lo asocio en un inicio con ello, puede que sí encuentre cierta similitud; *Leather and Cookies* o, mejor dicho, cuero y galletas. Las galletas están bien, ahí está esa fragancia dulzona que invade mis fosas nasales. El cuero, ya no lo tengo del todo claro. ¿Pero qué esperaba si me acabo de mudar al apartamento de un chico soltero?

Salgo de la ducha y las toallas, de un blanco inmaculado, me aguardan. Veo que tampoco hay una de menor tamaño para poder utilizar en la cabeza, así que opto por coger dos del cuerpo. Me seco bien y las coloco para salir al cuarto. Parece que mi cabeza pesa más de la cuenta y se va para los lados cuando veo a Elliot observarme con rostro cómico.

—¡Azúúúúcar! Titirí, titiriri, titirí, titiriri...

Y se pone a bailar al son de un tarareo que pretende rememorar a Celia Cruz, pero que es todo un *fail*. No se le parece en absoluto. Puedo imaginarme cómo unas notas musicales le rodean el cuerpo mientras su mirada risueña me regala años de vida. Pero no se lo digo.

—¿Estás muy chistoso tú o me lo parece a mí?

—Estoy contento porque estás aquí. ¿Te sirve? Tendremos que ir en algún momento al súper a por jabones, a no ser que quieras oler como yo todo el tiempo. Que no pondré pega alguna, claro.

—Me servirá —ríe por lo bajini—. Al menos me he apañado, tranquilo.

—¡Bien! Pues es hora de que comas algo y descanses. Tengo que irme al trabajo, pero esta noche te veo. Relájate y recuerda que estás en tu casa. ¡Nos vemos, pichurrina!

—Chao, tontito. ¡Que te sea leve!

—¡Siempre! ¡Ah! Y te he dejado ahí en el mueble de entrada un juego de llaves; es tuyo.

Elliot tiene la fantástica manía de pronunciar siempre la última palabra. Sea cual sea, él tiene que concluir la conversación. Veo que esa costumbre no se le ha quitado en tierras parisinas y hace que me sienta un poco más en casa.

No sé qué tal irá mi adaptación, pero por ahora, me gusta mi aroma a cuero y galletas que nada tiene que ver con la ciudad de la luz y el amor. Decido picar algo sencillo: un sándwich.

Aprovecho para vestirme con uno de los escasos pitillos que he traído en mi ridícula maleta, un polo verde lima y mis Vans. Me atuso un poco el pelo formando un moño alto. «Mañana me lo plancho como siempre», pienso, y arreando con mi bolso que, si te fijas con intenciones, verás que está roído por el desgaste, pero que fácilmente se podría llegar a la conclusión de que en España he convivido con una rata todo este tiempo.

Salgo y la brisa veraniega me regala una bocanada de confusión e ilusión. Me encanta París, y me parece un sueño no estar contemplándola en mi dosis diaria de *googleo*. Tenerla de frente

es abrumador además de idílico. Y a medida que camino a paso lento, siento las miradas fijas en mí y no sé si es por mi renovado olor o si, por el contrario, notan que soy una turista más con ansias por una vida mejor, lejos de los contratiempos del amor.

No estoy segura de a donde ir pero, por ahora, me encuentro con una panadería llamada Ladurée y veo que tienen esos *macarons* típicos. Me apetece mucho probar los originales, así que opto por uno de granada y otro de chocolate. Me cobran dos euros con diez por cada uno de ellos. No me parece buen precio al momento pero, mientras saboreo cada trozo, se me antojan una auténtica joya culinaria, un orgasmo para el paladar digno. De hecho, no podría quedarme con un único sabor como favorito, pero noto el de granada refrescante, ideal para esta época del año, perfecto para acompañar a los rayos de un sol atrevido y veraniego.

Pasear aprovechando las horas de la tarde en una ciudad que tiene un sinfín de posibilidades para mí e incógnitas por descubrir, hace que alcance el Parque Floral de París, un espacio cargado de color y armonía, un rincón que fácilmente podría convertirse en mi favorito.

Un pavo real se queda mirándome y alza su reconocida cola en demostración y me deja maravillada. Quizás él no lo sepa, pero ese acto me resulta un regalo. Y le sonrío, aunque él no sea consciente de ello.

Continúo paseando no sin antes decirle adiós. Las horas pasan a una velocidad de vértigo. En estos momentos conmigo misma me ha dado por pensar que no necesito a nadie que me acompañe. Soy totalmente capaz de disfrutar de mi soledad y mucho más si el mundo o la naturaleza me regalan momentos así.

El pitido del móvil me saca de mi ensimismamiento y veo que tengo un mensaje de Elliot.

Elliot:

Oye, pichurrina, ya llegué a casa. ¿Y tú? ¿Por ahí todavía? Espero que no te hayas perdido y te haya comido alguna gárgola o algo así

Mía:

Muy gracioso, tontín. No, estoy en el parque floral. Pero ya voy para casa

Elliot:

No tengo prisa tampoco, pero que sepas que he traído cena

De camino a casa me suena otra vez el móvil.

—Oye, que ya llego, tontín. No seas pesadito, ¿quieres? —dije al descolgar pensando en la escasa paciencia que está mostrando Elliot con respecto a mi llegada. Pero para mi sorpresa...

—¡Oh! Vaya, vaya... ¿Ya tienes a otro? ¿Tan pronto te has olvidado de mí?

Escuchar su voz solo hace que aumente mi ira hacia él. ¿Cómo tiene el descaro de llamarme después de lo que hizo?

—Vete a la mierda.

Cuando llegue a casa, apagaré el móvil. Es hora de cambiar de número.

Capítulo 2

Amanezco con extrañeza. Estar en una cama distinta a la habitual hace que inspeccione todo cuanto hay a mi alrededor. Llegué tan cansada, entre el viaje, el paseo... Luego de cenar rico japonés con Elliot, y terminar de desempaquetar mi ridículo equipaje, me quedé traspuesta. No sé qué hora es. Pero al mirar por la ventana me percaté de que es lo suficientemente pronto como para poder salir a desayunar.

«Las seis y media. Estupendo», pienso.

Es lo que tiene dormirse temprano. No puedo echarle la culpa al *jetlag* como hacen quienes abusan de palabras anglosajonas muy por encima de sus posibilidades. Partimos de la base de que mi viaje desde Asturias no ha sido corto, pero tampoco de los más largos. Ni he viajado en avión. Me sonaría absurdo incluso a mí.

Me río por la idea y se me ocurre dar vueltas a todo el apartamento. Como si esto pudiera hacer que el tiempo pase más rápido. Me quedo reflexionando en cómo se ha truncado todo; cómo he pasado de tener un contrato indefinido de trabajo en la biblioteca pública de Oviedo, pareja y una vida social aceptable, a salir huyendo a otro país con lo puesto.

El apartamento no es que sea demasiado lujoso. Elliot no tiene gustos precisamente excéntricos, pero no puede dejar de resultarme algo abrumador. No está en mala ubicación y, con el presupuesto que cuento, es mejor esto a tener que buscar un apartamento para mí sola y quedarme sin blanca. Lo bueno es que París cuenta con una fabulosa comunicación gracias al Metro. Por lo que dudo que tenga problemas para moverme y llegar a los sitios.

Cuando decidí mudarme a la ciudad de la luz, sabía que iba a tener una ardua tarea. Era totalmente consciente de que, tras una sucesión de despropósitos, no era del todo probable que a partir de ahora todo cambiara para bien.

Pero, sobre todo, porque no es nada fácil desprenderse de una rutina que me acompañó durante los últimos cinco años.

Antes de meterme de lleno en mi aventura, hice diversas búsquedas por Internet y pregunté a conocidos sobre las zonas de París que me recomendaban. Claro que, en su mayoría, todos coincidían en que sus estancias habían sido breves y se centraban en hoteles, hostales e incluso en *campings* para ahorrar dinero. Unas vacaciones lo más idílicas posible para desconectar de una rutina de la que estaban ya hastiados, pero lo suficientemente económicas como para no llegar a arrepentirse después.

Una chica que conocí trabajando en la biblioteca, me comentó que su hermano vivió durante un tiempo en el barrio de la Rive Droite. Es la zona que está justo a la derecha del río Sena. Zona en la que, a pesar de tener mucha vida nocturna, no pierde encanto. Claro que está muy lejos de compararse con la belleza de las zonas más turísticas. Quizás por esta razón se encuentra vivienda más asequible a diferencia del resto de la ciudad.

Pero Elliot se entrometió y me dijo que ni de broma me dejaría sola por allí y ni loco estaría dispuesto a dejar que abordase un nuevo hogar con escasos ahorros. Pues sí. Soy un desastre gestionando mi economía y París no es que sea un lugar económico precisamente.

Tras estas pesquisas y las negativas de Elliot, fue cuando decidí que mudarme con él facilitaría el periodo de adaptación.

Me meto en el baño y me quedo absorta mirándome al espejo, me distraigo con los tarros de cremas que tiene y me sorprende a mí misma por tal hallazgo, pues no recordaba que fuese dado

a los cuidados faciales.

Eso explica muchas cosas, aunque me enorgullece sobremanera que ese toque presumido, su carrera y la zona donde vive, no se le hayan subido a la cabeza, al menos no tanto como para nublar su humildad.

En mi ensimismamiento, apenas me percato del tiempo transcurrido. Hasta que veo cómo el sol se asoma por la ventanita del baño. Veo que ya son las ocho y considero darme una ducha y vestirme con lo primero que encuentre entre mis tres o cuatro modelos que salieron arrugados de lo apretujados que los llevaba en la maleta.

—Buenos días, pichurrina. Vaya si madrugas, ¿no?

—El *jetlag* es lo que tiene.

Y reímos los dos al unísono por mi ocurrencia.

—Mira que eres boba. ¿Desayunamos? Tenía pensado darte una sorpresa y hacerte tortitas, pero, viendo que estás despierta, ¿qué tal si salimos fuera y vemos qué hay por ahí?

—Me parece bien. ¡Me peino y vamos!

Aunque la idea de las tortitas me resulta de lo más tentadora porque me encantan, sí que es cierto que me apetece mucho ver qué tiene París para mí a la hora del desayuno.

Hacerme la plancha en el cabello es lo que más me demora, pero da gusto ver un pelo bien planchado.

Nos disponemos a mirar dónde desayunar. En un principio veo pocas personas. Pero a medida que seguimos caminando vislumbro algunos transeúntes caminando envueltos en velos de sueño y prisas. Quizás se disponen a ir a su trabajo. O estén haciendo su caminata o ejercicio diario. Lo cual se me ocurre al ver a una joven con mallas, top y unas deportivas haciendo estiramientos apoyándose en una farola. Y un chico, muy atractivo a la vista, con un pantalón de chándal no muy ceñido, que corre con una camiseta blanca colgada del brazo.

Miro mi atuendo y parece ilógico que traiga unos pantalones negros que han visto mejores tiempos, una camiseta algo desteñida por mezclar la ropa que no debo. Y mis Vans a las que no les vendría mal una limpieza. Mi pelo es lo más visible, para no variar, y aunque duchada, lo cierto es que voy totalmente despreocupada de lo que es mi presencia. Pero lo que más adoro es cómo me sienta el color verde en mi piel morena.

Una cafetería a lo lejos parece estar haciéndome ojitos. Elliot lo ve y enseguida decide que esa es a la que vamos a ir. Bautizada con el nombre que engloba esta zona «Café Rive Droite». No está lejos de donde vive Elliot y él quiere que conozca bien el sitio en el que no quería que estuviera sola. Al menos no para vivir.

Manías suyas.

Cuando estoy dentro del establecimiento, descubro que en realidad es un restaurante. Un camarero simpático se dirige a mí con más entusiasmo del que yo puedo ofrecer hasta que tome un café. Mientras que mira a Elliot por encima del hombro o eso me parece a mí.

—*Bonjour, mademoiselle, monsieur... Que veulent-ils prendre?* —su voz, junto con ese francés perfecto, parece una melodía agradable para mis oídos. Me quedo absorta mirándolo sonreír y fijar su mirada azul con motitas amarillas en mí. Pero llega un momento en que su sonrisa se ve forzada. Algo que asocio a mi demora en articular palabra. O a la mirada y los susurros imperceptibles entre dientes de Elliot.

—Bu-buenos días. Nos gustaría desayunar algo. ¿Es...? ¿Es posible? —No puedo sentirme más ridícula ante mi inesperado tartamudeo y pregunta absurda.

«¿Cómo que si es posible desayunar? ¿Qué pregunta es esa?», pienso para mis adentros.

—Sí, claro. ¿Nuevos en París? ¿Vacaciones tal vez? Siéntense ahí. Aquí tienen, la carta de desayunos. —Su mirada risueña hace que me ruborice. Y un mechón rebelde de cabello engominado le cae por la frente, descuidado. Cuando nos ofrece la carta, me quedo embobada con su perfecto y exquisito español. Me abruma un poco ver entre las muchas opciones que tenemos a nuestra disposición. La carta es muy completa, pero enseguida encuentro lo que quiero.

—Un cambio de aires, en realidad —suspiro—. Me encantaría el *crêpe* con plátano y chocolate y un buen café con leche.

Aunque no es lo más barato de la carta, es mi primer desayuno en París y quiero permitirme el lujo de disfrutarlo.

—Buena elección. Tanto por los cambios de aires, como por ese delicioso desayuno. —Por un momento deja fija su mirada en mí y no sé dónde meterme—. ¿Y el caballero?

—Yo tomaré lo mismo, gracias.

—Enseguida lo tienen. Con su permiso...

Los modales de Elliot no me parecen nada acertados, el camarero está siendo más agradable de lo que cabría esperar y él le ha respondido con una actitud de lo más cortante.

—Vaya humos los tuyos, ¿te has levantado con el pie izquierdo?

—No, estoy normal. ¿Qué dices?

—Vale, vale... Si tú lo dices...

Mientras el camarero se aleja hacia la barra, no puedo evitar fijarme en que mantiene una forma delicada y elegante al andar. Nada que ver con la típica chulería que adoptan los tíos cuando buscan llamar la atención. Claro que está trabajando. ¿Qué esperaba? ¿Una exhibición de modelaje hostelero?

Suelto una leve carcajada por mi ocurrencia. Por un momento temo haber pensado en voz alta, pues se gira un instante y me regala una mirada breve pero pícara. Eso o a lo mejor me estoy montando una película.

—Emm... No es por nada, pero sigo aquí, y tal.

—Ay, perdona, yo sin el café no soy persona, ya lo sabes.

—Sí, sí... Ahora se llama así.

Me parece atractivo aun teniendo ese uniforme clásico de camarero en color negro y con un delantal granate. Lleva las mangas de la camisa remangadas, lo que hace que pueda ver cómo sus brazos están ligeramente trabajados. Probablemente, tenga una rutina de ejercicio casera o vaya al gimnasio. Su cabello revuelto y desenfadado le da un toque sexi más pronunciado. Se pueden apreciar algunos tatuajes en sus brazos y mi mente vaga imaginativa pensando en cómo recorren su piel; algo que se me antoja un espectáculo exquisito.

Vuelvo mi mirada hacia la de Elliot, que está contemplándome con rostro hastiado y, me pregunto si estoy siendo, tal vez, demasiado descarada con mi escrutinio.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Mía, estás atolondrada. ¿Qué planes tienes a partir de ahora?

Pienso en lo mucho que me he dispersado unos instantes observando al parisino, pero, enseguida, tomo las riendas.

—Pues quería ver, porque me han dicho que hay un excelente programa para poder convalidar lo de auxiliar bibliotecaria.

—Lo que aquí sería más bien *assistante bibliothécaire*. ¡Me gusta! Además, es un trabajo en el que estás en tu salsa.

¿Cómo no estarlo? Adoro los libros, llevan formando una parte inamovible de mí toda la vida; mi perfecto refugio en el que sé que, aunque me adentre en tramas complejas, jamás me perderé. En el que encontraré cientos de miles de lugares por descubrir y nunca dejaré de estar viajando. Donde, sobre todo, puedo ser yo, dejándome llevar sin ser juzgada por sus personajes.

Regresa el atractivo camarero y nos sirve el desayuno, mientras el local empieza a llenarse con comensales de diferentes nacionalidades. En la diversidad está el gusto y este restaurante parece ser un buen sitio en el que disfrutar de buenas compañías, mientras gozas de la gastronomía y sus diferentes aromas. El trato de los camareros es de lo más agradable. Sin contar con que alegran la vista con su especial atractivo y ese acento francés que derrite a cualquiera.

—¿Está rico? —sonríe el muso francés mientras mete su mano en el bolsillo del delantal—. Tenga. Una guía de la ciudad. Creo que les vendrá bien, al menos, para los primeros días.

—¡Oh sí! Está delicioso. —Me limpio rápidamente un chorro de chocolate de mi barbilla—. Mu-muchas gracias. Le daré mucho uso.

«¿Le daré mucho uso? ¿En serio? ¿Podré dejar de decir tonterías en algún momento?», pienso para mis adentros ruborizándome sin remedio.

—Muchas gracias, muy amable. Pero yo vivo aquí. Ahora, si no le importa...

—Sí, claro. Os dejo, tortolitos.

—¡No somos ningunos tortolitos!

No puedo evitarlo. Me siento ridícula y no comprendo la razón para comportarme así ante un camarero. No sé si será por su forma de entonar. Esa forma en que siento que me desnuda con la mirada o porque soy una lerda a la cual le ha salido rana su relación anterior y ve incompatible socializar o comportarse como una persona normal ante un muso.

Sea lo que quiera que sea, espero que la tierra me trague cuanto antes, pues su mirada refleja justo esa picardía risueña que hace que me remueva entera.

Elliot no ayuda con sus resoplidos de desaprobación. No he dicho nada que fuera mentira, no somos pareja, por lo que lo de tortolitos en cuestión ha sobrado.

—¿Estás bien?

—No, mejor pregúntate tú si estás bien, Mía. Desde que entramos al bar estás perdiendo litros de babas.

—¡Exagerado! Litros de babas, dice...

Probablemente, terminar mi desayuno cuanto antes sea lo mejor. No le conozco de nada, pero su mera presencia me pone de los nervios y está claro que a Elliot tampoco le gusta.

Saboreo los últimos trozos de plátano y *crêpe*, mojando bien el sirope de chocolate restante. Y me levanto para pagar y que podamos irnos.

—¿Qué le debo? —aunque es una pregunta de lo más habitual, me cuesta formularla, pues él no relaja su gesto y sigue con esa mirada capaz de causar infartos.

—Diez con noventa, *mademoiselle*. —El precio no me escandaliza, pues lo vi en la carta, pero si quiero que mis ahorros me duren hasta encontrar un trabajo, tendré que ahorrarme las salidas de desayuno. Lo de guapa ya sí que termina de descolocarme.

—Ya pago yo, Mía. Tranquila.

—Por cierto, ¡ya decía yo que me sonaba de algo! Es usted la del pícnic. —Hace una mueca con los labios para después seguir riéndose a mi costa.

—¿Perdón?

—Sí, desde luego que es usted. Me derramó todo el zumo, ¿recuerda?

—Oh, dios. Es verdad.

Tierra trágame.

—Le he pedido perdón, no fue mi intención.

—Es normal, la Torre deja atónitos a todos los turistas, es difícil no asombrarse con su belleza. ¡Tranquila! No ha pasado nada.

—Vale, perdón, de verdad.

—Bueno, nos vamos —interrumpe Elliot, como si de una campana se tratara, salvándome de continuar con esta retahíla de disculpas desproporcionadas que estaba a punto de seguir expulsando.

Se le paga y me ofrece el ticket. Lo hago una bola y lo meto en mi bolsillo. El ligero roce de su mano me parece de lo más suave que he tocado jamás y, a su vez, extraño para trabajar en hostelería.

—Por cierto, tiene un poco de sirope en la nariz. —Concluye con esa sonrisa que parece no irse en ningún momento, pasándome cordialmente una servilleta.

—¡Ouch!, gracias —aunque reímos al unísono, siento mis mejillas arder. «¿En qué momento me he podido manchar en la nariz, por dios?», pienso mientras deseo que me trague la tierra, que no sé por qué razón no lo ha hecho ya.

Elliot sigue con ese rostro de reproche que me incomoda, pero tampoco sé cómo abordar la conversación, dado que me siento un tanto estúpida.

—Hasta pronto, *mademoiselle*. —Se me queda mirando. Su mirada perfilada me recuerda a las olas de un mar que no está en calma—. Hasta pronto chicos.

No puedo evitar reírme por su rectificación, un tanto forzada.

—Has-hasta pronto —me despido y me entra de nuevo ese absurdo tartamudeo. Rasco mi nuca y salgo con cierto nerviosismo del restaurante.

Es increíble que haya disfrutado como una niña, con mancha incluida, delante del muso francés y mi amigo Elliot.

No me lo puedo creer.

—Bueno, ¿qué? Ya pasó, ¿no?

—Sí, venga. Enseñame dónde están los supermercados y zonas básicas, pues, antes que nada, me tendré que comprar productos de baño más acordes a mí, ¿no?

Elliot cambia el gesto. No quiere hablar de lo que ha pasado ni mi comportamiento durante el desayuno y yo lo agradezco.

—Sí, será plan, galletita de cuero. Ja, ja, ja.

—¡Serás imbécil!

—Debes reconocer que es divertido. Algo raro, pero divertido que desprendas el mismo olor que yo.

—La cosa es que no me disgusta. Huele bien rico.

—Hombre, pues claro. Todo lo que uso yo huele bien rico.

—No seas creído, anda. Que no te pega nada.

Elliot me lleva a las distintas tiendas que hay cerca de su apartamento, y me sorprende cuando veo un Carrefour Express por lo familiarizada que estoy con este supermercado. Por lo que decido adquirir ahí todo lo que necesito.

Me quedo tontamente pensando en el camarero y en su recibimiento y me pregunto si todo aquí en París será así. Me siento imbécil por tartamudear sin razón. Por mancharme la nariz con el sirope. Y por no tener un superpoder de verme como me ven para evitar hacer el ridículo. No recuerdo haberme puesto tan nerviosa ante nadie.

Tampoco es que estando con Víctor hiciésemos tantos planes, la verdad. Podría haber sido todo mucho más fácil. Pero me dejé envolver en una rutina monótona y de obediencia insana que

tenía para ofrecerme poco más que desidia.

Este es el primer día del resto de mi vida, o al menos, de lo que me he propuesto empezar. Veremos a ver qué ocurre a partir de ahora.

Capítulo 3

Reconozco que mi comportamiento de ayer no fue el más acertado. Elliot está más pedante que de costumbre y no puedo saber con exactitud el porqué.

Me levanto y al lavarme el rostro puedo notar cómo un grano asoma su cabeza alertándome. Mi periodo va a llegar y no es que sea el mejor momento. Soy bastante cortante bajo los síntomas menstruales y debo mostrar buenas formas si quiero que en la academia me acepten y no me vean cual bicho raro escapado de algún tipo de zoo o prisión.

—Buenos días, *mademoiselle*.

—Buenos días, tontito.

Su saludo simulando al camarero me ha sentado un poco mal, pero no se lo digo. No quiero comenzar una guerra de la que no entiendo nada, ni tampoco alimentar ese hastío que lleva consigo y parece no tener fin. Me resulta pesado y raro a la vez pensar que pudo haberle molestado algo ayer. Que sí, muy normal no es que haya actuado. Pero ello no le da derecho a enfadarse o decirme cómo debo comportarme.

—¿Un café? Está recién hecho.

—Sí, gracias. Así es como mejor sabe.

—Razón no te falta.

—Bueno, vale ya, ¿no?

Me pone de los nervios ese afán nuevo que tiene de ser el centro de atención, no sé si esto de echarme de menos se le ha escapado de las manos o es que me quiere decir algo, pero de lo que estoy segura es de que no estoy ahora mismo para aguantar este tipo de tonterías.

—Lo siento. Debes reconocer que ayer estabas embobada a niveles que ni yo sé interpretar y me hizo gracia. —Se atusa el pelo con nerviosismo—. Bueno, al principio me hizo gracia y, luego, pensé en que con las ganas que tenía de estar contigo no me estabas prestando apenas atención.

—Pero, ¿estás tontito? Vale, sí, me llamó la atención el camarero. Pero no vayas a pensar nada raro, jolín.

—Bueno, dejémoslo así. ¿Qué? ¿Qué planes tienes para hoy?

—He llamado a la biblioteca, me pasaré por allí para hablar con el encargado y que me informe de dónde debo ir para realizar el examen. Eso y echaré algún currículum para ver si me sale algo mientras. ¿Y tú?

A la vez que pronuncio mis planes no dejo de sonreír. Una parte de mí está ilusionada con ello. He visto que tengo posibilidades de seguir con mi profesión, aunque tendré que prepararlo todo acorde a los protocolos y requisitos de París.

—Me toca cirugía. Probablemente, tenga que echar alguna hora extra. Y tengo que llamar a otro hospital cercano para ver si pueden donarnos algo de sangre, estamos muy bajos de reservas.

—Vaya, mucho ánimo con eso, Elliot. Espero que sea leve.

—¿Nos vemos de noche?

—Sí, claro.

—Perfecto, galletita de cuero. Que tengas un buen día.

¡Qué manía con eso ahora! ¿Para qué habré utilizado su gel de baño? Desde luego...

—Chao, tontito.

—Procura no estresarte y disfrutar algo de la ciudad. ¡Ya me contarás!

Las tonterías son siempre las más fáciles de alimentar.

Me dispongo a prepararme, parece mentira lo rápido que se pierden las costumbres. En Oviedo, solía preparar toda la ropa la noche anterior para así por la mañana ganar unos minutos más de sueño. No llevo ni una semana aquí y parece que ese hábito se esté disolviendo a una velocidad de vértigo.

«Igual que lo hacía mi sueldo», pienso.

Me decanto por uno de mis pantalones pitillo y una blusa ligera de un tono verde esperanza que espero me entregue toda la suerte que necesito en estos momentos. Y me doy cuenta de que tengo muchas prendas verdes. No puedo evitarlo, me veo muy bien con ese color.

Limpio ligeramente mis Vans para que no parezcan salidas de un estercolero y concluyo arreglándome un poco el pelo. Además de pasarme la plancha, me pongo una horquilla que tenía en el bolso y me dejo dos mechones a modo de flequillo improvisado, lidiando con la rebeldía que hoy se empeñan en mostrar y le doy un poco de forma a las puntas para disimular que están un poco abiertas y necesitan una visita a la peluquería. Me percató de que Elliot también tiene una plancha y me quedo absorta mirándola, pensando en lo poco que conozco a mi amigo. ¿Tan presumido es? Diría que, cuando estábamos en Oviedo los dos, nunca lo vi tan atento a su aspecto. Es más, recuerdo haberlo visto mucho más despreocupado, con un atuendo informal y desenfadado.

No me pongo más que una *BB Cream*, colorete y destaco mis pestañas con una máscara que tiene más grumos que el colacao por las mañanas. Cuando pueda me compraré otro.

Miro el reloj, son las diez menos cuarto de la mañana y he quedado a las once. Espero llegar a tiempo porque, aunque mi don no es precisamente la puntualidad, tampoco me gustaría quedar mal en la primera reunión seria que tengo como parisina adoptada.

Me gustaría poder gritar a los cuatro vientos que no estoy nerviosa, pero se me notaría la mentira a kilómetros.

Camino a paso ligero y esa brisa mañanera, aunque cálida, ahora mismo se me antoja un regalo que alivia mi tensión. El escrutinio de la gente ya me da igual. A pesar de que en la ciudad parisina no es raro andar con prisas, parece que mirar a otra persona hacerlo les envuelve en un estado de confusión cotilla que roza lo absurdo. Igual que cuando estás comiendo en la calle y te miran con aires de desaprobación o desconcierto como si ellos nunca hubiesen probado bocado al aire libre. No es que sea algo tan extraño, al menos no para mí. Pues ir con un poco de prisa tampoco, señores. «Déjenme en paz, necesito llegar a tiempo», pienso.

Cuando estoy en la puerta de la biblioteca son menos un minuto y maldigo para mis adentros al notar cómo un chorreón de sudor invasor corretea con picardía por mi espalda. No es nada cómodo y menos sabiendo que tu futuro puede pender de un hilo. Estás a casi mil doscientos kilómetros lejos de tu hogar. Salir despavorida y lloriquear a mamá no es una opción, por lo que debo afrontar esto con valentía y demostrar que he venido y sirvo para esto.

—Buenos días, tengo una cita con el Señor Fontaine.

—*Oh, oui, pas de problème. Attendez un instant, s'il vous plaît.*

—De acuerdo, gracias.

No tengo nada en contra del idioma, es más, me fascina. Pero agradecería tanto que me hablaran en español... La Bibliothèque Nationale es un lugar idílico, pero también abrumador. Aunque en mi caso no soy nada objetiva, amo todos aquellos rincones que estén predispuestos a salvaguardar la literatura y formen así un rincón en el que disfrutarla sin miedo al juicio.

Los arcos que rodean cada estantería le dan un toque arquitectónico rico y elegante. Podría

pasarme horas deleitándome con la organización minuciosa que tienen por géneros e idiomas, incluso el apartado de investigación, se me antoja una delicia. Es tal la inmensidad, que creo que no podría tener vida suficiente, ni aun trabajando aquí, para poder contemplarlo todo y devorar los libros que albergan.

—Veo que está usted muy observadora, señora... ¿Mía?

Su voz reverbera por el breve eco del arco en el que me encuentro, aun siendo lo suficiente sutil como para no molestar a quienes, con tanto ahínco, se concentran en sus lecturas.

—Hola, ¿es usted el señor...?

—Fontaine, sí. Encantado. Venga conmigo, por favor.

Me lleva por un inmenso pasillo, que recorremos respetando el silencio absoluto. Por unos breves minutos que a mí me parecen una eternidad, Fontaine no pronuncia palabra alguna y yo tampoco me atrevo a romper la armonía que se respira en el paseo. Me quedo contemplándolo todo con admiración. Igual que si estuviera en un museo pues, en esencia, así lo parece.

Subimos por unas escaleras que llevan a más estanterías. Hacemos una pausa y el señor Fontaine me invita a observar señalizando la zona con los dedos.

Todos los que están en la biblioteca disfrutan de sus lecturas con las miradas fijas en los libros y sin un atisbo de distracción. Parecen estar completamente idos. Al mirar a algunos de ellos puedes percibir su apaciguada sonrisa al leer, lo que yo interpreto, alguna frase o fragmento que les causa cierta emoción. Es increíble cómo sin conocerlos de nada, puedes encontrar en ellos la pasión, el gozo y el amor por la literatura.

—Es por aquí, jovencita.

Entramos en un despacho y me enamoro de inmediato. Su estilo rústico y el aroma de libros que se continúa percibiendo una vez dentro, me hace sentir que es justo en el lugar donde debo estar.

—Bien, Mía, he contactado con la ambassade de France en Espagne y, si ha traído todos los documentos que le solicité, con unas preparaciones básicas en la academia, estará lista para poder realizar el examen de convalidación tras un curso que no tiene una duración excesiva. Eso sí, las prácticas las hará conmigo y, siempre que sea responsable y no lleve a cabo ningún tipo de actividad delictiva o se tome los privilegios que le otorgamos como una ventaja por encima de los demás, puede que incluso tenga un puesto aquí, en la Bibliotheque Nationale.

De mí solo puede sobresalir un suspiro ahogado de alivio que me hace cuestionarme si lo que estoy escuchando es real o si, tal vez, es que todavía estoy durmiendo, soñando y por ende, llegando tarde a mi reunión con el Señor Fontaine.

—¿Señorita? ¿Está usted bien?

—Oh, sí, perdón. Estaba un poco... nerviosa y me ha dejado sin palabras.

—Bueno, sus referencias con la biblioteca de su ciudad hablan por sí solas. Pero nadie está exento de ganarse su puesto. Como comprenderá, son muchos los jóvenes que aspiran a un puesto de esta índole, más a sabiendas de que el empleo no es algo que esté regalado hoy día.

—Lo comprendo. Iré ahora mismo a la academia y me matricularé en el curso debido. —Me rasco el cuello y la nuca con nerviosismo, no sé si procede, pero decido lanzarme a la piscina a riesgo de que pueda estar vacía—. Por cierto, Señor Fontaine, me preguntaba si... si...

—¿Sí, señorita?

—Me preguntaba si sabe usted de alguna oficina de empleo temporal, para poder costearme el curso y así, ya sabe, comenzar mi nueva vida con buen pie.

—¡Oh! Por supuesto, no se preocupe. Justo a unos diez minutos de la academia, encontrará una oficina de empleo pero, siéndole sincero, quizá no tenga tan fácil el acceso al no llevar aquí

tiempo ni tener todo en regla. Mmm... déjeme pensar. —Coge su móvil y teclea varias veces mirando su pantalla y mirándose a mí de forma casi simultánea—. ¡Lo tengo! Hay un restaurante, es de un viejo amigo, su camarero lo va a dejar porque ha encontrado otra oportunidad laboral y me preguntó ayer mismo si conocía a alguien. ¿Le importaría estar una temporada trabajando en hostelería? No sé si tiene experiencia en ese campo, pero mi amigo paga muy religiosamente el salario y respeta los convenios.

—Oh, muchos veranos trabajé en chiringuitos y servía de todo, por lo que no creo que sea un problema para mí.

—¡*Magnifique!* Lo voy a llamar y a darle su teléfono. La llamará pronto, seguro. Pero ahora, joven, vaya a la academia y ¡a conseguir un futuro, vamos! ¡No tiene tiempo que perder!

—¡De acuerdo! ¡Nos vemos pronto!

Salgo de la biblioteca con una sonrisa de oreja a oreja que cualquiera que me esté mirando ahora mismo puede pensar cualquier cosa. Pero es que, quitando el altercado en los jardines de la Torre Eiffel con el adonis del restaurante, podría decirse que no empiezo con tan mal pie mi nueva aventura parisina.

Voy hacia la academia, con todos los datos que me dio el Señor Fontaine y veo un Starbucks de camino, decido no pararme hasta no tramitar mi matrícula, ya que, hasta no dar pasos firmes, no debería darme tantos caprichos. La academia no parece muy grande, pero puede verse desde afuera un aula con aproximadamente diez alumnos de diferentes edades. Todos están con las miradas atentas a la pizarra y todo lo que el profesor les está enseñando y sonrío porque en muy poco yo formaré parte de ellos.

Accedo a la academia provista de la misma sonrisa con la que accedí a la biblioteca, y me da una leve carcajada al sentir cierta presión en mi mandíbula, seguramente a causa de la muestra de dientes que llevo de toda la mañana.

¿Quién ha dicho que estar todo el día sonriendo es cómodo? Porque me voy a permitir el lujo de discrepar al respecto.

—*Bonjour, comment puis-je vous aider?*

—Buenos días, vengo a matricularme para poder hacer un examen de convalidación.

—¡*Oh, très bien!* ¿Viene de España? Aquí tiene los folletos informativos en español y enseguida viene mi compañera que la ayudará con todo lo referente.

—¡Perfecto!

Me encanta que haya mencionado que tienen folletos en español. Empiezo a pensar que tengo que costearme de urgencia otra academia en la que aprender el francés. Sé bien que, viviendo aquí, en algún momento tendré que afrontarlo y aprenderlo. Pero siempre me han dicho que el español se habla en todo el mundo.

—Hola, mi nombre es Lissandra, estaré encantada de echarle un cable en todo. ¿Qué necesitas?

—Bueno, quiero hacer la convalidación para auxiliar de biblioteca y me han recomendado esta academia.

—Bien, ¿tienes conocimientos de francés? Las bibliotecas de pueblos más remotos quizá no sean tan exigentes, pero aquí en París, debes tener al menos el DELF aprobado; corresponde a algo así como el famoso A1 en otros idiomas.

—Oh, entonces tendré que buscarme otra academia para el idioma, ¿verdad?

—Oh, no, no, no. Aquí también tenemos esa enseñanza, y por matricularte en los dos cursos obtienes un buen descuento. No te saldrá muy caro, pero sí te recomiendo tener un empleo, claro.

—Estoy esperando una llamada de trabajo, podría venir en cuanto sepa algo seguro.

Me levanto dirigiéndome a la puerta de entrada, escondiendo un poco la sonrisa que tenía hacía unos minutos.

—¡Claro! Pásate por aquí cuando quieras. Y llévate esto que son los desgloses de precios de los cursos. ¡A *bientôt*!

Tengo más nervios de los que tenía esta mañana sabiendo que tendría que verme con Fontaine en la biblioteca. El saber que sí o sí necesitaré el idioma, no me sorprende pero, quizá, esto me pone más en alerta, ya que no he sido cuidadosa con mi economía en los últimos años y esperaba no tener que necesitar mucho así de primeras. Aunque suena demasiado ingenuo teniendo en cuenta que estoy en otro país y cualquier cosa podría pasar.

Voy a pasear un poco y prepararé algo ligero para cenar cuando llegue Elliot, ahora solo toca esperar a que me llamen del restaurante y ver si tengo posibilidades. Sé que Elliot querrá ayudarme, él siempre ha sido previsor y lo primero que hará será echarme la bronca, pero no quisiera acudir a él pidiéndole dinero prestado, tengo que conseguir ese trabajo. Si no me llaman pronto, iré a ver a Fontaine para pedirle la dirección.

La vida es un cúmulo de obstáculos que tienes que afrontar, piedras en el camino que solo te dan dos opciones, pisarlas una y otra vez o utilizarlas para construir un castillo.

¿Saldré de esta?

Capítulo 4

Me despierta un sonido que nada tiene que ver con el despertador y por un momento me asusto. No sé si es que me he dormido o qué demonios es ese ruido atronador que no reconozco.

Miro hacia la mesita y me encuentro con que me están llamando desde un número raro. Me quedo embobada, con la baba del sueño todavía por secar mirando el móvil. Esto pasa por tener la costumbre de llevarlo siempre en silencio, que cuando le activas el sonido, no eres capaz de reconocer tu teléfono.

—¿Vas a coger el móvil o lo cojo yo, boba?

—¡Voooooooooooooooooy!

Suspiro y carraspeo con intenciones de disimular de manera eficiente que me acabo de despertar.

—Sí, ¿dígame?

—Hola, pregunto por Mía Fall, ¿es usted?

—Sí, soy yo. ¿De parte de quién?

—Mire, soy Bastian, un viejo amigo del señor Fontaine. Él me dijo que me comunicara con usted porque necesita un empleo.

Me incorporo en la cama guardando entre las sábanas la poca pereza que pretendía aferrarse a mí.

—Oh, sí. ¿Sigue el puesto vacante?

—Sí, claro. ¿Usted sigue necesitando empleo? Porque de ser así, me gustaría verla y entrevistarla esta tarde, sobre las cinco. ¿Le vendría bien? Le envío la ubicación a su WhatsApp.

—Sí, por supuesto. Allí estaré.

—De acuerdo. ¡*A bientôt!*

Creo que, a pesar de mi reticencia inicial, empiezo a acostumbrarme a esta manía de mezclar los dos idiomas. El francés no suena nada mal y, si consigo este empleo, seguramente incluso yo empiece a mezclar ambas lenguas y a hacerme un lío momentáneo según en qué conversaciones.

—Sí, sí. ¡Síiii!

Salgo de la habitación con una energía que no parece ser del todo mía y me encuentro de frente con Elliot mirándome de soslayo sin comprender nada en absoluto. Su mirada de desconcierto y esa pose de chulito me sacan de mis casillas.

—¿Te ha llamado el parisino que tanto te enloquece o qué?

—No, tontito. Me han llamado de un trabajo. Porque así podré costear la matrícula de convalidación y de francés.

—¡Oh! Pero eso es estupendo, Mía. Aunque ya sabes que tengo dinero de sobra ahorrado si lo necesitas. Podrías centrarte en estudiar y ya cuando estés trabajando, pues eso.

Le pongo la mano en la boca haciéndole callar y él muestra su rendición y respeto. Sus ojos marrones tienen un brillo incomparable.

—Es lo que quiero y no puedes detenerme. Bastante haces con dejarme alojarme en tu casa, ¿no crees?

—No seas boba, en serio. Sabes que para mí no supone ninguna molestia. Y tampoco es por dárme las de creído. Pero ¿no estabas también escribiendo una novela? Creo que deberías de darte la oportunidad de expandir tu arte.

—Pero ¿qué dices? ¿Quién iba a leer a una *donnadie* como yo, eh?

—Mía, he leído cosas tuyas y de verdad te digo, que deberías presentarlo a editoriales o profesionales del sector.

Le regalo una mirada de soslayo y decido darme la vuelta hacia el baño. Es impresionante la cantidad de sandeces que puede decirte alguien que te aprecia, bajo la nula objetividad que le ciega ese sentimiento mutuo que nos compete como amigos.

—Mía, no me ignores. Te estoy hablando en serio.

—Y yo también hablo en serio cuando te digo que no tengo posibilidades, Elliot. ¿Piensas que es fácil con la cantidad de gente que lo intenta?

—Pierdes más si no das el paso, Mía.

—Lo pensaré, ¿vale? Déjame primero pasar la entrevista y conseguir lo que quiero. Propósito a propósito; las casas no se empiezan por el tejado, ¿entiendes?

—Ahí llevas razón.

—Lo sé.

Esta vez me doy el gusto de ser yo quien concluya la conversación.

Me doy una ducha con mi nuevo gel y mi champú. Vi unos de fruta de la pasión que me dieron muchas ganas de probar. Miro de reajo los de Elliot y río por lo bajini al recordar cómo iba desprendiendo su aroma por todos los rincones por los que pasaba.

No sé si parece algo acertado seguirle la corriente a Elliot con el tema de entregar alguno de mis manuscritos. Por lo pronto, en internet, no sé si estaría dando pasos en falso, enviando correos sin cesar y llegando a las decenas de carpetas de *spam* de las editoriales sin posibilidad de recibir un acuse de recibo de consolación.

Tampoco sé si aquí en París existe alguna forma de contactar con un editor y poder dárselo en persona. Claro que tendría que imprimirlo. Aunque no sería problema teniendo en cuenta que siempre guardo una copia de mis novelas en mi *pendrive* y en algunas ocasiones, también en la nube.

Me doy cuenta de las trabas que me pongo a mí misma; juego el papel de ser la piedra con la que tropiezo y el muro que no atravieso, anteponiendo el pensamiento o los deseos del resto a los míos propios. Eso hace que durante años me estanque y no sepa exactamente que más hacer que ser una devoradora de libros sin descanso y una auxiliar bibliotecaria por vocación.

—Tengo que marcharme a trabajar, Mía. ¿Nos vemos de noche y me cuentas?

—¡Sí, claro! ¡Que tengas buen día, tontito!

—Te he dejado algo de dinero ahí por si quieres pedirte algo de comer o necesitas algo de ropa para la entrevista.

—¡Elliot! ¡No!

—Que no digas nada y cógelo, anda. ¡Suerte!

Y se va dejándome casi con la palabra en la boca. No puedo evitar sentirme algo avergonzada. Lo cierto es que no me vendría nada mal cogerme alguna camiseta más y un pantalón algo decente. Al menos, para poder dar buena impresión. Así es que como todavía tengo tiempo, seguro que me paro en un Primark que he visto no muy lejos de aquí.

Me visto rápido y salgo disparada hacia la tienda. Cuando alguien me mira, siento que sabe perfectamente que estoy repitiendo camiseta pero, es que si te vienes con lo puesto, no puedes tener un amplio catálogo de posibilidades en cuanto a *outfit* se refiere.

Llego al Primark y como es de esperar, está hasta la bandera. Siempre que entro en uno, lo veo a tope de gente, ya sea en la sección de cosmética de dudosa procedencia como en la de las bragas. Las famosas bragas del Primark que proporcionan más confort en la cartera que en el

trasero pero que, sin duda, te hacen el apaño con una variedad considerable.

Ya puestos, cogeré varias y también, camisetas de estas de tres euros que hay de todos los colores. Me fijo en si hay la talla L y me encuentro con que el color morado está agotado en todas las tallas que no sean S o XS. Y me da la sensación de que podría ponérmelas perfectamente de pañuelo en la cabeza cuando no llevo el pelo liso.

He cogido dos pitillos, unas cuantas camisetas y bragas. Si tengo suerte y consigo el empleo, podré devolverle a Elliot con el primer sueldo lo que haya gastado. Pues, aunque él diga que no, nunca me ha gustado deberle dinero a nadie. Mucho menos siendo una amistad tan cercana e importante. Los malentendidos pueden llevarte a sufrir consecuencias fatales. Cuando se trata de dinero, pocas veces la amistad se antepone, ganando la necesidad o avaricia.

Salgo del Primark alzando las bolsas con entusiasmo. Es como vivir a mi manera la escena de Pretty Woman en la que ella sale con varias bolsas de las tiendas, rebosante de felicidad tras haberles dado un zas en toda la boca a las malas pécoras que no quisieron atenderla en un inicio.

Me voy a casa, ignorando la sugerencia de pedir comida a domicilio. Siendo Elliot conocedor de lo poco que me gusta cocinar, haré algo básico con lo que haya en casa. Los nervios tampoco me permiten atiborrarme, la verdad. No podría ingerir mucha comida sin sentir malestar en el estómago y eso sin contar el posible apretón que me daría aproximadamente una hora antes de mi entrevista. Como ya viene siendo costumbre, roca me reclama con anhelo y yo me retuerzo de la inquietud.

Opto por unos macarrones con tomate, algo básico, pero que son un acierto cuando no quieres comerte demasiado el tarro con el menú. Y como Elliot come en el trabajo, no tengo que hacer mucho.

Es increíble que él ame tanto la cocina y esta esté tan imaculada que parece que nadie ha cocinado nunca en ella. Una cosa sí está clara y es que él es un maniático de la limpieza y el orden. Si bien es cierto que yo adoro que todo esté limpio, soy un desastre personificado y consagrado. Puedo tenerlo todo limpio pero, a la vez, mantener el perfecto desorden que rige mi propio orden.

No sé si son los nervios o qué, pero las horas están pasando más rápido de lo que puedo asimilar. Llega el momento y me fijo en que no me había percatado del wasap que me había enviado Bastian con la ubicación. Lo miro y por un momento casi se me cae el móvil al suelo al ver que la ubicación es precisamente el restaurante donde vi a aquel camarero que me dejó sin habla.

No parecía su voz, por lo que supongo que el camarero que encontró otra oportunidad laboral sea él y no corra el riesgo de volver a encontrarme con él en la entrevista.

O puede que él se llame Bastian y yo esté en peligro porque no sabré cómo actuar en una entrevista presidida por él.

Me muerdo las uñas y termino de quitar mi descascarillado esmalte. No sé si llamarle y decirle que declino la oferta, que puede que me haya equivocado y tenga que salir corriendo de nuevo a España, o afrontar la situación como una mujer adulta, resolutiva y someterme a la entrevista para ver qué es lo que me depara de ahora en adelante.

Pero, si es él, ¿qué hago?

La pregunta interfiere en mis pensamientos y creo que entro en colapso.

«Bueno, Mía, respira, cálmate. Solo será una entrevista, si lo que te ofrecen no te gusta, estás a tiempo de irte y buscar otra cosa», me digo. ¿Otra cosa? ¡No!

No es tan fácil.

No. Lo que debo hacer es ir y conseguir ese trabajo para poder costearme mi nueva vida y la

academia que es, sin duda, la llave que me permite acceder a mi futuro, haciendo exactamente aquello para lo que estoy destinada.

Recojo la cocina y me relajo un poco en el sofá. Recibo una videollamada por WhatsApp. Es Marta, mi mejor amiga de toda la vida.

—¡Tía, tía! ¿Qué pasa? Si no te llamo yo... ¿Te olvidas de mí o qué?

—Ay, no digas tonterías, Marti, es que he estado tope liada y encima luego tengo una entrevista de trabajo.

—¿Qué me dices? ¿Sí? Vaya, ¿dónde? ¿En la biblio?

—No... Ojalá fuera eso, pero todavía tengo que hacer el examen.

—Bueno, pues hazlo y ya trabajarás, ¿no?

—¡Otra como Elliot! ¡Que no! No tengo suficientes ahorros y tampoco quiero abusar de la hospitalidad de Elliot. Necesito costearme la academia para el curso de convalidación y de francés que, para trabajar aquí en París, me exigen, al menos, el básico.

—Bueno, pues paciencia y mucho ánimo. Sé que lo conseguirás. ¿De qué es entonces la entrevista?

—En un restaurante. Se ve que el macizorro encontró otro trabajo.

—Espera, que yo esa película me la perdí, ¿de qué macizorro me estás hablando?

Yo metiendo la pata, qué raro.

Y aunque quiera esquivar la conversación, sé de sobra lo insistente que puede llegar a ser Marta, sobre todo cuando de chicos se trata y le cuento mi bochornosa experiencia del desayuno y que casualmente tropecé con su pícnic el primer día.

Vaya, ¡un premio a la que se hace a sí misma las novatadas!

Por supuesto, también le resulta extraña la reacción de Elliot, pero tampoco le echamos más cuentas de las necesarias.

Se nos pasan las últimas horas hablando como cotorras cuando me doy cuenta de que tengo que salir pitando si no quiero demostrar impuntualidad en la entrevista de trabajo.

—Bueno, Marti, te tengo que dejar que mira qué hora es y he quedado a las cinco para la entrevista.

—Vale, cariño. Luego me mandas un wasap y me dices cómo ha ido.

—¡Sí, venga, chao!

—¡No te olvides, pedorri!

—¡Que no, chao!

Me despido con la nostalgia que siempre me queda cuando me despido de alguien que sé que voy a tardar en ver. Marta y yo quedábamos varias veces por semana, comentábamos nuestras lecturas conjuntas y, tomábamos café o Coca-Cola según el día que hiciera pero, ahora que no estoy en Oviedo, esto se complica.

Salgo de la casa de Elliot con una sensación extraña. Lo cierto es que Marta evitó que me diera un apretón en el último momento y no sé si ya es un sentimiento preconcebido, pero puedo notar cómo mi barriga revolotea pidiendo auxilio.

Accedo al restaurante con el rostro de pasmada, pues me vuelvo a encontrar con aquel parisino, el camarero, sentado en una silla y con un traje que parece hecho a medida.

Tierra, trágame.

Que no sea él quien me vaya a entrevistar.

Que no sea él.

Capítulo 5

—*Bonjour*, señorita. Es muy tarde para desayunar, ¿no?

—Hola, ¿qué tal? No, esta vez vengo a una entrevista de trabajo.

—¿Eres Mía? ¿La chica que me va a sustituir?

Se me escapa un suspiro aliviado; por un momento se me había pasado por la cabeza que tendría que rendirle cuentas a él y me quedaría demasiado en blanco como para poder continuar con una conversación lógica.

Cuando estás nerviosa, mostrar tus aptitudes a un empleador no es lo más fácil y más cuando este hombre me ha escuchado tartamudear, me ha visto quedarme embobada en su presencia y, para colmo de todos los colmos, también vio cómo me había manchado la nariz con el chocolate.

No, definitivamente, no estoy preparada para vivir una experiencia así.

Si no me llega a mencionar la sustitución, seguro que no me habría pensado mucho lo de salir corriendo despavorida a ninguna parte en busca de algo que me dé algún tipo de refugio a falta de la remota posibilidad de que me trague la tierra.

—Sí, soy Mía. No sé qué decir.

—Tranquila, si lo dices por lo de sustituirme, no tengas reparo. He encontrado una oferta laboral que encaja más en mis aspiraciones profesionales, por lo que, si de verdad necesitas el trabajo, no te preocupes, de verdad.

—Me alegro mucho...

—Travis, me llamo Travis.

—Encantada, Travis. Ya sabes mi nombre, así que...

Nos reímos al unísono y recibo su sonrisa como música celestial. Su carita aniñada, pero con leves atisbos de facciones adultas me muestra en él un chico que cuida su aspecto.

—Bien, pues ahora viene Bastian, que ha ido un momento al baño. Yo me tengo que ir, pero ya me pasaré a ver cómo va todo por aquí.

—De acuerdo, Travis. Que vaya bien.

—Igualmente, señorita desayunos.

No sé cómo tomarme ese apodo, ¿un piropo tal vez? Viniendo de él todo parece sonar agradable.

Se aleja y su fragancia inunda mis fosas nasales. Parece aquella colonia, Aqua de Gio, que tanto me gusta pararme a oler en las perfumerías, solo que en su piel guarda un ingrediente que hace que sea diferente, especial.

Dicen que cada fragancia, según en qué piel sea aplicada, se percibe de una u otra forma. Pueden utilizar cientos de personas el mismo aroma y, sin embargo, no guardar ninguna relación entre sí por diferentes factores de nuestra piel. Algo fascinante que, sin duda, le da un toque único a cada uno.

—*Bonjour*, Mía, querida, perdóneme. Este viejo ya tiene más reuniones con el baño que con la vida. ¿Cómo está?

—Bien, la verdad es que ha sido una sorpresa que sea justo aquí que fue el primer restaurante al que vine en París.

—No me diga. ¿Y qué le parece? ¿Se va adaptando?

—Sí, al principio es todo nuevo para mí. Al idioma, aunque se parece mucho al español,

todavía me cuesta cogerle el tranquillo.

—No se preocupe. Imagino que ya habrá mirado la academia que le ha comentado mi amigo Fontaine.

—Sí, por ello quería encontrar un trabajo, para poder costearla y seguir mi camino profesional.

—Entiendo, entiendo. ¿Tiene experiencia en la hostelería?

—A ver, siéndole totalmente sincera, no es de lo que más experiencia tengo. En España ya llevaba un tiempo trabajando como auxiliar bibliotecaria. Y es lo que realmente me fascina.

—Es usted amante de los libros, ¿eh?

—Mucho, señor.

—Bueno, por lo pronto decirle que la jornada será de unas seis horas. La necesitaría desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, con el salario según el convenio. De lunes a sábado y los domingos descanso. ¿Le vendría bien?

—Oh, sí. Estupendo. Creo que es un excelente horario también de cara a la academia.

—*Magnifique*, ¿podría incorporarse el próximo lunes? Le daré dos uniformes y calzado para la jornada.

—Sí, ¡estupendo! Me viene genial. Muchísimas gracias.

—Siempre que usted sea responsable y no me dé problemas, puede tener trabajo por largo tiempo. Así es que descanse, vaya aprovechando esta semana que le queda de libertad para disfrutar y el lunes próximo, a las nueve aquí.

—¡Así será, señor Bastian, muchísimas gracias!

Me giro con una amplia sonrisa y cuando voy a salir por la puerta me frena.

—¡Ah! Una cosa más.

—¿Sí?

—Valoro muchísimo la puntualidad, señorita, ¿está claro? Espero que pueda cumplirla.

—Sin problema. —Y como si de mi kriptonita se tratara, me da un escozor breve en la zona del reloj. Pero no es más que la voz de mi conciencia que sabe que la puntualidad no es uno de mis puntos fuertes.

Me despido sin perder ni un ápice de la sonrisa y maldigo para mis adentros cuando veo que está cayendo un chaparrón de mil demonios. ¿Cómo es posible, si hacía un sol que quemaba hacía menos de una hora?

Y claro, como no era algo que tenía previsto, no he traído el paraguas.

—Bien, constipado para pasar mi última semana en libertad. ¡Estupendo!

Miro como todo el mundo a mi alrededor tiene paraguas y parece ser que no les resulta repentino. Quizás París sea lo más parecido a Oviedo con cambios bruscos de temporal, o es que la ciudad se ha emocionado tanto por mi buen comienzo que no tiene otra forma de demostrarlo.

—No eres nada precavida, ¿no?

Escuchar esa voz de golpe cuando estoy tratando de evitar mojarme demasiado, sujetando mi bolso en mi cabeza con las manos, no era lo que me esperaba.

Me giro y ahí está él, con un paraguas que perfectamente podría ser una sombrilla de playa y esa característica sonrisa de pícaro que ya creo que está soldada a él.

—No me esperaba esta tormenta, la verdad.

—Anda, ven. Resguárdate aquí y dime hacia dónde vamos. No vaya a ser que te pongas mala.

—No es necesario, de verdad. Seguro que tienes cientos de cosas que hacer y llevarme a mí como un guardaespaldas no creo que entre en esos planes.

—Shhh... De verdad, no me molesta en absoluto. Vamos, señorita desayunos, no te hagas de rogar.

Ya no sé si la cordialidad de París es así o debería alarmarme. ¿Hasta qué punto es normal que un adonis parisino te acompañe hacia tu casa con un paraguas?

Es como si continuara durmiendo y un príncipe azul viniera a rescatarme. Azul como esos ojos que arrasan con todo como un mar salvaje. Azul como esa mirada que penetra en mis ojos chocolate y los deshace por momentos.

Caminamos un buen rato sin mediar palabra. No le he dicho que vamos en dirección a la casa de Elliot, aunque quizá él lo intuya. Con este tiempo, poco plan podría hacer más que el de refugiarme.

—Y bien, señorita desayunos, ¿cómo ha ido la entrevista?

—Bi-en. Empiezo el lu-nes próximo.

—¿Tienes frío? Espera, toma mi chaqueta.

¿Cómo decirle que en realidad no estoy tartamudeando de frío sino más bien por mi imbecilidad como persona y el no saber estar ante un guaperas parisino?

—Gracias, muy amable.

—Oye, déjate de formalidades. No soy hijo de tu futuro jefe. ¡Enhorabuena, por cierto! Te irá bien. Cualquier cosa que necesites, dime y si puedo echarte un cable...

—Vale. ¿Y tú en tu nuevo trabajo bien?

—Sí, todo estupendo. La verdad es que hay buen ambiente.

—Eso es importante, desde luego.

—Tranquila, con Bastian también tendrás buen ambiente de trabajo. No te dará problemas. Además, es bastante comprensivo en caso de que tengas que hacer algún examen o algo prioritario. Le gusta que los jóvenes como nosotros miremos por nuestro futuro.

Sigo escuchándole. Me cuenta cómo Bastian lo sacó de un muro que él creyó sin salida. Una adicción a la cocaína que hizo que perdiera un tiempo todos los estribos y se olvidara de cuál era su verdadero objetivo en la vida. Lo hizo caer al foso más profundo perdiéndolo todo.

Tampoco es que yo quiera indagar más, pero su sinceridad al respecto de algo tan duro como es afrontar una adicción de ese calibre, me impacta y resulta de lo más valiente.

A veces me pregunto qué tiene mi rostro para ofrecer esa tranquilidad y confianza a un desconocido. Me pasa a veces que me confían secretos o traumas sin yo pedirlo solo por el mero hecho de que les transmito confianza. Y tampoco es que sepa cómo tomármelo.

—Al final no me has dicho a dónde íbamos.

—Ah, sí. A mi casa. ¡Cachis en diez! No puede ser. Me he pasado una calle.

—No te preocupes. Vamos.

Esa sonrisa pícara ayuda a que permanezca ruborizada casi todo el tiempo. No parece querer írsele nunca y no sabe lo nerviosa que me pone. Podría decírselo, pero quedaría como una completa idiota.

Ha sido una calle de nada, por lo que llegamos enseguida al destino correcto.

—Aquí es. Ya hemos llegado. Lo-lo siento mucho por hacerte perder tanto el tiempo.

—Si querías estar conmigo más rato no tenías más que decirlo, señorita desayunos.

Me salta la carcajada nerviosa. Y él sigue mi rollo. La confianza es algo tan curioso que sin haberlo conocido antes, nada más que en un tropiezo, un desayuno y en este paseo lluvioso improvisado, es como si en realidad nos conociéramos desde hace mucho.

Posa su mano en mi hombro y su calidez hace que sienta una descarga eléctrica.

—Bueno, aquí te dejo entonces. ¿Vamos hablando? Déjame tu móvil que te doy mi número.

Se lo paso con un leve temblor en las manos. Si él se percata no me dice nada. Anota su número y pone como nombre «Travis sirve desayunos».

—Es que eres la monda, chico.

—¡Vaya! Ahora sí, por fin te sueltas. Envíame un wasap y te grabo, señorita desayunos.

Asiento, pero no lo hago, no por ahora. Me hago de rogar, quizá se lo envíe después. Cuando me giro sobre mí misma para acceder al edificio, su voz me detiene.

—¿Tienes plan para mañana? Si no has visto mucho de París, podría hacerte de guía. A menos que tu chico se vaya a enfadar, claro.

—No es mi chico. Y él estará trabajando en el hospital, dudo mucho que tenga tiempo.

—Lo lamento.

—¿Y cuál sería el plan?

—Si te lo dijera se estropearía toda la sorpresa.

—Vale, vale. Pues mañana, ¿a qué hora?

—¿Qué te parece si nos vemos a las cuatro de la tarde donde el restaurante? Ya de ahí vamos viendo.

—¡Perfecto! Pues hasta mañana.

Se aleja, mira un momento hacia atrás y sonríe, pero no deja de andar. Un coche que pasa le llama la atención con el claxon y es que, el muy tonto, se distrae del camino y casi se lo llevan por delante. Meneo la cabeza hacia los lados en señal de desaprobación. Aun así, no puedo evitar reírme. Y él parece seguirme la corriente.

Una parte de mí desea que Elliot no haya llegado a casa. La primera vez que vimos a Travis él no parecía nada cómodo con el hecho de que me pareciera mínimamente atractivo. Y aunque sé que tuve un comportamiento casi infantil o peor que el de una quinceañera, siento que no debo decirle nada, al menos no por ahora.

Entro en casa y veo que Elliot no ha llegado todavía, así que sigo con normalidad. Le daré la buena noticia, pero nada de hablar de mi quedada con Travis mañana. Su vena sobreprotectora podría fastidiarlo todo y no quiero que estropee un plan que me apetece mucho.

Soy mayorcita para tomar mis propias decisiones y ya veré si Travis es o no una buena decisión.

—Galletita de cuero, ¿estás en casa?

—Hola, tontito, sí. He llegado ya hace rato. Y eso que me ha pillado la lluvia justo después de salir de la entrevista de trabajo.

Obvio los detalles, claro.

Pero mi cabello todavía mojado por mis intentos fallidos de resguardarme con el bolso, momentos antes de que Travis me dejara refugiarme en su paraguas, dejan clara evidencia.

—Es verdad, ¿cómo ha ido?

—Bien, empiezo el lunes que viene.

—¡Estupendo! Aunque sigo diciendo que no te hace falta. Perfectamente, podrías estar centrándote en tus estudios para empezar en la biblioteca, tus novelas...

—Elliot...

—Vale, vale. Me callo. Solo es eso. No quiero que pienses que me debes nada por estar aquí.

—Lo sé y créeme que no es por eso. Me gusta ser independiente y sentirme útil. ¿Puedes comprenderlo?

—Claro que puedo, Mía.

—Pues eso.

—Vale, lo siento, galletita de cuero.

La hora de la cena llega enseguida. Elliot me cuenta que hoy en el hospital las cosas no fueron como esperaba. Una niña muy pequeña se les fue durante una operación y lo cierto es que se puede sentir en el ambiente lo afectado que está.

Admiro mucho al personal sanitario cuando se tiene que enfrentar a ese tipo de tesituras tan delicadas. Y más cuando hay un menor de por medio y tienen que decírselo a sus padres. Un padre no debería vivir la experiencia de una pérdida así.

Suena mi móvil de manera insistente y me pregunto quién tiene tanta ansia. Marta. ¿Quién si no?

Ella tiene ese afán de llamar la atención e insistir porque no aceptaría un no por respuesta, así la maten.

—Ve, tranquila. Habla con ella que ya sabes lo pesadita que es.

—Gracias, tontito. Hasta mañana. Descansa.

Me encierro en la habitación y al menos en su quinta llamada, opto por tirarme en la cama y cogerle el teléfono.

—¡Hasta que al fin coges el teléfono! ¡Venga, vamos! Mira que eres pasota con el móvil. Deberías ponerte el tono de llamada de esa voz que dice: dos mil años más tarde...

—Ja, ja, ja. Qué graciosa estás tú hoy, ¿no?

—Bueno, hoy y siempre. Ya sabes. Escucha, me dijiste que nada más salir de la entrevista me dirías qué tal ha ido. ¿Y bien?

—Empiezo el lunes que viene.

—¡Yujuuuu! Esa es mi chica. ¿Está bueno tu jefe o qué?

—¡Marta! De verdad, ¿solo piensas en eso?

—Ay, chica. Relájate. Pero cuéntame.

—El jefe no. Él es un señor ya entrado en años, pero ¿a que no sabes a quién voy a sustituir?

—¿A quién?

Me la imagino con los ojos como platos, atenta a lo que le voy a decir y mi silencio marca una tensión entre nosotras que ella se encarga de romper.

—¿Me lo quieres decir ya, Mía? ¡Por dios!

—Al macizorro del otro día.

De repente escucho cómo le da un ataque de risa que hace que me atragante solo de escucharla.

—Eso es, digas lo que digas, el destino.

—Ya estamos.

—¡Mía! Que sí, a ver. ¿Encuentras un día a un parisino que está como un queso y cuando vas a una entrevista de trabajo no solo lo ves de nuevo, sino que, además, lo vas a sustituir en el que era su puesto? Eso tiene que significar algo, Mía.

—Casualidades, eso significa.

—Mira que eres sosa.

Omito comentarle que voy a quedar con él, porque entonces podría pensar que estoy dándole la razón y siguiendo el destino.

—Bueno, pedorra, te dejo porque o me voy a dormir o me quedo aquí hasta altas horas y tengo que hacer cosas antes de empezar a trabajar.

—Vale, tía, pero mantenme al día, no seas perra.

—De acuerdo, loquita, de acuerdo.

Capítulo 6

Llevo media hora de reloj mirándome al espejo, sopesando la manera más inmediata de esconder estas ojeras.

Porque claro, dormir está sobrevalorado.

¿Qué leches me pasa?

Quedo con Travis y me dan los cinco males, haciendo así que mis ganas de dormir se vayan de excursión.

Para colmo, me habré levantado al baño unas diez veces por los retortijones llamados nervios, esos que atacan sea cualquiera que sea la hora y que solo espero se disipen con el pasar de las horas, porque no me gustaría tener que anular una quedada por tener que estar encerrada en el baño.

Tengo diez llamadas perdidas de Marta.

Son las doce del mediodía, es tarde, pero con este sueño trastocado es normal que se me hayan pegado las sábanas.

También hay un wasap de Elliot.

Elliot:

No te he dicho nada porque te sentí levantarte varias veces de noche, ¿estás bien? Sea lo que sea, descansa. Hoy hago turno doble, nos veremos ya de noche, tarde

Marta:

Tengo que decirte algo, he ido al médico, bueno, al gine... Y aunque sabes que estoy soltera y tener hijos no es una prioridad ahora, necesito contarte algo que, no sé, me ha dejado rota

Una sensación de alarma se apodera de mí con el mensaje de Marta. Nunca la había escuchado mencionar nada que tuviera relación con el hecho de tener hijos. Sin embargo, hoy por alguna razón, ha salido a relucir este tema de conversación tan tabú para ella.

Decido llamarla de inmediato, intento hacerlo por videollamada de WhatsApp, pero ella enseguida cancela el vídeo.

—Solo voz, porfa.

—¿Qué ocurre, Marta?

—Sabes que te dije que hacía tiempo me quería hacer revisiones y, que por mi mala pata con los hombres, pues estaba sopesando algo.

—Sí, claro. Aunque no quisiste profundizar mucho en el tema.

—Al principio no lo tenía muy seguro, Mía. Me daba miedo, sobre todo, porque pudieran juzgarme. Sabes que las personas podemos llegar a ser muy crueles según en qué cosas.

—Lo sé, pero ¿cómo estás tan inquieta? ¿Has llorado? Te noto la voz muy apagada.

—Mía, es que...

—Sabes que puedes contarme lo que sea, que jamás te juzgaría. Yo no soy el resto, soy tu amiga. Y nada puede ser tan malo como para hacerme cambiar mi opinión sobre ti.

—¿Ni aunque quisiera ser madre por mí sola?

—¡Pues claro que no! ¿Qué cambiaría eso? Nada, Marta. No cambiaría absolutamente nada.

—El problema está cuando te diagnostican algo que no esperabas y que confirman todos tus miedos. Llevo un tiempo intentándolo por in vitro, la seguridad social me apoyaba mucho en

todo el proceso, aunque hay una cantidad determinada de intentos, claro.

—¿Y bien?

—En las últimas pruebas que me hizo el ginecólogo, me han detectado síndrome de Asherman.

—Pero, ¿cómo?

—Tuve un aborto anteriormente, este ocasionó una formación en el tejido cicatricial en el útero. Por lo que me han dicho que si bien es cierto que apoyarían mi decisión en todo momento para continuar intentándolo. No es lo más recomendable porque me sometería a un embarazo de alto riesgo.

Mientras Marta pronuncia las palabras me cuesta un mundo esconder las lágrimas que amenazan con salir recelosas. No puedo creerme que me haya ocultado algo así, pero, lejos de sentir enfado. Me acongoja la situación y no puedo más que sentir empatía por mi amiga y su situación.

—Oh dios, Marta, cariño, lo siento muchísimo.

—Pues en esas estamos, Mía. Que la vida no solo me da tortas en el amor conyugal, si no que se empeña en robarme el deseo de ser madre, aunque sea sola. ¿Acaso no sería buena madre sin necesidad de la supervisión de un hombre?

—Escúchame, lo que te hayan dicho al respecto, no tiene nada que ver contigo. No te representa en absoluto. Serías una madre estupenda, ¿me oyes? No tiene nada que ver que tengas o no pareja. Las madres solteras son tan válidas como lo son los padres o las parejas. En ningún caso la condición hace que seas más o menos válida.

—Te quiero tanto, Mía.

—Y yo a ti.

—De verdad que ahora mismo no soy capaz de calcular mis niveles de frustración. Lo peor de todo es que me había costado un triunfo hacerles ver a mis padres que es lo que quiero y que todo está bien.

—Es que todo está bien, Marta. No hay quien pueda negarlo. Ya sabes que no puedo con las injusticias de este tipo.

—Te iba a preguntar algo. ¿Te viene mal que aproveche tu último finde de libertad y vaya a verte? Por supuesto le pediré a Elliot permiso.

—¡Oh!, claro. Además, quizás él pueda aconsejarte. O pueda darte él o decirte quien te pueda aportar una segunda opinión.

—Déjalo estar, Mía. Si voy, será para despejarme. No quiero hablar más del tema.

—De acuerdo.

—No le digas nada a Elliot que te conozco.

—No le diré nada. Te lo prometo.

Las despedidas siempre son agridulces, pero hemos acordado vernos este fin de semana y tengo muchísimas ganas de abrazarla.

No ha pasado tanto tiempo desde la última vez que la vi. Aun así, nuestra unión rompe cualquier frontera y la añoranza de sus locuras se nota en estos casi mil doscientos kilómetros de distancia.

Somos amigas, desde que un día en el colegio decidimos que era más divertido medir el amor en cantidad de hojitas arrancadas de margaritas que jugar con las Barbies, ocultábamos el bocadillo que nos daban nuestros padres o lo tirábamos porque en la cafetería del colegio había comida más rica que, por supuesto, apetecía más. Ay, la niñez...

Actos que ahora me parecen absurdos e injustos, pero que supusieron un antes y un después

para nosotras.

En cierto modo, que Elliot no esté me alivia, pues así evito que vea lo catastrófica que puedo ser en la cocina. Me haré un arroz al trote. Un plato tonto, pero delicioso que conocí gracias a los padres de Elliot; a él no le gusta, pero a mí me resulta exquisito. La simpleza de un arroz blanco coloreado con pimentón surte un efecto en el paladar que se me antoja delicioso. Y me lo tomo así con un huevo frito al cual mojo bien la yema porque, obvio, es la mejor parte del huevo.

Me voy a relajar un poco después de comer. Por suerte, tras la noticia de Marta parece que mi cuerpo no ha necesitado ir más al baño. Espero que llegado el momento no me dé un retortijón que me haga quedar mal.

Todavía sigo dándole vueltas a qué ropa ponerme. El otro día compré bastante en el Primark como para salir de un apuro varios días. Seguro que tengo algún conjunto para salir del paso.

Me fijo en que todos los pantalones que compré son pitillos. A decir verdad, es con lo que más cómoda voy. Las blusas son todas lisas, exceptuando una que me representa muchísimo, morada con el dibujo de un gatito muy simpático que está comiendo pizza.

Y no sé por qué me da que, siendo una quedada informal, es el *outfit* perfecto para la ocasión. Aunque me haga ser la comidilla de la tarde, me da igual. Es una preciosidad de camiseta.

No me gusta maquillarme en exceso y hoy no va a ser una excepción. Eso sí, espero que el *eyeliner* me salga a la primera y no me haga tal manchurrón que me vea en la tesitura de hacerle un retal a mis ojeras con cien capas de corrector.

Son las cinco menos cuarto.

Tardo en llegar al restaurante unos diez minutos. Pese a que detesto la impuntualidad, en mi caso, sea como sea, siempre me las apaño para llegar tarde. Espero que Travis no se lo tome a mal.

Salgo un poco acelerada de casa, doy media vuelta al menos tres veces para comprobar que he cerrado bien la puerta con llave. Lo reviso una cuarta vez atrayendo hacia mí la puerta al menos dos veces más, verificando que, efectivamente, está cerrada a cal y canto y me voy.

El cielo de París parece estar despejado en esta tarde y no sabe cómo lo agradezco. No podría pasar otra vez el bochorno de la lluvia. Aunque, a decir verdad, fue esta la que me consiguió una cita con el guaperas francés.

Si es que se le puede llamar cita.

Camino a un paso más o menos ligero y mi preocupación ahora es que el sudor no haga acto de presencia y me jorobe el aspecto. Puede ser algo superficial, pero no me gusta que el primer día pueda pensar que me he quedado dormida en la siesta o, peor aún, que vengo con ansias por verle.

Sigo perdida en el mar de dudas en que me dejó Víctor tras dejarme por aquella secretaria de pacotilla. Sé que es mi rencor el que habla todavía, pero, justo cuando íbamos a mudarnos a un apartamento, había conseguido mi trabajo estable en la biblioteca y parecía que todo marchaba bien, él decidió que no tenía suficiente; que yo no era suficiente.

Por lo tanto, socializar con un chico tras la ruptura me está costando un triunfo y no puedo dejar de sentirme estúpida y tener irrefrenables ganas de dar marcha atrás, volverme para casa y dejarlo estar.

¿Cómo me haría quedar esto?

Básicamente, es a quien voy a sustituir en el que fue su puesto de trabajo, adonde él puede acudir sin previo aviso cuando le venga en gana y verme trabajar, echarme en cara el plantón y vete a saber qué cosas más.

No. No es buena idea escabullirse.

A pesar de lo descabellado que me parece quedar con un completo desconocido que solo vi dos veces, me apetece mucho salir de mi zona de confort, esa burbuja que alimenté bajo la sobreprotección de mis padres y un novio un tanto posesivo, pero que ante todo, amo; amaba.

Necesito escaparme de todo cuanto conozco, por eso escogí París. Por eso acepté verme con él.

¿Qué es lo que podría salir mal?

Y ahí está, apoyado en la puerta, cruzando una pierna con la otra, ligeramente alzada. Parece que mira a la nada y al todo al mismo tiempo. Sus ojos están perdidos en algún rincón entre la calle y su pensamiento.

Va vestido con un pantalón pitillo, vaquero como yo, y una camiseta que lleva un estampado que simula ser formal, unas deportivas, unas Skechers de esas que están tan de moda, y una bandolera que le abraza el torso. Las mangas son más cortas que las que le vi en el restaurante, lo que deja más a la luz de esta cálida tarde esos tatuajes tan variados que acarician su piel con sombreados.

Se me pasa una última vez por la cabeza la idea de salir despavorida, pero es entonces cuando él repara en mí y me regala una de esas sonrisas que decoran su rostro. Esas sonrisas sinceras, naturales, pero que no esconden su picardía.

—Buenas tardes, señorita desayunos.

—Buenas tardes, Travis. ¿Vas a llamarme así siempre? —Siento cómo me sonrojo; no es que me moleste que me llame así, pero necesito romper el hielo de alguna forma—. Por saber y tal.

—¿Te molesta?

—Para nada. Me hace gracia, en realidad.

—Bueno, pues señorita desayunos, déjame mostrarte lo que será el primer lugar que me encantaría que conocieras. Tengo el coche aquí mismo.

—Estoy lista.

Un presentimiento extraño me dice que no estoy haciendo bien. Sin embargo, por otra parte, me estoy consintiendo, por una vez, no seguir esas normas sobreprotectoras ni ideas preconcebidas. Estoy convencida de que puedo apañármelas solita en caso de que esto se vaya de madre.

—¿Adónde vamos?

—Quiero enseñarte dos sitios que te enamorarán.

Capítulo 7

Cierro los ojos unos instantes.

Respiro hondo.

Contemplo a través de las ventanas todo el camino que vamos siguiendo y, me recuerdo a mí misma la obcecación más tonta que he tenido al pensar en que esto es buena idea.

«¿Y si es un asesino en serie, Mía?»

Las dudas me solapan las ganas; las ganas viajan abrumadas y encandiladas por la belleza que París muestra bajo los rayos del sol.

Todo es mucho más bonito en persona. En vídeos y fotografías de Google no se aprecia ni una cuarta parte de la solemnidad y hermosura de la ciudad de la luz y el amor.

Miro a Travis de reojo y su concentración me alivia. Aunque en una de las ocasiones me pilla mirándolo y no sé si esconderme bajo el sillón o abrir la puerta y saltar.

—Es precioso, ¿verdad?

—E-eh, sí. Me gusta muchísimo.

Ya está ahí, el tartamudeo absurdo. ¿Cuándo va a irse y dejarme tranquila con mis cosas?

—Hemos llegado al destino.

Bajamos del coche y tras caminar un poco, ante mí resplandecen amplios jardines, una fuente enorme, flores y esculturas que lucen provistas de una predisposición arquitectónica maravillosa.

—Bienvenida al Jardín de las Tullerías, Mía.

Me ha llamado por mi nombre y me ha sonado como un canto de sirena. Tengo que controlarme porque creo que en cualquier momento saldrá a relucir mi cara de embobada y no quisiera que él la viera.

—E-esto es precioso, Travis. ¡Qué fantasía de lugar!

—Lo es, lo es. Este jardín se sitúa en el primer distrito de París. Y está justo entre dos de los sitios más importantes de la ciudad, la plaza de la Concordia y el Louvre.

—¿El museo?

—Así es. ¿Te gustaría ir también?

Quizá ha pronunciado las palabras mágicas. Jamás me invitó nadie al Louvre. Es uno de los museos al que desde que sé de su existencia me prometí ir algún día, aunque fuese sola.

—¡Me encantaría! E-es uno de mis sueños.

—Oye, señorita desayunos, no te pongas nerviosa conmigo. ¿Tienes miedo de algo?

—No, no. Estoy bien.

—De acuerdo, pero si en algún momento deseas irte o que te lleve a casa, dímelo, ¿vale?

—Vale.

Hay algo en su forma de ser que me da miedo. Me resulta demasiado educado para lo que estoy acostumbrada.

Pero no se lo digo.

Ser tan correcto y detallista debe ser un pecado. Gracias a eso hace que mi vulnerabilidad esté al rojo vivo dados mis antecedentes de enamoradiza y confiada.

No estoy acostumbrada a los buenos gestos desde que Víctor cambió su forma de ser para mostrarse autoritario. Pero mi confianza hacia su persona jamás se había visto perjudicada hasta que supe la verdad y conocí su vil traición.

Mi autoestima nunca se vio tan afectada hasta que mi relación se disolvió tras cinco años de amor incondicional. Al menos por mi parte, claro.

—¿Por qué se llama Jardín de las Tullerías?

—Muy buena pregunta. Te cuento: la verdad es que su nombre es toda una curiosidad, simple, eso sí. Pero no deja de parecerme algo maravilloso. —Sonríe y señala hacia los jardines con un brillo en sus ojos capaz de iluminar toda la extensión. Se nota lo mucho que le gusta este lugar—. Verás, cuentan que el nombre proviene de las antiguas fábricas de tejas.

—¿Fábricas de tejas?

—Sí, antaño estos jardines eran instalaciones dedicadas a la fabricación de tejas. Que en francés se hacen llamar *tuiles*. Por eso hoy día ha pasado a llamarse así el jardín.

—¡Qué curioso! Y ahora, además de turismo, ¿se hace algo más con este lugar? Me parece una preciosidad digna de lucir, la verdad.

—Lo cierto es que este sitio guarda muchos secretos. Estoy seguro. Se celebraron cientos de fiestas de la realeza. En los que los demás parisinos no tenían hueco, claro. —Un suspiro ahogado sale de él—. Aunque bueno, desde la llegada de Napoleón cambió mucho la cosa. Fue cuando empezó a unirse al Louvre y bueno, años después, parece ser como la atracción ideal para los visitantes. Y me atrevo a decir que, a pesar de lo que se haya podido vivir aquí y el turismo, creo que es uno de los puntos más majestuosos y tranquilos que existen en París.

—Oh, todavía no conozco mucho, pero así parece. Gracias por enseñármelo. Esto es mágico, Travis.

—Nada, señorita desayunos. Ya te dije que te enamorarías.

—¡Y tanto! Es una pasada.

—¿Quieres que te haga una foto?

—¿Lo harías?

—Por supuesto, a ver, posa para mí. Piensa que estás en un jardín mágico y rodeada de deliciosos *crêpes*.

—Espera, ¿qué?

Se ríe y su risa lo inunda todo, contagiándomela.

—Así lograrás una fotografía de gesto natural. Pruébalo, ya verás.

—¿Qué hay del típico, pa-ta-ta?

—¿Pa-ta-ta? Perdona, no te sigo.

Me río y me siento absurda, sé que es algo común, pero, quizá aquí en Francia no lo sea tanto.

—Nada, nada. Déjalo. Probaré tu consejo.

Y cuando miro la fotografía me sorprende a mí misma por verme sonreír mostrando una calma y sosiego que pensé que había perdido. Me gusta ver en mí ese hoyuelo que me nace cuando estoy sonriendo de verdad. Agarro su móvil para acercarme más la foto y él no pone impedimento alguno.

—¿Lo ves?

—Es genial, de verdad. Muchísimas gracias. ¿Me la envías?

—Claro, pero, yo te di mi número y tú no me has enviado el wasap para guardarme el tuyo.

Cierto.

No se lo envié haciéndome un poco de rogar. Pero bueno, tendré que hacerlo si no quiero perder esa foto que es probablemente la más bonita que tengo en años y además, en un sitio tan especial como este jardín. Accedo al WhatsApp y le envío un hola con carita sonriente.

—Arreglado.

—Pues ahí la tienes. Y ya te tengo, señorita desayunos.

Nuestras miradas se cruzan durante unos instantes que me parecen una eternidad, pero cargada de la más armoniosa paz. No puedo explicar qué tienen esos ojos como el mar, pero me atrapan como si no hubiera nada más que él y yo en todo el jardín.

—Bueno, ¿vamos para otro sitio? Antes de que se nos haga tarde, quiero llevarte a que descubras unas vistas magníficas.

—¡Vamos!

Menos mal que ha dicho algo, pues, no sabría cómo romper ese momento tan intenso.

Vamos hacia su coche y por mi lado vuelvo a ver la misma escena que experimenté el primer día. Varias parejas acarameladas otorgándose el más puro de los amores que se puede sentir, al menos cuando el amor es un amor sin reservas. Cuando lo entregas todo sin miedo a la traición, porque una parte de ti está lo suficientemente convencida de que es él, y nada ni nadie puede ser capaz de romper la magia de ese algodón de azúcar que te hace vivir tu príncipe azul. Príncipe que puede convertirse en rana en el momento menos pensado, desgarrándote por dentro hasta que no puedes más que escapar e iniciar una nueva vida.

Pero esos ojos, que parecen nacidos del mar más profundo, me hacen temer por mi estabilidad emocional y pensar que, tal vez, pueda estar a punto de caer en un abismo del que nuevamente no sabré salir.

En el coche viajamos en silencio. No sé si es porque quiere dejarme tiempo para asimilar la fantasía de jardín que acabo de conocer gracias a él o si es porque mientras conduce no le gusta hablar para no distraerse.

En tal caso, me gusta que me dé un respiro mientras vamos hacia el siguiente destino. Es bueno poder respirar y encontrar un poco de espacio aunque estemos en su coche.

—Bien, aquí es. Quiero darte una bienvenida especial a París.

—¿Especial? ¿Bienvenida?

—Sí, señorita desayunos. Vamos a la tour Montparnasse —sonríe y con su dedo marca hacia dónde tengo que mirar—. Ahí.

—Guau. Es grande, la verdad.

—No es el edificio más grande del mundo, pero sí que es uno de los mejores sitios si quieres contemplar París.

—¿No es la Torre Eiffel?

—No. A menos que quieras borrarla a ella de tu visión. Desde el tour Montparnasse, contemplarás todo París y la Torre Eiffel estará también presente en tu visión.

—*Bonjour, monsieur. Un billet entrée plus champagne, s'il vous plaît.*

Otra vez está esa mirada y esa sonrisa pícara que siento que me embelesan.

—¿Preparada? ¿Subimos?

—¿Cuántos pisos tiene?

—59. Y en la planta 56 se encuentra el restaurante.

—Vaya pasada. Oye, pero ¿cuánto estás pagando? ¿Cuánto te doy?

—Tu compañía, ¿te parece poco? Guarda eso. —Me frena apartando mi cartera e invitándome a la que meta de nuevo en el bolso.

Y ahora mismo soy un tomate andante.

Cuando llegamos a la última planta, el mirador me sorprende. Me deleito con la vista más auténtica que me hayan descrito. De subirme a la Torre Eiffel, no podría contemplar exactamente lo mismo. Si faltara ella en mi visión, sería como estar en cualquier otra ciudad. Notre Dame también hace su acto de presencia en lo que parece una distancia prudencial. Y aun en la

inmensidad, las luces se van encendiendo con parsimonia y elegancia.

Siento el encanto de una ciudad con mucha riqueza histórica, arquitectónica y me dan ganas de contar una historia ambientada en este lugar, con unos personajes que figuren una simbiosis casi perfecta y cuenten la armonía que es capaz de regalarte la majestuosa París.

—*Voilà, le champagne, monsieur.*

—¿Champán? Oh...

Mis colores se alzan a la velocidad de la luz, sin darme tregua, sin proporcionarme un respiro o un consuelo. No hay palabras para describir esta situación. Bajo la luz de un sol que se esconde, siento mis piernas pesadas y parezco desfallecer. Aunque mi vientre indica algo contradictorio con el compás de unas mariposas que danzan a su libre albedrío.

Miedo e ilusión.

Desconcierto.

—¿Estás bien? Solo quería tener un detalle, pero si te parece demasiado...

—¡No, no! No es eso, solo que hace tiempo que nadie tiene algún gesto bonito conmigo y me he puesto un poco nerviosa.

—Tranquila, Mía. Te dije que quería darte la bienvenida que mereces.

—¿Por qué eres así conmigo?

—¿Así? ¿Cómo?

—Cordial, detallista... Casi como salido de una novela romántica de esas que devoro y cuya historia parece no existir de verdad.

Posa las copas y el champán. Sus manos se acercan a las mías agarrándolas y alzándolas. Reclama mi atención y mi subconsciente responde con dificultad. Hasta que nuestras miradas se encuentran nuevamente.

Nuestras respiraciones están tan próximas ahora, que no sé si me falta el aire o estoy a punto de hiperventilar.

—Porque cuando me fijé en tu mirada y escuché tu voz por primera vez, supe de inmediato lo especial que eres y que quiero conocerte, al menos, un poco más.

¿Cómo articular palabra alguna tras una confesión así? ¿Cómo no sentir ese miedo cegador que vaga por tu mente y corazón? Tengo la confianza carcomida por la desesperanza y la desilusión. El terror a que me vuelvan a traicionar está presente y no sé cómo hacer para apaciguar los latidos de mi corazón.

No me conoce de nada, pero, aun así, siente esas ganas irrefrenables de conocerme.

¿Qué es lo que siento yo?

—Perdóname, no debo ser tan lanzado. Si quieres, te llevo a casa.

—Sí, por favor.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Solo que, bueno, ahora mismo prefiero irme.

Me lleva a casa. El coche de Elliot parece aparcado en la calle y solo espero que no me pida ningún tipo de explicación porque la verdad, no estoy muy convencida de qué decirle o si podré afrontar esa sobreprotección que muchas veces nace en él.

Lo único que quiero es meterme en la cama y llorar desconsolada. Detesto ser tan desconfiada y miedica, pero, a la vez, siento que mi vida haya tenido que verse tan implicada en un cambio drástico sin comerlo ni beberlo.

Cuando entro por la puerta veo cómo Elliot viene directamente hacia mí para decirme algo. Sopeso la idea de que quiera increparme por haberme lanzado al vacío y subido al coche de un desconocido. Sin embargo, su mirada se torna más cálida cuando comprueba por mi rostro, que

no estoy para hablar con nadie ahora mismo y me deja ir.

Me meto en el cuarto y cierro de un portazo ahogada en la frustración.

No pienso cenar nada.

Mañana será otro día.

Capítulo 8

—Mía, ¿estás bien? ¿Vas a desayunar algo? Me tengo que ir a trabajar.

La voz de Elliot reverbera desde la puerta de la habitación, muestra un deje de preocupación que me molesta. Sabe que algo en mí no está bien, pero no quiero darle el gusto de que me vea vulnerable y darle la razón de que todavía no estoy preparada o de que, aunque lo niegue, necesito que él me proteja porque no soy capaz de socializar sin que me hagan daño.

—¿Mía? En serio, me tengo que ir, pero dime algo, por favor.

—Estoy, que no es poco.

Sin previo aviso, da un toque a la puerta y accede en la habitación sin invitación, pero no me importa.

—Mía, ¿ha pasado algo? ¿Te ha hecho algo?

—No, no ha sido nada malo.

—¿Entonces? —Su rostro expectante, mantiene ese fervor en su mirada con el que me muestra lo mucho que le importo. Si ahora le digo que estoy mal, que me ha hecho algo, es capaz de dejarlo todo para ir a por él de cabeza.

Lo que pasa es que no ha sucedido nada malo. Y no sé cómo asimilarlo.

Travis ha sido tan cordial y atento, que mi miedo real nace de ello. De la veracidad que puedan tener sus acciones y cuánto podrían afectarme.

—Mía, ¿qué ha pasado? No me importa llegar tarde. Cuéntamelo, ¿quieres?

—Ha sido todo tan... cordial.

—¿Cordial? —La mirada de Elliot es confusa ahora—. ¿Qué quieres decir?

—Sí, Elliot. Me llevó a conocer los jardines esos, la torre esa tan alta y su educación sobrepasa lo normal.

—Entonces, me estás diciendo que ha sido una cita agradable, ¿no?

—Mucho más fácil y complejo que todo eso.

—Mía, no te entiendo.

—Fácil porque sí, ha sido una cita agradable. No ha habido nada que fuera malo o desagradable. Tampoco me obligó a nada si es algo que quieras saber. Pero mi cabeza navega en un mar de dudas, ¿y si es amable ahora y luego me rompe el corazón?

El rostro de Elliot, aunque algo sombrío, alberga esa calidez de cuando me está aconsejando y cuidando.

—Mía, por desgracia, en la vida como en el amor, eso es algo que jamás vamos a predecir. Al menos no nosotros en un momento de amor y ceguera —suspira y se sienta a un lado de mi cama. Forma un juego de revoloteo en el pelo con sus dedos y acaricia mis hombros—. Mía, una cosa está clara. Si te cierras por los errores o las traiciones del pasado, jamás sabrás lo que te deparará en el futuro y te estancarás.

—Pero, ¿y qué hago con el miedo, Elliot?

—¿Con el miedo? Le echas un poco de sal y pimienta al gusto, le pegas un mordisco y empiezas a vivir la vida. Puedes sufrir más traiciones, por supuesto. De hecho, es lo normal. No obstante, si no lo intentas, ¿te vas a quedar con las ganas de descubrir si es o no bueno para ti?

—Gracias, Elliot, de verdad.

—No me las des.

No sé identificar su mirada baja. Sus suspiros entre palabras y esos labios que a veces parecen querer decir algo y no dicen nada.

—Bueno, me voy que llego tarde. ¿Hablamos de noche? Y ánimo, te hice tortitas.

—Muchas gracias, tontito. Que tengas buen día.

—Igualmente, galletita de cuero.

Sonreímos al unísono, aunque sigo notando algo extraño y diferente en Elliot. Como si no me lo estuviera diciendo todo. Tras varios años de amistad, casi se puede palpar en el ambiente nuestro estado de ánimo. Por ello, él captó enseguida que algo iba mal anoche, sin mediar ninguna palabra, únicamente mirándome a los ojos.

Me incorporo de la cama con la pereza que el pesar de mis sentimientos de confusión ha instaurado en mi cuerpo. Voy hacia el cuarto de baño y hoy no me apetece nada una ducha, sino que, más bien, prefiero darme un baño. No tengo bombas de baño, pero me servirá la espuma del jabón de fruta de la pasión. Lo esparzo con ganas en el agua y el aroma inunda mis fosas nasales con la sensación agradable que ahora mismo agradezco.

Me meto en la bañera ignorando la vibración de mi móvil porque ahora mismo necesito unos minutos de relax, dedicarme tiempo y reflexionar las palabras que hace pocos minutos me dedicó Elliot.

Supongo que la vida también se ha cebado en algún momento con él y no quiere decírmelo porque interiorizo con mucha facilidad cualquier situación. O tal vez, simplemente sea esa vena sobreprotectora la que le hace hablar con las palabras justas que quiero escuchar pero con cierto temor en su fuero interno.

Tras varios minutos, noto las manos como uvas pasas con esas características arrugas que indican que te has pasado de la raya bajo el agua. Salgo de la bañera y siento cómo me termina de despertar esa brisa que te regala el cambio de contrastes y temperaturas. Esa agradable sensación que navega entre el vaho del baño y tu piel, acariciando cada recoveco de esta con el aroma frutal combinado con el de la sensación a limpio.

Me visto con lo primero que pillo; un chándal rosa del Primark al que sé que no tardarán mucho en salirle las primeras pelotillas del desgaste. Y las zapatillas de andar por casa más simpáticas que me he comprado hasta la fecha; con forma de gatito blanco y negro, peludito y con una lengua traviesa que se mueve al compás de mis pasos.

Ya en la cocina compruebo el olor a tortitas y me lanzo como una loba hambrienta porque me encantan. Además, veo que Elliot fue previsor y me dejó el sirope de chocolate, mi favorito, para poder untar a mi gusto.

Me preparo un colacao y me maravillo con el sabor de la tortita mojada en él. Sigo dedicándome estos momentos porque me lo merezco y es lo que debo hacer.

Se me pasa por la cabeza escribirle a Travis, pedirle perdón por esa necesidad imperiosa de huir que tenía ayer. Que de no haber estado en París y haber sido Oviedo u otra zona que conozco al dedillo, me habría escapado corriendo sin decir ni una sola palabra.

Pero las campanas a veces salvan en forma de móvil y con la llamada de tu amiga de toda la vida.

—Tiiii, ¿cómo estás? Te veo fatal.

—Vaya, Marta la perfecta, ¡gracias por el piropo! ¿Cómo estás?

—Lo siento, sabes que a mí no me va otra cosa que no sea la sinceridad. Voy bien y tengo una noticia.

—Dime.

—¡Ya tengo los vuelos! Mi primo Carlos me ha ayudado a conseguirlos baratos. Dice que los

miércoles y buscando ofertas en modo incógnito, te salen las mejores ofertas y evitas cambios o subidas debido a que se quedan grabadas en la caché del buscador.

—¡Oh! Curioso. Espero recordar ese consejo para la próxima. Entonces, ¿te han salido baratos? ¿Ida y vuelta?

—¡Sí! Ida y vuelta por menos de sesenta euros. ¿Cómo te quedas?

Siempre me llaman la atención las ofertas para viajar a países fuera de España. Por norma general, en proporción, suele ser más barato viajar fuera que coger un avión para ir a alguna otra ubicación dentro de la misma península. Un chiste de mal gusto para los que quizá queremos invertir más en la comodidad del pájaro de acero.

—¡Es fantástico, Marta! ¿A qué hora llegas? Para que vayamos a buscarte, a ver si puede Elliot y si no, voy en metro o algo.

—Llego el viernes a las doce del mediodía. He pedido el día en el trabajo, así que podré aprovechar el resto del día por allí contigo.

—¡Estupendo, cariño! Me alegra tanto que vayas a venir.

Y creo que mi voz, sin previo aviso, se apaga a medida que voy soltando esa frase.

—Por tu voz quién lo diría, ¿estás bien? Puede que no quieras contármelo ahora, pero, el viernes, prepárate porque no pararé de hacerte preguntas.

—Lo estoy deseando, pedorra.

—Bueno, te dejo, Mía, que tengo que seguir trabajando y no quisiera que el jefe se arrepienta de haberme dado el viernes.

—Claro, ¡sé responsable! Chao.

Nos reímos al unísono por ese deje materno que me ha salido y que tanta gracia me hace. No me apetece nada que el jefe nos dé la mala noticia de que al final no le da el día precisamente por estar hablando conmigo por teléfono.

Me quedo escrutando el móvil durante unos minutos. Me fijo en el WhatsApp; nuestra única conversación es la fotografía que me hizo en el jardín. Su última conexión no se ve porque la tiene oculta o porque al yo tenerla oculta para mis contactos, no puedo verla.

Escribo y borro una decena de veces el mismo mensaje.

Hasta que me llega un mensaje suyo y, ¡mierda! Le marcan los *ticks* azules de inmediato porque estoy como boba mirando la ventana de nuestra nula conversación.

Travis:

Hola, Mía. ¿Qué tal estás? Te escribo para decirte que lamento si hice algo que pudiera haber contribuido a incomodarte. Espero de corazón que no sea así. Bueno, un beso

Creo que a estas alturas lo mejor será responderle, pues no puedo fingir no haberlo leído y tampoco creo que sea del todo bueno andar escondiéndose de alguien que solo ha querido tener buenos gestos conmigo.

Mía:

Hola, Travis. No, no. Perdóname tú a mí. No estoy acostumbrada a tantos gestos afectivos, no lo he pasado nada bien y sin querer, te he culpado a ti con tus buenos gestos por miedo

¿Cómo saber si no estás metiendo la pata hasta el fondo con tu mensaje?

El miedo otra vez amenaza con atacar sin piedad y mis piernas tiemblan solo de pensarlo.

Pero ¿no merece al menos el beneficio de la duda?

Su respuesta no tarda mucho en llegar. Aunque sí que es cierto que antes de bloquear el móvil vi cómo ponía «escribiendo...». Y pareció pausarse como si estuviera arrepintiéndose del

siguiente mensaje que iba a enviar.

Travis:

No te preocupes, de verdad. Te comprendo y ya te dije ayer que no haríamos nada que no te apeteciera. Sin presiones, ¿vale?

Mía:

Sin presiones. Me gusta

Travis:

¿Cómo te encuentras hoy?

Mía:

Sí te digo la verdad, como una completa imbécil. ¿Podemos volver a empezar de nuevo?

Me sorprende a mí misma dándole un toque al botón de enviar. Es, tal vez, el mensaje más atrevido que he enviado en mucho tiempo. Pero no hay signo de arrepentimiento sino, más bien, de una especie de nerviosismo aderezado con adrenalina e ilusión. Una sensación rara que hace que mi barriga sienta ese característico retortijón cuando algo nuevo o esperado llega a ti.

Travis:

No digas eso, señorita desayunos. Aquí nadie es imbécil. Somos humanos. Por mí, no hay problema en volver a empezar las veces que quieras. Como y cuando tú quieras

Su sentido del humor y que vuelva a llamarme así, hace que nazca en mi rostro una sonrisa de oreja a oreja. No puedo evitar sentir alivio, tal vez Elliot tenga razón. Nunca sabré si es lo que debo hacer si no lo intento. Y meter a Travis en el saco de las traiciones sin conocerlo todavía, me parece injusto.

Mía:

¿Te apetece dar una vuelta hoy?

Travis:

Salgo de la oficina a las cinco. Si te viene bien, podemos dar un paseo, claro

Mía:

¡Perfecto! ¿Donde el otro día?

Travis:

¡En tu futuro trabajo, sí, señorita desayunos! Me viene bien. Nos vemos luego, un beso

Aunque puede que envíe felinos por muy encima de mis posibilidades, no puedo más que responderle con un sticker de un gatito sonriente.

Todavía quedan unas cuantas horas, pero ya estoy escogiendo el *outfit* para la segunda cita con Travis. Bueno, cita, cita... no, pero la segunda vez que voy a dar un paseo con él, sí.

Suena mi teléfono nuevamente y mi temor aparece avisándome de que puede ser él reculando y desechando la idea. Pero me quedo blanca mirando que no se trata de él sino de un número desconocido. Lo cojo por si es Bastian y quiere decirme algo por el trabajo, pero con razón tenía miedo de descolgar.

—¿Sí, dígame?

—Vaya, ¡qué chica más formal te has vuelto! ¿No es así? ¿Dónde narices estás? No puedes pensar que hemos terminado así, sin más, ¿no?

—Víctor, quédate con tu secretaria y a mí déjame en paz, ¿quieres? Tú has decidido, déjate de tocarme las narices.

Aunque pretendo que mi voz suene firme, lo cierto es que me cuesta mucho ocultar el miedo que me producen sus llamadas.

—Venga ya, Mía... Has estado conmigo cinco años. ¿Acaso crees que vas a poder estar feliz con otra persona? Vamos, no seas imbécil...

—Te he dicho que me dejes en paz.

Y cuelgo. Cuelgo y apago el móvil, tengo que preguntarle a Elliot dónde tengo que ir para hacerme con mi número de teléfono francés.

No lo apago sin antes observarlo con cierto temor, de reojo. Y enseguida me alivia ver que tengo un wasap de Elliot.

Elliot:

Te escribo para ver cómo sigues, galletita de cuero. Espero que las tortitas te hayan animado un poco

Tardo un momento en responder, por hacerme de rogar y en parte por picarle, pero también para alejar este malestar que me ha dejado la llamada de Víctor.

Mía:

¿Animado? No sé qué has hecho con mi Elliot y quién eres, pero devuélvemelo porque menudo chef que estás hecho. No sé si sea del todo bueno para mí

Elliot:

Ja, ja, ja. Oye, boba, que uno va practicando y mejorando sus técnicas. ¿Qué te crees? Me alegro mucho de que te hayan gustado y de que estés más animada

Mía:

Gracias, de verdad.

He vuelto a quedar con él esta tarde

Lo veo que escribe y borra, escribe y borra nuevamente, pero no llega ningún mensaje. Lo repite unas cuantas veces, no las he contado, pero parece una decena por lo menos. Pero nada, no llega absolutamente nada.

Supongo que el trabajo lo tendrá atareado y no podrá entretenerse, o le han llamado para alguna urgencia. Más tarde lo sabré. Seguro que me dice algo.

Me voy de nuevo hacia la habitación, aunque algo tensa, estoy contenta, con ganas de escoger la ropa a mi gusto. Sin embargo, esta vez, con una prenda que no debí quitarme ayer: el valor y las ganas de intentarlo.

Capítulo 9

La tarde parece tornarse nublada, las nubes traen consigo una amenaza palpable de posible lluvia. Y me lamento por no tener, de nuevo, un paraguas de esos pequeñitos que entran a la perfección en casi cualquier bolso.

Ante mí de nuevo esa estampa, Travis contemplando la calle con la mirada perdida, pero esta vez sus ojos azules no tardan demasiado en encontrarse con los míos.

Lleva una camisa negra abotonada y remangada. Un pantalón vaquero desgastado y unas Converse.

Camina hacia mí, sonriente. Parece que de verdad tenía ganas de que llegara este momento y me sorprende a mí misma teniendo el mismo pensamiento, las mismas ganas.

—Hola, señorita desayunos, ¿lista?

—Lista.

Sonreímos y una gota de lluvia invasora que cae hacia nosotros hace que soltemos una carcajada.

—Vaya, parece que la lluvia está enamorada de nosotros.

Por unos instantes no puedo parar de reír. ¿La lluvia enamorada de nosotros? En serio, ¿de dónde ha salido este chico con esas ideas tan ocurrentes y locas?

—Qué cosas tienes.

—Pero merece mucho la pena verte sonreír.

Paseamos hasta el Arco del Triunfo. Una vez llegamos allí, parece que la lluvia fue tan solo un amago. Me hace unas cuantas fotos y decidimos sentarnos un rato en un banco que está justo en las inmediaciones de la zona.

Es increíble lo bien comunicado que está todo y me sorprende gratamente por lo bien que Travis conoce cada rincón. Que vale, es de aquí. Pero a mí me dicen que haga una ruta turística por Oviedo y puedo asegurar que estaríamos más perdidos que un cochino en una perfumería.

No tengo ninguna habilidad de guía y el sentido de la orientación hace mucho que lo repartieron porque a mí no me ha tocado ni una mota.

—Es increíble que no te pierdas en una ciudad así. Si fuese por mí, estaríamos en algún rincón remoto pidiendo auxilio.

—¡Qué exagerada! Llevo años aquí, bueno, nací aquí. Lo normal es que de pequeños seamos tan curiosos que nos saltemos ciertos límites paternos e indaguemos dejándonos llevar por la curiosidad. Y a mí siempre me gustó conocer lugares nuevos, incluso en mi ciudad.

—Chico responsable de cara a la galería, pero rebelde a escondidas, ¿no?

—Algo así. Pero nunca he ido con malas formas o personas. Tampoco he coqueteado con la ilegalidad más allá de mi antigua adicción, que era solo mía, no involucré a nadie en cierta manera. Simplemente, me gustaba tener mi espacio desde pequeño y siempre sentía esa sed de descubrimiento y de encontrar tesoros, aunque estos no sean materiales sino lugares.

—¿Fan de Indiana Jones?

—Son mis películas favoritas.

Me regala esa sonrisa que ilumina los caminos y su mirada fija en mí hace que sienta como si mis piernas y mi cuerpo se fueran a derretir de un momento a otro. Se levanta un instante y se acerca a un puesto, una especie de quiosco del cual no me había percatado antes.

Trae consigo algo, escondiéndolo y mirándome divertido. Todavía no sé de qué se trata ni tan siquiera cuando se aproxima a mí.

Se le escapa una carcajada que no puedo más que corresponder.

—Creo que esto debe ser nuestra bebida. Y bueno, un *Éclair* para merendar.

—¿Nuestra bebida? ¿Eso es un dulce?

Y ahí está, un zumo de naranja, en una botella de plástico que luce una etiqueta anaranjada en la que se puede leer *fraîchement pressé* y me quedo un poco confusa. Si no llega a ser por el color, podría haber advertido algún tipo de amenaza. Pero su mirada seductora y divertida hace que deseché la idea por completo.

No puedo con ese tipo de fijación, me pone un poco nerviosa.

Además, está mostrándome facetas suyas que me encantan. Me hace sentir esas ganas e ilusión por conocerlo más, descubrirlo todo de él. Me da un poco de vértigo.

—¿Qué significa eso de *fraîchement pressé*? —pronuncio de pena el francés y él se asombra evitando partirse de la risa—. Perdón, en la academia aprenderé a manejar mejor con el idioma.

—Eres muy divertida, ¿lo sabes? Espontánea y maravillosa. —Ese revoloteo con las manos en su cabello me hipnotiza—. Significa lo más obvio tal vez. ¿Cómo te gusta el zumo de naranja?

—Recién exprimido.

—Pues ahí lo tienes.

No puedo dejar de sentirme tonta otra vez por la obviedad. Es como si hubiese preguntado cuánto es uno más uno en clase. No sé, una tontería que me hace sentir ridícula, pero él, sin embargo, no se inmuta y sigue mostrándose divertido.

—¿Y el dulce?

—El dulce es un *Éclair* relleno de café. Típico aquí en París. Pruébalo.

—¿Tan típico como los *macarons*? He probado dos al llegar y me han gustado mucho. —Le regalo una sonrisa y él me mira con impaciencia. No le hago esperar y pruebo el dulce. La manera que tiene el *Éclair* de deshacerse en mi boca se me antoja un orgasmo gastronómico. No puedo parar de gimotear con gusto con el famoso mmm... Qué bueno. Y él ríe a carcajadas.

—Te lo dije. Una delicia. El próximo día iremos a las inmediaciones de Notre Dame. Hay una callejuela segura y tranquila en la que hacen unos bailes callejeros que me encantan. Me ayuda mucho a evadirme, ver cómo otros se dejan llevar.

—Oh, me encanta el plan. Yo soy una patosa en el baile, pero ver cómo otros lo hacen es fascinante. De hecho, una de mis pelis favoritas es de baile.

—Un momento, no me lo digas... ¿Espera al último baile?

—¿Cómo lo has sabido?

—No lo sé, creo que simple intuición, nada más.

Es irónico, tal vez. Pero parece que en cierto modo es como si yo estuviera viviendo una película similar pero a la inversa. En la película ella es la blanca, y baila ballet de miedo. Él es un bailarín que disfruta del *free style* como nadie. En mi caso, mis piernas patosas no serían capaces ni de atinar con los famosos compases del un, dos, tres...

Lo que pasa es que las diferencias de mi vida con la película son bastante evidentes. Aunque las dos hemos tenido que vernos expuestas a cambios, la vida no es fácil y nuestros sueños se ven nublados por las dificultades, las dudas, los miedos...

Continuamos paseando y mientras me cuenta que su trabajo como administrativo le encanta, porque estaba deseando tener más posibilidades para avanzar. Le entiendo perfectamente. Por

ello también le cuento que estaré temporalmente en el restaurante. No me quiero atar a un trabajo que no dice absolutamente nada de mí. El sueldo es necesario, sí. Al menos si quieres pagar tus facturas y solventar todo tú solita.

Pero también es importante que no dejemos a un lado nuestros sueños y hagamos todo lo posible por intentar cumplirlos. Puede salir mal, claro está. Pero de intentarlo no estaríamos nunca con esa duda que nos carcome con el ¿y si...?

—¿Te apetece que vayamos a cenar? O lo dejamos para el viernes.

—Otro día, mejor. El viernes viene mi amiga Marta de España. Me apetece pasar tiempo con ella.

—¡Por supuesto! Si necesitáis cualquier cosa, me decís. Y ya sabes, como y cuando quieras, señorita desayunos.

—Claro. Muchas gracias.

Me acompaña a casa y no dejo de mirarlo de reojo, no me gusta hacerlo de frente porque tal vez piense que estoy acosándolo con la mirada.

Aunque él no teme y a riesgo de parecerlo, sigue mirándome con una fijación y cierta admiración que me abruma.

Tardamos un rato en despedirnos.

Como quinceañeros perdiendo la noción del tiempo.

—Tienes una tez preciosa, ¿sabes?

—Gracias, supongo.

—¿Nadie te lo ha dicho antes?

—Lo cierto es que más que piropos acerca de mi tono de piel, me he llevado el desprecio y la desaprobación. A pesar de ser española, de Asturias. No conciben mi tono de piel y por ello me he llevado más desaires de los que puedo admitir.

—Pero, es que el tono de piel no significa nada. Es decir, ¿qué más da?

—Eso mismo pienso yo, nuestra familia puede provenir de otros lugares. Como es el caso de mis padres; mi madre es del norte de Senegal y mi padre, aunque sí nació en Asturias, proviene de una gran familia de Kenia. Por lo que es algo lógico que mi tono de piel no sea blanco.

—Y es fascinante, ¿sabes? Quien no lo quiera entender simplemente que se vaya bien lejos. Porque, en el siglo en el que estamos, es inconcebible que todavía exista ese tipo de rivalidad y prejuicio entre razas. No son más que colores. Colores que todos usamos día a día en la ropa para vestir. Colores que escogemos a la hora de coger un bolígrafo y escribir.

—Ojalá todo el mundo opinara como tú.

—Todavía hay mucho atraso en la sociedad. Queda mucho que cambiar. Y es una pena.

—Así es. ¿Y qué hay de ti?

—Mis padres, a diferencia de los tuyos, son de aquí. Bueno, mi madre nació en Brujas con ciertas dificultades. Pero todos somos de Francia. Lo que pasa es que mi relación con ellos es un poco complicada.

—Oh, lo siento. No tienes que hablar de ello si no quieres.

—Tranquila. Es simplemente que vivimos bajo ideales y deseos diferentes. Algo más común de lo que parece.

Se pasa alrededor de otra hora más charlando en la puerta del edificio de la casa de Elliot. Y me da apuro que llegue y nos vea aquí charlando.

—Bueno, se hace tarde y mañana madrugas, ¿no? Podemos vernos en otro momento, otro rato.

—Claro, cuando quieras. ¿Estás mejor?

—Sí, me ha encantado la tarde de hoy. Muchas gracias.

—Si me das las gracias por todo tendré que hacer algo de verdad para merecérmelo. —Me regala una última sonrisa y se va, no sin antes girarse un instante—. Descansa, señorita desayunos.

—Descansa, Travis.

Subo para la casa con una sonrisa que ya aprieta en mi mandíbula. Hacía muchísimo tiempo que no me sentía así. Y aunque todavía no estoy exenta de pensamientos negativos que solapan la ilusión, creo que he hecho bien en dar el paso y disfrutar de esta magnífica tarde con Travis.

Cuando me pregunte Elliot le diré que todo ha ido bien, no hay nada demasiado vergonzoso para omitir, pero creo que voy a guardarme para mí lo que vamos a hacer el próximo día.

Estoy tan animada que decido hacer ramen de bolsa y una tortilla de patata. Al menos, parte del menú de la cena será elaborado por mí en su totalidad.

Elliot siempre dice que la tortilla de patata es un plato que hace felices a muchos, incluso sin saberlo. Pues el sabor de los ingredientes más simples es lo que, a menudo, necesitamos para saber que somos realmente felices. No se necesitan tantas florituras ni complicaciones.

Son la simpleza y las pequeñas cosas, esos breves retazos de la vida, los que marcan la diferencia. Y a menudo se nos olvida disfrutarlos, pues siempre ganan con mayor peso la tragedia y los malos actos o aquellos errores que nos van dejando cicatrices por todos lados.

Todo comienza bien hasta que se me ocurre la fantástica idea de imitar a mi padre con la tortilla, darle la vuelta de un brinco con la sartén para que esta se coloque y adopte la forma sin desmoronarse.

¿Le funciona esto a todo el mundo menos a mí?

Lo sopeso cuando veo cómo se me desparrama toda la tortilla en el suelo, dejándome una sensación un tanto frustrada porque de verdad me apetecía mucho sorprender a Elliot con una para la cena. Y dudo mucho que me dé tiempo hacer otra.

Me doy prisa como puedo para recoger todo este desaguisado. Una prisa para nada, claro.

—Hola, holaaaa. ¿Galletita de cuero?

Me callo, me quedo en completo silencio por si colara, pero no.

—Uf, qué bien huele. ¿Qué has cocinado?

Qué bien huele dice. Y yo aquí intentando no morirme de la vergüenza, con el sudor travieso viajando por mi espalda.

—Antes de que entres en la cocina quiero advertirte de mi desastroso intento por deleitarte con una tortilla de patata.

Nos quedamos fijos mirándonos el uno al otro por unos instantes hasta que rompe a reír a carcajadas, contagiándome.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que intentabas exactamente? Cuéntame, boba.

—Bueno, pues lo que hacen los que cocinan tortilla de manera habitual, ¿no? Darle la vuelta. Lo que pasa que resulta, pues, que... fallos de cálculo ocasionan... esto.

Y señalo con las dos manos hacia la catástrofe del suelo con cara de circunstancias, mientras él rompe a llorar de la risa.

—Pero mira que eres boba. ¿No has probado con el plato? Vamos, es menos arriesgado que el más puro estilo malabarista.

—Sí, debería haberlo hecho así. Ya ves, ni para un circo valdría. Me tengo que ganar la vida haciendo malabares y, vamos... ni un cochino euro me llevo.

La risa tonta ya no se va.

Sigo riéndome a carcajadas limpias, mirándole a él con esa cara de agotado que combina a la

perfección con la felicidad que un momento tan absurdo como este nos ocasiona.

—Bueno, será mejor que limpiemos esto. Menos mal que he traído algo de sushi y rollitos de primavera que tanto te gustan.

—¡Oh, sí! ¡Elliot mi salvador todopoderoso!

Me mira de soslayo, pero no evita seguir con el jolgorio que comenzamos hace unos minutos.

Limpiamos el estropicio y nos disponemos a cenar, caliento un poco los rollitos de primavera en el horno y los acompañamos con una ensalada.

—El ramen mejor para mañana. Hoy hace calor, ¿no crees?

—¿Y qué te hace pensar que mañana hará frío?

—No lo sé. Es por no rechazártelo. —Agacha la cabeza y sus mejillas comienzan a enrojecer.

—Tontito...

Vemos un episodio de *The Office* y nos escacharramos de risa. Es increíble lo absurda que parece la serie a primera vista. Pero cuando la miras bien, notas la crítica social y la manera de representar realidades tan cómica y amena que tiene.

Igual que con los Simpsons o Futurama.

Parecen series tontas, que quizás sean dibujos animados o no. Puedes juzgar en un inicio que no tienen nada que enseñarte. Pero al contrario de lo que se llega a opinar, tienen muchas lecciones guardadas en la manga.

—Me encanta Steve Carell.

—Es un actorazo, la verdad. Yo me meo con él.

Nos quedamos ensimismados en la serie. Hasta quedarnos fritos. Me despierto de golpe porque mi cabeza resbala hacia el pecho de Elliot y este se sobresalta. Nuestras miradas se cruzan unos instantes, pero nos levantamos del sofá como un resorte y nos dirigimos a las habitaciones.

—Buenas noches, Elliot.

—Buenas noches, Mía.

Capítulo 10

Amanecer con el chirriar del despertador me pone de mal humor, pero no quiero perder la costumbre de levantarme temprano porque, si no, la semana que viene va a ir a trabajar Rita la Cantaora por mí y no creo que esté por la labor.

Mañana llega Marta y todavía no le he dicho nada a Elliot. Espero que no me mate. Se lo diré durante el desayuno. Tampoco le he comentado lo de las llamadas de Víctor. Tengo que mirar la manera de decirle lo del número sin que pueda sospecharlo siquiera.

Corro rápidamente al baño a pegarme una ducha. Alisarme el pelo es tedioso, pero el resultado es de lo más gratificante. Mamá adora los rizos, el pelo afro y todo lo que sea modelarlo como si fueran caracolillos al aire, pero yo he salido pensando todo lo contrario. De hecho, cuando consiga mis objetivos, buscaré un sitio para hacerme el tratamiento de alisado con queratina para que dure más tiempo y no quemar tanto el cabello.

Lástima que con tanta plancha y secador lo maltratemos tanto. Sin embargo, es ya algo arraigado en mí tener que verlo liso. Desde niña sabía que solo por el color de mi piel ya era diferente, por lo que no estaba dispuesta a verme con el pelo rizado o afro para recibir una retahíla diaria de peroratas insultantes.

Mi alisado es como esa coraza que te pones para ocultar una realidad que te hace daño. Algo inamovible, claro. Pero que es como tu sello identificativo. Soy consciente de que estos sentimientos los expresa más mi inseguridad que yo misma. Mantengo una respetada relación con mi plancha del cabello y soy feliz.

Salgo de la ducha envuelta en la toalla, pues me dejé la ropa interior y todo en la habitación.

—¡Buenos días, galletita de cuero!

Me sobresalto de tal manera que la toalla cae disparada hacia al suelo, dejando a Elliot boquiabierto y tapándose los ojos varios segundos después.

—Oh, lo siento, lo siento. No quería asustarte. Tranquila, no miro.

Qué bochorno. A pesar de los años de amistad, Elliot no me había visto nunca desnuda. Siempre hemos guardado un respeto mutuo, inquebrantable. Verlo ahí de pasmado durante unos segundos me ha hecho sentir un poco más vergüenza de la esperada.

—Lo siento, Mía.

—No te preocupes. Se me pasará el susto.

—Si te sirve de consuelo, eres increíblemente preciosa.

—¡Elliot! Así no ayudas. ¡Eso me pone más nerviosa todavía!

—Perdón, perdón.

Me dirijo al cuarto agachando un poco la cabeza y me visto a la velocidad de la luz. No me puedo creer que me haya visto desnuda y haya tardado esos segundos en apartar la mirada.

Ay, tierra trágame en esos momentos, hombre.

—Mía, ¿desayunas en casa?

—¡Sí! Espera, que voy. Además, tengo que contarte y preguntarte algo.

Salgo de la habitación y puedo sentir cómo la rojez sigue invadiendo mi rostro receloso por el bochornoso momento de hace unos instantes.

Elliot no sabe cómo mirarme, le noto algo incómodo y decido romper yo el hielo como puedo.

—Bueno, espero no haberte quitado el apetito.

—¿Una galletita de cuero recién duchada? Eso nunca podría pasar, boba. —Se unta una tostada con mantequilla y mermelada mientras me mira risueño—. ¿Y bien?

—Pásame eso. Yo también quiero tostadas. —Hago lo propio y no puedo evitar salivar con el olor de la mermelada de arándanos—. Se me olvidó avisarte de que mañana viene Marta. Va a pasar el finde con nosotros, lo necesita.

—¡Ah! Estupendo. Pues tendremos que ir un momento al trastero.

—¿Al trastero? Piensas encerrarla en el cuarto oscuro cuando venga, ¿o qué?

—Pero mira que eres boba. No es eso. Es que ahí tengo otro colchón. Y a menos que queráis compartir cama, aunque estéis en el mismo cuarto, es para que tengáis cada una la vuestra.

—¡Ah, vale, vale! No sería problema. Pero si hay otro colchón, pues, obvio, mucho mejor.

—Vale, pues luego me ayudas a bajarlo. ¿A qué hora llega?

—Me ha dicho que a las doce del mediodía.

—Perfecto porque mañana tengo la mañana para descansar. Así vamos los dos a buscarla.

—¿Seguro? Si quieres descansar puedo coger el metro o algo. No quisiera molestarte, Elliot.

—No es molestia. Además, para ir en metro al aeropuerto y todo el tinglado, mejor ir en coche y vamos a tiro fijo. ¿No te parece?

—Vale. ¡Estupendo! Voy a decírselo a Marta para que sepa que mañana iremos los dos a buscarla.

Le envío un wasap mientras siento la mirada de Elliot fija en mí. Detesto cuando me miran en momentos de concentración. Ese escrutinio me hace sentir más vulnerable.

—Estupendo, pues. Y ¿qué me querías preguntar?

—¡Ah, sí! Necesito que me digas donde hacerme con el número de teléfono de aquí.

—Claro, tengo el papel ahí en el mueble de la entrada de la compañía en la que estoy yo. Viene la dirección, además no está muy lejos de aquí. ¿Quieres que te lleve o te apañas?

—¡Perfecto! Iré yo, tranquilo. ¡Gracias, tontín!

Por unos instantes siento que me mira con duda, pero no dice nada. Supongo que, en cierto modo, verá normal que quiera un teléfono de aquí.

Saboreo el colacao mientras espero algún tipo de respuesta de Marta y me quedo unos instantes pensativa. Anoche fue algo incómodo haberme dormido encima de Elliot y que él saliera despavorido así al cuarto. Hoy para colmo, un susto me deja en pelotas delante de él.

¿Puede ser más raro todo?

—¿Estás bien? —Pregunta con claro rostro de preocupación.

—Eh... Sí, sí. Estoy bien.

—Si estás rayada por lo de antes, no te preocupes, de verdad. No me he fijado mucho.

—Bueno, es que me da corte. No esperaba que me fueras a saludar con esa efusividad ni tampoco que me vieras en pelotas así de repente.

—¡Estás como un tomate, Mía! En serio, no pasa nada.

—¿De verdad? Para ti es fácil decirlo. Fue a mí a quien se le cayó la toalla.

—De verdad. Que no te preocupes porque no me he fijado mucho. —Guarda silencio unos segundos mirándome con ese rostro cariñoso que suele poner él en situaciones tensas—. Bueno, me marchó. Que hoy sí tengo que doblar. Además, tenemos en el hospital a un niño grave y, no sé si me tocará darles malas noticias a unos padres hoy.

—Esperemos que no. Que sea leve, anda.

—Gracias, preciosa. Luego de noche bajamos el colchón en un momento. ¡Hasta la noche!

No sé qué hacer hoy en todo el día y me arrepiento mucho de haberme dejado el Kindle en

casa de Víctor. Tendré que comprarme uno cuando cobre. Si supiera cuál es la llave del trastero iría a por el colchón para así quitármelo del medio y que Elliot no tenga que hacerlo tras la jornada laboral, pero no creo que esté en mi juego de llaves.

Desecho la idea y me pongo a ordenar toda mi ropa en el armario. Quiero limpiar un poco el cuarto y dejarlo todo listo para que este fin de semana solo me tenga que preocupar de disfrutar con Marta. Ella viene a despejarse y lo que menos necesita es cargar con más estrés. También iré en un momento a la tienda de telefonía, y así cortaré de raíz lo que quiera que esté pretendiendo Víctor con sus llamadas.

Pienso en la idea de llevar Marta a los jardines, aunque ella no es tan de hacer turismo como yo. Le gustan más las fiestas y los planes alocados. Yo siempre he sido la versión más tranquila de las dos. La de los planes tranquilos y los paseos. Ella es la de los festivales, los bailes a altas horas de la noche y los desmadres.

Se me ocurre que tal vez Elliot conozca algún sitio para salir de fiesta y así, hacer planes acordes a ella para que olvide esa desazón que le ha dejado el diagnóstico reciente.

Encuentro una cajita marrón en el fondo del armario, pequeñita pero con decorados étnicos. Me llama la atención, pero algo me dice que no debería meterme en asuntos que no me conciernen. Dicen que la curiosidad mató al gato. Pero me puede; si tengo que ser una víctima más de ello, solicitaré mi perdón y espero hacerlo a tiempo.

Abro la cajita, que tiene un pequeño cierre, que parece estar oxidándose. Y me encuentro en ella varias fotografías. Algunas de ellas son de Elliot y mías cuando estábamos estudiando. También veo fotos con una chica que no reconozco, la cual tiene la cara como arañada. Como si en un momento, hubiera descargado toda su frustración en cada uno de esos recuerdos.

Me resulta un tanto doloroso, ya que una parte de mí no entiende por qué Elliot me ocultaría algo así porque solemos contárnoslo todo. También entiendo que pudo ser una etapa que le partió el corazón, astillándolo de tal manera que tuvo que dejar esas marcas ahí como recordatorio, pero intentando, a su vez, alejarlas lo suficiente de su camino para que estas no siguieran lastimándolo.

Me recuerda a Víctor; a mis ganas y deseos por estar a su lado y amarlo sin reservas. A irme a vivir con él y empezar de cero toda una vida juntos lejos de la protección de los padres.

Y cómo todo eso se vio truncado dejando patas arriba mi vida, un dinero ahorrado perdido por la fianza de un hogar al que ya no hay vistas de ir y una huida a tiempo apaciguando mi desasosiego.

Decido guardar todo tal y como estaba en la cajita. Espero no haber movido algo de forma errónea y que él pueda notar que he estado indagando, porque estoy segura de que no me lo perdonaría.

Me sobresalto al escuchar el teléfono y veo que es un wasap.

Travis:

Hola, señorita desayunos. Sé que hemos dicho otro día y que mañana llega tu amiga, pero, me preguntaba si podrías quedar un ratito, aunque sea

Mía:

Bueno, estoy recogiendo aquí para dejarlo todo listo para mañana, pero podemos vernos un rato, claro Además, tengo que ir a una tienda para hacerme el número de teléfono de aquí.

Travis:

Me encantaría acompañarte, claro

Mía:

Sí, podemos ir a esa callejuela que me dijiste después. Donde los bailarines

Travis:

Oh, claro. ¿Te apetece?

Mía:

Sí, la verdad es que me ha sonado tentador cuando me lo has contado. Así que, si puedes y te viene bien, vamos

Travis:

Estupendo, donde siempre a las cinco, señorita desayunos

Parece ser ya una costumbre vernos donde será mi trabajo. No sé si cuando empiece mi jornada laboral seguiré viendo atractiva la idea o tendré que escoger otro lugar de encuentro.

A decir verdad, es lo que mejor conozco, voy a tiro fijo y no corro el riesgo de perderme por alguna callejuela que me haga llegar a algún universo paralelo o algo peor. Que siempre me ocurre que, si cambio mi ruta para ir algún sitio, cortocircuito por momentos hasta que me ubico y me acostumbro.

Tengo limpia la camiseta que tiene el estampado de gatito, me encanta y creo que en la primera cita no la lucí como debía. Tiene la imagen desastrosa de mis ganas de escapar, por lo que me parece justo construir con ella otro recuerdo, mejor y más agradable.

Hoy paso de *eyeliner*, me pongo máscara de pestañas y un *gloss* que huele y sabe a mora, que no me dura más que unos pocos minutos porque estoy relamiendo mis labios por su sabor sin opción a pausa desde que me lo aplico, pero bueno.

Y un retortijón amenaza con salir, pues mi instinto sabe que lo voy a ver y no quiero estropearlo de nuevo. La última vez fue bien, sí. Es precavido, atento y no le gusta presionar. Pero esa misma vez pude sentir nuestras respiraciones tan próximas que me da miedo lo que pueda pasar la próxima vez que ocurra.

Recojo todo como puedo, me cercioro de que la caja de los recuerdos de Elliot está tal y como la encontré. Me descargo la aplicación de Kindle para poder leer alguno de los libros autopublicados que tengo pendientes; personas que algún día me gustaría considerar compañeros de letras y que fuese mutuo.

Se me pasan las horas y cuando llega la hora de la comida estoy tan perdida que no sé qué comer. Quizá un arroz con un huevo frito. Me pregunto si me he preparado demasiado temprano y si hará mucho calor. Creo que me he sellado bien la *BB cream*, pues no me gustaría llegar y parecer una sartén andante.

Recojo la cocina y me dispongo a mirarme al espejo. El retortijón vuelve a asomar y me pregunto si esto cesará en algún momento de mi vida o tendré que reconocermelo como la cagana de los nervios y solicitar una escultura conmemorativa que no tiene por qué ser un váter. Si no, que se lo digan al Elogio del Horizonte en Gijón. Que si bien tiene un nombre que lo caracteriza, y es una fantasía que te permite escuchar las olas del mar desde su parte más céntrica, la mayoría de las personas lo conocen como el cagadero de King-kong.

Vulgaridades aparte, llega la hora deirme y salgo de casa con actitud. Me miro al espejo y contemplo a una chica que, aunque se siente vulnerable y desconfiada, está dispuesta a darse una oportunidad. Mi reflejo muestra una mujer con ganas de romper con esa coraza que la envuelve en desazón para abrir paso a un mundo de posibilidades. Algo en París me está diciendo que todavía hay una oportunidad para mi maltrecho corazón. Y no debo ignorar las señales que parpadean ante mí. Claro que la idea de equivocarme de nuevo está presente, pero la intento disipar con las ganas de pasar una tarde agradable con él.

Llego y no lo veo, no está donde habíamos quedado y siento un ardor en mi vientre que me hace dudar. Compruebo por los alrededores si quizá viene caminando por las inmediaciones y me estoy precipitando. Nada, no está.

¿No ha venido?

¿Me ha dejado tirada? No puede ser. Agacho la cabeza y me pongo un momento la mano en el pecho.

Suena mi teléfono móvil y ya espero con gran pesar un mensaje que diga que, en realidad, estaba bromeando y no piensa aparecerse por aquí.

Travis:

Señorita desayunos, estoy dentro con Bastian, ahora salgo.

Suspiro aliviada, voy retirando suavemente la mano del pecho y respiro hondo, muy hondo. Toco mi frente como en busca de ese chorreón de sudor invasor que suele hacer acto de presencia en momentos así. Pero no hay nada. Son mis nervios los que exageran.

«Todo está bien. Vamos, tranquilízate, Mía», me digo.

—Señorita desayunos, ¿cómo estás?

—Hola, Travis. Si te digo la verdad, estaba acojonada. Creí que te habías arrepentido y me habías dejado tirada. Así tal cual.

—Pero ¿qué dices? No podría arrepentirme de quedar contigo nunca, Mía. Estaba poniéndome al día con Bastian, solo eso.

Ahí está, esa mirada marina que me embelesa. Me atrapa de tal manera que siento que si accedo a ella jamás podré volver a salir.

—Bueno, ¿vamos?

—¡Vamos!

Nos dirigimos a su coche, le digo la dirección de la tienda de telefonía y nos acercamos en un momento. En la tienda son de lo más agradables. Y no hay cola, así que pronto tendré mi número de teléfono francés. Se lo paso a Travis y le envío un wasap a Marta, mamá, papá y a Elliot para que estén avisados de que, a partir de ahora, este será mi nuevo número. Me da una punzada en el pecho, pero se disipa enseguida. Haber cambiado este teléfono me incomoda un ratito, pero es el cierre definitivo que me faltaba para no darle más acceso a mi vida a Víctor.

Regresamos al coche y, tras un rato de carretera, llegamos a las inmediaciones de Notre Dame. Justo donde me dijo que hay una calle en la que bailarines callejeros se reúnen con su grupo para deleitar a los visitantes con sus improvisaciones de *freestyle*. Me quedo atónita, pues cientos de turistas caminan y se paran un momento para grabar tal regocijo artístico. Y me sorprende con una joven en concreto que lleva un atuendo de lo más particular, si bien mi madre diría que está muy descapotable. Lo cierto es que no deja mucho a la imaginación.

Aquel atuendo pegado a su piel muestra con total nitidez sus curvas y su cabello rizado como el fuego se une al compás de una melodía que desconozco, pero que atrapa y te invita a, por lo menos, mover tus hombros.

Hace una mezcla entre el ballet y el hip-hop, genuina, mostrando que ambos estilos de baile son compatibles entre sí y su sonrisa deslumbra marcando el sendero que conduce hacia la majestuosa Notre Dame.

Mi cabeza divaga sobre la posibilidad de estar viviendo una escena contemporánea en la que tal vez el Jorobado de Notre Dame no fuera un pobretón y sí un adinerado señor altruista, el cual ofrecería su limosna más generosa a aquella bailarina de cabellos de fuego. E inmediatamente se me ocurre que podría escribir sobre ello.

Me quedo absorta mirándola, con esa confianza en sí misma. Su forma de moverse muestra que ella se siente libre bailando, igual que yo cuando descargo aunque sea una frase en mi diario.

—Por tu silencio interpreto que estás disfrutando del espectáculo.

—Sí, me encanta, Travis. Gracias.

—De verdad, tu gratitud empieza a abrumarme. Tendré que hacer algo en serio para que esa gratitud sea por algo.

—Créeme, Travis, ya haces más de lo que piensas trayéndome a estos sitios. Haciéndome olvidar, despejarme. Contándome curiosidades. O simplemente con tu compañía, aunque sea así, en silencio.

Con esta confesión puedo estar lanzándome a la piscina y no encontrar agua en ella, pero es cierto que, en estos momentos, agradezco infinito todo lo que estoy viviendo con él.

—Bueno, tampoco quiero que se te haga tarde, deberás descansar para atender mañana a tu amiga como corresponde.

—Así es. Pero ha sido muy agradable este rato. Me encantaría volver más veces.

—Cuando quieras, señorita desayunos.

Me trae a casa y me dejo llevar, las palabras nacen con una historia que me apetece escribir. Los lugares a los que me ha llevado Travis son perfectos para inspirarse y, como todavía queda un rato para que llegue Elliot, simplemente dejo que fluya.

[...La fauna y la flora no eran lo único que protagonizaba aquel jardín, también lo hacían aquellas hadas y duendes mágicos. Portaban un candelabro y, a su alrededor, se vislumbraban cientos de polvos mágicos. Diversos colores proporcionaban al lugar la sensación de paz y armonía a la que estaban acostumbrados. Aquel joven de joroba y aspecto malhumorado se había levantado aquel día con ganas de sorprender al poblado. Le obsequió parte de su oro a aquella joven de cabellos de fuego que danzaba al son del cántico de los grillos, bajo la luz de unas traviesas luciérnagas. Todos asombrados, desconocedores del motivo de aquel cambio drástico de humor, cuchicheaban entre ellos las mil y una posibilidades. Pero un sonido atronador surgió de improviso, dejando una invasión de desconcierto y destrucción a su paso...]

—¡Pichurrina! ¡Galletita de cuero! ¿Estás en casa? Eo, eo, ¿hay alguien?

Elliot me saca del ensimismamiento en el que estaba, viajando a un mundo totalmente desconocido para mí por ahora, pero que, a decir verdad, es un mundo que me está gustando como primer borrador. Aunque tan solo sean unas cuantas palabras sueltas, un párrafo inconcluso.

—¡Estoy aquí!

—Ay, es que como no decías nada, digo: ya se fue a los jardines o tuvo una cita. Otra vez.

De nuevo ese deje de desaprobación que, en cierto modo, me incomoda. Más por no saber interpretarlo que por su forma de actuar en sí.

—No, tontito. ¿Cenamos y bajamos el colchón?

—¡Sí, perfecto! ¿Cómo ha ido el día?

—Bien, la verdad. He estado ordenando el cuarto, preparándolo todo para mañana y leyendo. He quedado con Travis un poquito y también he escrito unos párrafos para una idea que se me ha ocurrido en mi paseo de hoy.

Su rostro se ensombrece por un momento hasta que, cuando voy a hablar, parece sonreír y me alivia.

—¡Eso es estupendo, Mía! Lo de una nueva idea. ¿Ves? Te nace solo, debes tomártelo más en serio, hazme caso, por favor.

—No sueñes tanto, Elliot. Solo son ideas, retazos de algo que se me vino a la cabeza, pero no

creo que nadie quiera leer.

—Mira que eres cabezota, de verdad. Por cierto, tengo una sorpresa que darte.

—¿Sorpresa? Elliot no hacía falta que compraras nada, ya con dejarme vivir aquí es más de lo que podría haber soñado.

—Eh, relájate que no he comprado nada.

—Ah, vale, vale. Pero ¿qué es?

—Está justo ahí, en esa mantita.

Me quedo mirando para la mantita sin comprender nada. No hace frío por lo que desecho la idea de que pueda ser la propia manta para cobijarme del frío. Aunque, pensándolo con calma, también puede ser para el invierno. No sé cuánto bajarán las temperaturas para entonces por estos lares.

—Vamos, acércate. Puede que esté dormido.

—¿Perdón?

Me acerco, toco la manta con dos únicos dedos, con suavidad para no despertar a lo que quiera que esté dentro. Y lo veo. Un gatito marrón y blanco precioso, es tan pequeño e indefenso...

—¿Un gatito? ¿Para mí?

—Sí, a ver. Sé que tienes que estudiar, que trabajarás y harás tu vida, pero he pensado que no te vendría mal tener una compañía. Y sé que siempre has querido adoptar uno.

—¡Oh, Elliot! ¡Es una preciosidad! Ven, pequeño. Ven con mami. Yo soy Mía. Encantada, bebé. Eres una preciosidad, ¿lo sabes?

—Ay, es que ¿ves? Vas a ser una madraza para ese gatito.

No puedo parar de sonreír. Una lágrima traviesa se me escapa porque al fin puedo decir que he adoptado un gato. Gracias a Elliot, pero un gato, al fin y al cabo. Y es una preciosidad.

—¿Y bien? ¿Sabes cómo lo vas a llamar?

—¡Sí! Se llamará Elvis.

—¿Como Presley?

—¡Así es! Sabes lo mucho que me gusta y siempre he querido tener un gato que tuviera su nombre.

—¡Me encanta, Mía! Elvis, bienvenido a casa.

—¡Qué bien suena! —Me emociono tanto que me abalanzo a los brazos de Elliot y casi espachurramos a Elvis entre los dos.

—La verdad es que sí. Suena genial, pichurrina.

Mirar sus ojitos azules me hace recordar a Travis de inmediato. Y meneo la cabeza hacia los lados, confundida.

Bajamos el colchón del trastero como habíamos dicho y nos acostamos temprano para poder darle la bienvenida a Marta mañana como se debe. Espero poder darle ese fin de semana de despeje que busca y necesita, la verdad.

Capítulo 11

Siento un leve cosquilleo en la nariz, una patita parece tantear el terreno sobre mi cara cuando al fin despierto y veo cómo Elvis está soñando. No le despierto porque no parece ser una pesadilla, pero, al moverme un poquito para levantarme e ir al baño, se despierta e intenta recolocarse con torpeza.

—Buenos días, pequeño. Nada de pedetes, ¿me oyes?

Se incorpora, ahora con mayor facilidad, mirándome con esos ojos azules desconcertados. Todavía tiene que ubicarse, la noche la pasó un poco regular y no sé si este fin de semana será el más apropiado para traerlo a casa, pero no pongo pegas y le hago cariñitos antes de levantarme. Todo irá bien. Además, es mirarlo a esa carita hermosa y derretirme de amor.

—Hoy viene tita Marta, te encantará.

Me siento un poco tonta hablándole, aunque siempre he pensado que los animales entienden más de lo que pensamos. Ellos escuchan mejor que un ser humano y se entregan por entero. No importa en qué punto de tu vida estés, ellos sienten y saben gestionar su gratitud ofreciéndote la mejor de sus compañías.

Sin embargo, también soy consciente de la independencia de un gato. Ni por asomo tienen la misma dependencia que suelen mostrar los perros. Y bien es sabido que en cuanto un gato pisa tu hogar, la mayor parte de este pasa a ser de él. El rey felino que marca su territorio con sus andares y autoridad.

Después de varios cariñitos, escuchamos a un remolón Elliot levantarse y meter ruido. Cuando él se levanta, no hay día que pueda ser silencioso. Parece el huracán Katrina arrasando todo a su paso. Con la diferencia de que no hay catástrofe tras su torpeza, claro.

Yo lo achaco a que estaba acostumbrado a vivir solo; no tener que aguantar a nadie y vivir a tus anchas tiene que ser perfecto hasta que alguien entra en tu hogar y lo cambia todo.

—Galletita de cuero, ¿estás despierta?

—Estamos despiertos.

Entra en la habitación abriendo la puerta con suavidad, no vaya a ser que Elvis salga disparado a por él. Y se parte de la risa solo porque nos ve todavía en un estado de indecisión entre levantarnos o no.

—Vaya dos. ¿Ves? Si es que sabía yo que seríais almas gemelas. De verdad, yo lo sabía.

—Mucho sabes tú. ¡Venga, vamos!, porque son las nueve y media y se pasa la mañana volando. No me gustaría que llegáramos tarde y Marta se llegara a pensar que al final, no vamos a buscarla.

—¡Vamos, pues!

Me desperezo y estiro las sábanas para dejarlas ventilando mientras nos preparamos. Elvis se hace el remolón y se esconde en las sábanas de la parte inferior de la cama. Le dejo que sea feliz y descansa, pues sé que sus primeras noches serán las más complicadas hasta que consiga adaptarse del todo.

Desayuno un café con leche con una tostadita. La mermelada de arándanos que compra Elliot está deliciosa. Creo que ha pasado a ser una de mis nuevas adicciones. La unto bien después de poner la mantequilla, porque la combinación de ambas se me antoja una exquisitez y la saboreo con mucho gusto.

Dedico unos cuantos minutos al desayuno y espero mientras Elliot sale de la ducha. Nos preparamos y vestimos casuales para ir al aeropuerto. No me apetece maquillarme, por lo que únicamente hago mi rutina de rostro y aplico máscara de pestañas.

Salimos corriendo porque a lo tonto se nos ha pasado casi la mañana y tenemos que llegar a la hora.

En el viaje, Elliot permanece callado, apenas menciona nada más que su gratitud por tener un día soleado, el día que viene Marta. Asiento y coloco bien mis piernas.

—¿Tienes ganas de verla, pichurrina?

—Muchas. Espero que le guste esto tanto como me está gustando a mí.

—Seguro que sí.

Vuelve a reinar el silencio durante el camino. De reojo miro a Elliot, que parece estar como ido, pensativo. ¿Habrá sucedido algo más en el hospital? Podría contarle el problema de Marta, pero le prometí a ella que no lo haría, por lo que prefiero que, llegado el momento, sea ella quien dé el paso. Es un tema delicado y no quisiera perder su confianza con algo así.

—Pues ya llegamos. A ver ahora si no tenemos muchos problemas para aparcar. Espero que el *parking* no esté demasiado lleno.

—Esperemos que no. ¿Vamos bien de tiempo? —Miro el reloj y compruebo que, en efecto, llegamos con al menos quince minutos de antelación—. Sí, vamos bien.

—Tranquila, Mía. No te pongas nerviosa que me pones a mí atacado, anda.

Encontramos aparcamiento tras un par de vueltas, hay muchas personas cargando maletas y mi curiosidad navega en un mar de ideas. Vacaciones en el mar, vacaciones para despejarse o, incluso, alguna persona en una tesitura similar a la mía que busca empezar de cero en alguna otra ciudad.

Aguardamos en la dársena indicada hasta la hora programada y solo espero que no se retrase porque los nervios están latentes.

Pasan unos minutos hasta que vemos a una rubia bella y despampanante. Así es ella. Con esos ojos grisáceos que evocan a los mismísimos ángeles. Se ve tan tierna que muchas veces me cuesta creer que tenga esa actitud tan rebelde y fiestera. Se acerca a nosotros con una sonrisa de oreja a oreja y parece mentira que hace apenas tres días hayamos hablado y estuviera tan baja de ánimos.

De verdad que ella necesitaba venir y le va a servir de mucha ayuda. Estoy deseando que conozca un poco más de París y se relaje. Que vuelva con las pilas recargadas y a poder ser, que vuelva pronto. Acaba de llegar, todavía no se ha ido y ya siento necesidad de que repita este viaje.

—¿Cómo están mis dos pedorros favoritos?

—Hola, preciosa.

—¡Hola, Marti! ¿Qué tal el viaje?

—¿El viaje? Si os soy sincera, mal. Resulta que a mi lado me tocó el señor «don ronquidos». Y por si fuera poco, el tipo se tira cuescos y cuando la señora que estaba próxima a nosotros se quejó, va con su jeta, y le echa la culpa a ella. ¿Será posible?

—Y eso que no es un viaje muy largo.

—Ay, calla, ¿eh? Que si tengo que aguantar a tal engendro del mal a mi lado por más tiempo creo que me da algo.

Nos reímos a carcajadas por la anécdota y ella nos dedica una mirada de soslayo.

—No me hace ninguna gracia, listillos, que sois unos listillos.

Cogemos sus maletas y nos subimos al coche. Elliot está que se mea de la risa solo y las dos

nos miramos sin entender el porqué.

—¿Vas a contarnos el chiste o qué?

—Pues que me hace gracia. La mierda de maleta que trajo Mía para venirse una temporada y las dos que traes tú para un finde. Es que, a ver, me hace gracia, sin más.

Marta me mira y se parte de risa porque ella me conoce muy bien. No hace falta detallarle nada más para saber exactamente qué maleta es la que traje conmigo.

—¿Te trajiste la horterada que parece una carpeta de instituto?

—Sí. ¿Algún problema?

—Marta, déjala, sabes de sobra que no se va a desprender de esa reliquia decorada en sus años mozos.

—Oíd, chicos, vamos a ver. Que tiene su valor sentimental. Vosotros no lo entendéis.

—Tampoco te estamos juzgando, pedorri.

—Más os vale. —Respondo hastiada de escucharles esa crítica innecesaria ante mi maleta, la cual me hace un servicio muy bueno y me gusta. No hay nada que objetar al respecto.

El resto del viaje de vuelta no mediamos más palabra. Marta se queda embobada mirando por la ventana y es que no es para menos. Es fantástico tener un día tan despejado, la verdad. Empezaba a pensar, dados los días de lluvia que hemos tenido, que tendríamos días pasados por agua con ella aquí.

—Pedimos unas pizzas, ¿os hace? —invita Elliot con amplia sonrisa.

—Venga, va. ¿Cuánto pongo?

—No empieces tú también como Mía.

—Vale, doctor.

De verdad, qué manía ha cogido con querer pagarlo todo.

—Y bueno, ¿qué? ¿Adónde me lleváis esta noche?

—Pero acabas de llegar. Y mañana Elliot tiene que trabajar. ¿No estás cansada ni nada?

—Mía, yo me hice el viaje en avión. Tú viniste en coche. No compares, tía.

—Yo paso de ir a ningún lado. Al menos, hoy. He cambiado el domingo con un compañero por si queréis ir a algún sitio. Pero hoy, al menos, me quiero acostar temprano que mañana tengo doblete, chicas.

—Bueno, vale. Pues salimos mañana. A ver a qué sitio me lleváis que yo soy formal.

—Sí, sí. Formal...

Elliot suelta esa frase casi imperceptible, pero, a diferencia de lo que él cree, se le ha comprendido a la perfección. Marta lo mira de reojo y con desaprobación.

Llegamos a la casa y Marta pega un brinco leve al ver a Elvis. Pero como le encantan tanto o más que a mí los gatos, lo acoge en su seno y lo abraza y atiborra de besos.

—Venga, tomad, escoged ahí qué pizzas queréis. —Elliot nos ofrece el catálogo de la pizzería y se queda mirando a Elvis—. Madre mía, bichillo, sin duda tú triunfas más que yo con las mujeres. A ver si me das unas clases, majó.

No podemos evitar reírnos los tres ante aquella ocurrencia.

Me pongo a mirar el folleto con atención y es increíble la variedad que hay en la pizzería en la que siempre pide Elliot. Tienen un montón de masas diferentes y él dice que las familiares cunden muchísimo. Optamos por dos familiares, con la premisa de que, si sobra, quedará algo para mañana. Algo que yo en lo personal agradezco mucho, claro. Todo lo que no sea cocinar...

Marta pide una pizza *pepperoni*, yo prefiero una carbonara que me encanta. Elliot dice que comerá de las dos porque ambas le gustan. No le hace ascos a ninguna, a excepción de la barbacoa pues la salsa le sabe demasiado dulce y confirma la teoría de que el dulce mejor para

los postres.

No tardan mucho en llegar. La verdad es que tienen buen servicio, no es excesivamente caro y todo llega calentito.

Me suena el teléfono y me sobresalto en un momento en que estamos en completo silencio.

Travis:

Hola, ¿qué tal? No quiero molestar, pero era para saber si estabas bien y si tu amiga llegó bien del viaje.

—Oye, ¡pero bueno! Qué callado te lo tenías, ¿quién es ese?

—¿Ya está el parisino dándote la turra? —Ahí está esa cara rara de Elliot otra vez.

—Eh, ¡no me da ninguna turra!

—Oh, vaya, pero si actúas a la defensiva y todo... ¿Qué es lo que me he perdido?

Ya empezamos.

—Nada, que aquí la menda, viene, encuentra trabajo, hace planes y encima liga. ¿Qué te parece? —suelta Elliot con un retintín que no me gusta nada.

—Jolín, chico. Al que no parece gustarle nada de nada es a ti. ¿Qué te pasa?

—¡No me pasa nada, joder! Estoy diciéndolo normal. No sé qué os pica, de verdad.

Lo dejamos estar. Hacemos el gesto de cerrarnos la boca con cremallera y no continuamos por ahí porque sabemos que, de hacerlo, podríamos acabar mal los tres y no queremos estropear el fin de semana. Pero Elliot sigue poniendo malos gestos y resoplando.

—Oye, yo he venido a despejar, no he venido a que discutamos. Si estás de malhumor, no descansas o algo, ¡no lo pagues con nosotras! ¿Quieres?

—Perdón, chicas. Es el estrés del trabajo que me tiene un poco ido. No debí hablaros así.

—Bien, sigamos cenando. Y Mía, ya me contarás luego, pero respóndele al muchacho vaya a ser que piense cosas raras.

Hago lo propio. La verdad es que Marta tiene razón, no quisiera que pensara que estoy pasando de él ni nada parecido.

Mía:

Todo bien, Marta ya está en casa y la verdad es que estoy deseando enseñarle cositas mañana. ¿Qué tal tu día?

No tarda mucho en responder.

Travis:

No me puedo quejar. Ha sido productivo y eso me gusta. Me alegro de que vaya bien. Recuerda que si necesitáis cualquier cosa, aquí estoy. Los findes estoy libre, así que...

No me olvido, claro, pero molestarle no entra en mis planes. Y presentárselo a Marta no sé yo hasta qué punto sea idóneo. Me daría todo el tiempo la lata con que es el destino, que es muy guapo, que salga más con él...

—Llamando a Mía a Tierra.

Escucho a Marta hablarme haciendo aspavientos con las manos así, cerca de mi cara y me quedo confusa.

—¿Qué pasa?

—No sé, dínoslo tú. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

—Ay, ese parisino, que te tiene atontada.

—Bueno, yo me voy ya a dormir, chicas. Que descanséis y seáis buenas mañana.

La tarde se pasó en un suspiro, entre charla y wasaps de Travis. Elliot se dirige a su habitación sin decir nada más. Su rostro se apagó de repente y no logro captar cuál es el problema. Nos conocemos de hace tantos años que nunca antes me había pasado el no saber exactamente qué le ocurre. Tampoco es que sepa cómo abordar el tema.

No creo que sea porque sabe que he visto la cajita que guarda a no muy buen recaudo. Seguro que es algo del trabajo que lo carcome y lo tiene más agotado de lo que le gusta admitir.

—Vaya humos que tiene Elliot, ¿no?

—No sé qué le pasa, la verdad. Me gustaría saberlo, pero tampoco sé cómo entrarle con el tema.

—No te rayes, seguro que es por algo del trabajo.

Recogemos bien la cocina y limpiamos la mesa del salón para poder irnos al cuarto también a descansar. Hay un momento en que Elliot se levanta y va al baño, nos mira de soslayo, pero sigue en silencio. Se ve que, de repente, no tiene ganas de hablar y ya no sé qué hacer.

—Déjalo, se le pasará.

Ya en el cuarto sigo dándole vueltas al asunto, aunque no saber abordarlo me tiene inquieta.

—¿Cómo te encuentras, Marti? —Pregunto para evitar entrar en un bucle extraño de pensamientos.

—Bueno, ya sabes. Se me sigue haciendo cuesta arriba el tema. Prefiero no pensar en ello y seguir adelante.

—¿Por qué no me contaste nada antes? Y que conste que no te estoy echando nada en cara, solo es que me parece raro.

—Lo pensé muchas veces, Mía. La cosa es que tú estás centrándote en ti, dejando a un lado a Víctor; te viniste para París a cambiar de aires y empezar de cero.

—¿Y?

—Pues que no me parece justo. Venirte ahora con todo esto. Tú necesitas salir a volar, Mía. No necesitas que esté yo dándote la turra con mis problemas.

—Pero es que para eso somos amigas. Para lo bueno, lo malo y lo regular. No todos los caminos son de color de rosa, Marta. Y por mucho que no lo queramos, siempre van a existir adversidades. Siempre vamos a tener que lidiar con baches en el camino.

—Lo sé, tienes razón. Perdóname. Solo era eso, no quería darte mayor carga de la que ya llevas contigo.

—Mira, Víctor fue un cabrón, sí. Pero no puedo quedarme estancada en la resignación. Lo he meditado mucho, el pensar si soy o no suficiente. Y he llegado a la conclusión de que no es mi problema, sino suyo.

Quienes no son capaces de valorar lo que tienen y buscan algo más allá, corren el riesgo de dejar la gloria para acoger a la mierda. Es algo que aprendí con el paso de los años. No siempre es culpa tuya, aunque así te lo hagan creer.

—Eres fascinante, Mía. ¿Lo sabes?

—Soy humana, como tú. Y venga, vamos a dormir que mañana quiero que veas sitios increíbles.

—Vale, pero prométeme que me contarás algo más de eso que te traes entre manos con el parisino ese.

—Ya veremos. Buenas noches.

—Buenas noches, pедorra.

Y entre las últimas risas se escondían nuestras ganas de dormir. Fue así como sucumbimos a

los brazos de Morfeo.

Capítulo 12

—Ay, ¡quítamelo! ¡Quítamelo! Un monstruo peludo en mi cara, ¡quítamelo!

Me sobresaltan los gritos de auxilio de Marta y por un momento pienso que está pasando algo de verdad. Ella, como buena *drama queen*, no puede quejarse de algo sin montar una escena.

—Marta, mira que eres exagerada, tía. Solo es Elvis que quiere unos mimos de buenos días.

—¿Unos mimos de buenos días? ¿Es que quieres ser mi novio, criatura?

Me parto de risa y me ahogo entre los primeros bostezos de la mañana.

—¿Qué dices, loca? Bueno, ya lo que me faltaba, que le tires los trastos a mi gato.

—Oye, reconoce que es guapetón.

—Pero es un bebé, tía.

—Ay, Elvis, nada, tu madre nos pone pegas para todo, cariño.

Los miro y me quedo boba con tal estampa. Mirarla sonreír, aunque sea un poco, es un regalo. Parece que amanecer en esta anecdótica mañana le está viniendo bien.

—Para empezar, le he dicho que eres su tita. Por lo que búscate otro novio, maja.

—Vaya, lo siento, pequeño. No podemos tener un romance más allá de lo estrictamente permitido entre tita y sobrino.

—Así me gusta. ¡Ahora a ducharse que nos vamos!

—¡Sí, teniente O'Neill!

Detesto que me llame así, aunque es otra de mis películas favoritas. Me encanta como Demi Moore defiende su papel en ella. Lo poderosa y resiliente que se ve.

Nos preparamos y puedo escuchar a Marta partirse de la risa desde aquí. Conociéndola, imagino que le harán gracia los productos de higiene de Elliot. No es para menos, yo la comprendo y más cuando el primer día tuve que ir por ahí oliendo a galleta de cuero por todos lados.

—Vaya geles de baño que os gastáis por aquí, ¿eh?

¡Lo sabía! Ella tan cómica como siempre. Ni siquiera en los malos momentos pierde ese sentido del humor del todo y yo la admiro mucho por ello. Me gustaría ser idéntica a ella en estos casos.

Salimos con una neverita de pícnic, no muy aparatosa e ideal para llevar en el metro y demás, pues tengo pensado que hagamos una ruta lo más completa posible. Voy a obviar los museos porque ella no es muy de visitar este tipo de lugares.

Cuando estamos llegando a la Torre Eiffel y esta, a medida que nos vamos acercando, se va asomando más, Marta abre la boca asombrada por su belleza.

—¡Que te va a entrar una mosca!

—Ay, calla. ¿Has visto lo bonita que es? Chica, es que nada que ver con las fotos.

—Ya te digo. Yo no me canso de mirarla. Me resulta maravillosa, tenerla de frente es otra cosa.

Tomamos algo sentadas en el amplio césped y contemplamos por un largo rato la Torre y toda la gente que viene y va. Es impresionante la cantidad de personas que llegan a aparecer por aquí.

La siguiente parada es Montparnasse y el edificio tan gigantesco. Marta, al igual que yo, lo

mira atónita. He omitido que me trajo el parisino, porque ya estaría diciéndome que es un detalle de lo más romántico. O que así le parece a ella, eso seguro. He visto los precios de entrada normal y el de con champán y se me ocurre que puedo decirle cuatro cosas después al señorito. ¡La madre que me parió!

—Guau, pero ¡qué burrada de plantas, Mía!

—Sí, la verdad es que es bien alto. Pero las mejores vistas de la ciudad, o al menos, una de las mejores, están aquí.

—Pero ¿eso no era desde la Torre, tía?

—Eso pensaba yo, sin embargo, mira.

Le señalo con los dedos para que mire al frente y se asombre con lo que yo percibo.

—Ostras, sé a lo que te refieres. Está ella también. Esto es para postal, pedorri. Me encanta. ¡Hagámonos un selfi con esas vistas detrás, Mía, porfa!

Quedó una foto preciosa, plasmando la clara esencia de dos amigas que están disfrutando juntas en un idílico lugar.

La magia de este sitio es que te muestra en vivo y en directo cualquier postal, cuadro o documental. Es que sientes la presencia de la majestuosa torre a lo lejos y también la de Notre Dame. Y si, además, lo acompañas de un magnífico día soleado, el gozo es aún mayor.

Pasamos por el Arco de la Défense que ese sí le llamó algo más la atención a Marta, pues es otro de los lugares parisinos donde podemos encontrar vistas magníficas. Probablemente, más aireadas que en Montparnasse. Además, en su interior alberga exposiciones de importante índole. Y ya el ascensor que nos eleva hacia la parte superior es toda una experiencia que aporta un pelín de adrenalina. Al ser acristalado, no pierdes detalle durante el ascenso.

Al salir del Arco, no podemos evitar pasar por Le Pouce, que significa El Pulgar. No muy lejos de La Défense, hay una recreación gigantesca en resina de un dedo pulgar.

—Me parece increíble que haya una escultura así en esta ciudad, de verdad te lo digo. ¡Un maldito dedo gordo, tía! ¡Qué locura! —suelta Marta sin parar de reírse.

—Ya ves, es curioso.

—Como para que se caiga encima de alguien, vamos.

Nos hacemos unas cuantas fotografías con el pulgar, alguna se la enviamos a Elliot. Nos deja en visto, pero pensamos que seguramente esté muy liado en el trabajo.

Después de las risas he pensado que podría enseñarle el jardín y, para mi sorpresa, si bien es cierto que Marta no es de museos y no quiere entrar, pide que nos pasemos por los exteriores del Louvre para poder hacernos fotos y después ir hacia el Arco del triunfo.

Me encanta que le apetezcan estos planes turistas y pasar este día con ella. Aunque sé que cuando se vaya la voy a echar muchísimo de menos.

Paramos en un puesto que hemos encontrado de camino y cogemos un granizado de limón cada una. Hace un día cálido y apetece algo fresquito para hacer más liviana la caminata.

Cuando pago, cojo los dos vasos y al girarme tropiezo con alguien que no tiene otra cosa que hacer que ponerse en mi camino. Lo cual, llevando dos vasos en la mano, no es buena idea. Casi lo desparramo todo.

—Oh, vaya, lo siento, es culpa... ¿Mía?

—¿Travis?

Vaya por Dios y las coincidencias. ¿Qué probabilidades había, entre cientos de miles de ciudadanos, de encontrarme con él esta tarde?

—¿Cómo estás, señorita desayunos?

—Espera, ¿qué? ¿La llamas señorita desayunos? —Ya tiene que salir Marta a la acción y

burlarse del apodo que me ha puesto Travis—. ¡Eres tú! ¡El parisino! ¡Vaya si eres guapo!

—Gracias, supongo.

Veo que por momentos se sonroja y yo solo quiero que me lleven, no me hago responsable de ella ni de lo que suelte por su boquita viperina.

—Bueno, bueno, bueno. ¡Cómo está el patio! Te vienes a otro país y triunfas como Los Chichos, hija.

—Marta, ¡ya vale! —Le doy un codazo—. Perdónala —le digo a Travis—. A veces puede ser un poco pesada.

—No importa. Es divertido. Mis amigos son peores, créeme.

—¿Tomas algo?

—¡Marta, por favor!

—Tranquila, señorita desayunos. Me encantaría. Solo estaba dando un paseo aburrido, esta noche es cuando he quedado con los amigos para ir por ahí.

—Y yo me pregunto, ¿no tienes ningún amigo soltero por ahí?

—Alguno hay, claro.

Y al ver que se parte de la risa, continúa Marta y yo le sigo la corriente. De verdad que no sé qué hacer con ella. A la mínima se me desmadra.

—En ese caso, Mía, ¿podemos ir con ellos, verdad?

—No sé si a Elliot le parecerá bien.

—Ay, ese aguafiestas. No creo que ponga pegas. Está raro, sí, pero de ahí a que no quiera salir cuando en principio confirmó que le apetecía y que mañana no trabaja...

Travis se queda callado mirándonos, parece como si fuéramos a entrar en algún tipo de conflicto. Pero nada más lejos.

—Oye, si hay algún problema o algo, no quiero importunar tampoco, ¿eh?

—¿Qué dices, Travis? Si aquí la que se ha autoinvitado es esta loca. De verdad, no te preocupes.

—Vale, vale. —Se ríe por lo bajini y mueve la cabeza hacia los lados como en signo de negación. Está muy bonito riéndose—. Pues lo que digáis, yo no tengo ningún problema.

Sopeso los pros y los contras.

Elliot no estaba muy cómodo el día que nos conocimos en el restaurante. Pero también él mismo me motiva a no estancarme. Cuando mencionamos algo de Travis parece mostrar desaprobación, aspavientos y suspiros. Sin embargo, siempre hay un breve instante en el que sonríe. No lo tengo claro por lo que decido que enviarle un wasap será lo más correcto.

Mía:

Hola, tontin, ¿cómo va el día?

No voy a ir tan a saco, rompo el hielo primero. Prefiero primero que me cuente qué tal y ya ir viendo sobre la marcha.

Marta y Travis siguen hablando y me sonroja ver cómo de vez en cuando él me guiña un ojo.

Mi móvil no tarda demasiado en sonar.

Elliot:

Hola, pichurrina. Perdóname por estar tan arisco últimamente. Estoy agotado. ¿Cómo va el día? ¿Habéis hecho algo de turismo?

Mía:

Por raro que te parezca, sí. Marta ha querido ver varios sitios, ¡incluso los

exteriores del Louvre!

Elliot:

Esta chica tiene fiebre o algo. Es raro, pero aprovéchalo.

Mía:

Es genial tenerla aquí, la verdad.

Elliot:

Si ella quiere cambiar de aires también, pues es bienvenida. Ya ves que en casa hay hueco.

Notarlo así, me da esperanzas. Parece que las sospechas de que su humor se agria debido al agotamiento son ciertas y me hace sentirme algo mejor

Mía:

Quería comentarte algo

Elliot:

Dispara, galletita de cuero

Mía:

Nos hemos encontrado con Travis. Marta le escuchó decir que va a salir esta noche con los amigos y, bueno, ya sabes lo alocada que es. Se ha autoinvitado. Y como habíamos dicho de salir los tres, me preguntaba si no te importa que vayamos con ellos

Elliot:

No sé por qué no me sorprende. ¡Sin problema! Venga, Mía. No te preocupes. Si lo dices por mi humor de perros de estos días, tú pasa y disfrutemos. Luego nos vemos en casa y me decís hacia dónde vamos

Mía:

¡Estupendo! Ay, tontín, te quiero mucho

Elliot:

Y yo a ti

Es un alivio que Elliot haya cedido, no pusiera pega alguna y vuelva a estar de humor.

—¿Y bien? Esa sonrisa tiene que significar algo bueno.

—¡Elliot ha dicho que sí! ¡Nos vamos todos de fiesta!

Travis sonríe y vuelve a guiñarme su ojazo. De verdad que por un instante no sé si me derrito por su belleza o por el calor.

—Pues esta noche nos vemos, chicas. ¿Quedamos donde siempre, Mía? ¿A las diez?

—¡Sí, perfecto! —No puedo evitar sonrojarme. No le dije nada a Marta y esta me mira con ojitos de: *hay algo que no me estás contando; te mataré.*

Cuando Travis se aleja, no entiendo por qué me queda una sensación de vacío. Como cuando no has tenido suficiente, esa sensación como cuando tienes la boca seca pidiendo a voces un trago de agua. Cuando sin poder evitarlo hay algo que echas en falta.

—Qué calladito te lo tenías, ¿no? Así que donde siempre.

—Bueno, sí, hemos quedado dos o tres veces. Me enseñó algún sitio y hemos pasado tardes agradables. Solo eso.

—Bueno, pedorri, pero podías no haberlo omitido. ¿Pensabas que te diría algo en contra? ¡Pero si está cañón, Mía!

—No seas boba, anda. ¿Vamos a casa, vemos que cenamos y nos preparamos?

—Sí, claro. ¡Quiero mover este esqueleto al ritmo parisino, *baby!*

Me tengo que reír. Porque con ella no se puede estar de otra manera. Quizá existan momentos más duros, pero en su mayoría, con ella y su sonrisa, los colores se ven con tantos matices que hace que todo sea más fácil.

Llegamos a casa con la lengua fuera y no sé por qué. Para ir de fiesta no deberíamos tener prisa, pero, claro, entre que nos duchamos y no, tampoco queremos que se nos haga muy tarde.

—¡Vamos, *baby*, que quiero disfrutar la noche joven de París! —Marta baila por todo el salón al ritmo de música inexistente.

—¿Tú te has puesto algo en el granizado?

—¿Qué dices, loca? Ya sabes que yo soy así de fábrica.

Me meto yo primero en la ducha y tarareo una melodía imperceptible. No sé ni tan siquiera si existe la canción. Pero me regocijo en mi propio jolgorio sintiéndome bien conmigo misma.

Hace muchísimo que no salgo de fiesta. Espero no estar demasiado oxidada; en la pista sí, claro. Ahí soy un pato en toda regla.

A ver lo que nos depara y si es verdad que la noche es joven.

Capítulo 13

—¿Cómo están mis chicas? ¿Estoy a tiempo de darme una ducha y ponerme guapo?

—¿Guapo? Ni lo sueñes, las guapas esta noche somos nosotras.

Marta le mira de soslayo haciéndole ver que no hay opción a réplica ante aquella afirmación. Elliot se queda embobado mirándonos y ya no sé si tengo un mono en la cara.

—Estáis increíbles, pichurrinas. Me ducho y tal y nos vamos.

—¡Venga! No tenemos toda la noche.

Mientras lo esperamos, Marta me enseña varios documentos que fotografió con su diagnóstico.

—Marta, cariño, si no quieres no tienes por qué enseñarme estas cosas, ya lo sabes.

—No, no. Estoy bien. Solo es para que lo veas.

Me apena en parte la situación. Cuántas madres hay por el mundo que han tenido hijos y los abandonan o no los cuidan como debería por tener el corazón tan frío como el hielo. Y, sin embargo, hay otras tantas mujeres que quieren ser madres que el rechazo de su propio cuerpo para concebir, diagnósticos complejos e interminables hacen que sea una experiencia de lo más desgarradora. Una de cal y otra de arena. Justos por pecadores, la misma historia de siempre.

Es una injusticia con la que todavía no he aprendido a convivir. Aunque tampoco considero que nadie deba hacerlo.

Elliot sale despavorido del baño, bailando con la toalla, rodeándole la cintura y silbando por toda la casa.

—¡Elliot! Son las nueve, tío, ¡vámonos! ¡Espabila!

—Joder, chica. Ya voy. De verdad, ¡qué neuras!

Marta y Elliot siempre han sido así, juntos son como el agua y el aceite. Aunque muy en el fondo se tienen un cariño inamovible y muy tierno. Me da gusto ver ese lado picajoso que tienen los dos.

—Venga, chicos. Paz en la sala.

—¡Que viene Kubala! Mimimimi... —Suelta Marta con toda la convicción.

—¡No es así, idiota!

—¿Y cómo es, listillo?

—Era, silencio en la sala, que viene Kubala.

—Bueno, lo que sea, me da igual. ¡Yo lo digo a mi manera!

—Vaya dos, de verdad, ¡qué paguita estoy perdiendo!

Elliot se retira sin rechistar pero riéndose por lo bajini. De verdad que a veces parece que todavía son unos críos. Unos niños que no aceptaron la llegada de la edad adulta.

—Una cosa, Mía. ¿Piensas ir así?

—¿Así cómo?

—Pues un poco más y como una monja de clausura. Vente para el cuarto que arregle ese estropicio ahora mismo.

—Pero, ¿qué dices, Marti? Voy genial de esta forma.

—Vas genial si vas a encerrarte a un convento. No si vas a salir de fiesta con chicos guapos. ¡Venga, por favor!

En el cuarto me enseña varios vestidos y me sorprendo de lo diminutos que son muchos de

ellos.

—Con esa figura despampanante que tienes, no puedo permitirte que salgas así. ¿Cuál te gusta más?

—Bueno, es difícil decidirse cuando en vez de vestidos parecen un trozo de tela con algún que otro adorno.

—¿En serio, Mía? No puedes estar diciéndolo de verdad.

Para callarle la boca, escojo el que, tal vez, es el vestido más recatado. Verde botella porque siento que el verde me favorece, con escote palabra de honor y que perfectamente puedo combinar con unas sandalias negras que tengo.

—Oh, vaya —Marta silba con entusiasmo—. ¡Fiu, fiu, moza! ¡Estás de rechupete!

—Cállate que me sonrojas.

—Verás cuando te vea el parisino, maja. Se va a quedar sin palabras. Se le van a olvidar el francés y el español de un plumazo.

Reímos al unísono por la ocurrencia y es que no sé de dónde saca estas ideas tan descabelladas. Dudo mucho que Travis me vea tan asombrosa como me ve ella.

¡Será por mujeres!

Pasan unos minutos desde que hemos venido al salón y me sorprende mucho al ver que Elliot todavía no está listo.

—¿De verdad, Elliot, a nosotras nos ha dado tiempo a cambiarnos dos veces y tú todavía no estás?

—¡Ya voooy, petardas!

Me nace una carcajada traviesa y es que Marta tiene razón. No recordábamos que Elliot fuera así de atento a su imagen. Es como si realmente nos lo hubieran cambiado. Parece un hombre totalmente renovado, aunque mantiene muchas de las cosas que lo caracterizan, claro. De no ser por eso, dudaríamos un poco que estamos ante la misma persona.

—Bueno, ya está. Estoy listo para el *party*. —Se queda unos instantes en silencio y resopla—. Guau, pero ¿quién eres y qué has hecho con mi pichurrina?

—Vaya, ¡ya está otro exagerado!

—¿A que está impresionante?

—Buf, si digo las palabras que me nacen al verte así, me encierran. Tendremos que andar con mil ojos contigo esta noche, galletita de cuero.

Me abruman sus comentarios. No sé si puedo soportar esta retahíla de piropos sin sentido.

—Bueno, ya vale, ¿no? O entro en el cuarto y me cambio de nuevo.

—Vale, vale. ¡Tranquila, pedorri! ¡Vámonos!

Salimos del apartamento y doblo un poco la chaquetita para meterla en el bolso que me dejó Marta. La noche sigue siendo cálida, pero tal vez unas horas después haga algo de rasca y no me apetece coger frío porque sí.

—Oye, como el clima sea siempre así por aquí, me mudo yo también, ¿eh? —Afirma risueña Marta, encandilada por París.

—Bueno, no siempre es así, ¿eh? Cuando hace frío te cagas —responde Elliot ante la emoción de Marta.

—Ya me imagino, pero es que ya se me está haciendo cuesta arriba pensar que el domingo por la tarde cojo el avión de vuelta y voy a estar otra temporada sin veros.

—Bueno, nos veremos pronto, estoy seguro.

Llegamos a nuestra zona de encuentro y veo a Travis de espaldas hablando con otros dos chicos que miran hacia aquí. Sus caras de asombro ya no me sorprenden. Ya decía yo que salir

con este vestido no era buena idea, tenía que haberme cambiado cuando todavía estaba a tiempo.

—Pero bueno, señorita desayunos, estás irreconocible y preciosa.

—Déjala que igual te muerde. Cuidado. —increpa Marta partiéndose de la risa y no puedo evitar darle un codazo—. ¿Cuál es el plan?

Travis me guiña un ojo y desliza una mano por mi brazo. Gesto que hace que se me erice la piel y sienta una carga eléctrica revolotear por mi vientre.

—Nosotros solemos ir a la zona de Le Marais. Está bastante bien y hay ambiente. Creemos que os podrá gustar. ¿Va a ser la primera vez que salgáis de fiesta por París?

—¡Así es! Y estamos entusiasmados.

Desde luego, Marta rebosa entusiasmo por los poros. Nadie podría negárselo. Yo no estoy del todo convencida, claro que tengo que echar a un lado mi reticencia y vivir de vez en cuando planes así más alocados.

Mientras caminamos hacia el coche de Travis, observo que lleva un pitillo oscuro y una camisa negra abotonada. Siempre va arremangado mostrando esos tatuajes que le rodean los brazos. Sus ojos parecen mostrar un fervor y sed de algo. Y me sonrojo cuando nuestras miradas se encuentran.

—Mía, tía. ¡Cómo os miráis! Aquí hay tema, pero vamos...

—Ay, tía. Esa frase ya está muy manida, ¿no crees? Y cállate que te va a escuchar.

—No me dirás, que no está tremendo. Mira que le suelto yo la caña de pescar.

—Marta...

—Tranquila, su amigo también está cañón.

—¿Cuál de los dos?

—El de la camisa roja que pide a gritos que lo agarre.

—¡Marta, por favor! Te va a escuchar y yo no sabré dónde meterme.

Siento que mi rostro pasa a un rojo vivo y es en estos momentos cuando agradezco que sea de noche, porque entre mi tono de piel y la escasa luz, puedo disimularlo bien.

—Oye, me parece genial, pero somos seis y en el coche solo entramos cinco.

—No te preocupes, tío. Voy yo con vosotros y estos dos cogen su coche. Por cierto, ellos son Philip y Jason.

—Encantados, bellezas. Yo voy con ellos y vosotros tres vais juntos. ¡Y así no hay pelea!

—¡Marta! —Gritamos al unísono Elliot y yo ante la ocurrente idea de dejarnos solos con Travis.

—Es lo que hay, chicos. Así vamos los tres en buenas manos. ¡Venga, nos vemos allí!

—¡La madre que la parió!

—Vuestra amiga, tiene un carácter muy divertido, ¿no? —Travis arquea una ceja y se ríe con esa risa que es contagiosa y da años de vida o calores inhumanos.

—Sí, hijo. Está desatada. Pero no ahora, sino siempre.

Le Marais, tal y como dijo Travis, es una zona con bastante ambiente. Diversos bares y locales con música se plantan ante nosotros ofreciéndonos diversidad de elección. Optamos por ir a uno que tiene cócteles. No es que queramos emborracharnos, claro. Lo que buscamos es coger el punto alegre y poder así gozar de una grata noche con amigos.

—Esta zona, La Bastilla, es bastante concurrida como podéis ver. ¿Quién diría que todo esto era más de la nobleza que lo que es ahora, verdad?

—Ya te digo. Ahora es como el lugar de diversión de la plebe, ¿no?

—Algo así, rubita —responde riéndose Philip, el chico de la camisa roja que atrae a Marta. Enseguida podemos verla a ella babeando y perdiendo un poco la compostura.

—Cuéntame más, guapo. —Le sigue la corriente y pienso para mis adentros en la reacción del chico si supiera que realmente no es que ella esté tan interesada en la historia, sino más bien en él.

Pero la dejo disfrutar del momento y oye, si la cosa cuaja, no seré yo la que lo impida.

—Qué bien se han llevado estos dos. ¿Cómo estás, señorita desayunos?

Elliot está hablando con Jason, parece que él es enfermero y se están contando batallitas hospitalarias.

No le echo mucha cuenta porque él me dijo que está todo bien, así que sigo disfrutando de la velada y hablando con Travis con total normalidad.

—Ya te digo. Marta siempre ha sido muy social, la verdad.

—Philip también. Yo siempre he sido más cortado, aunque ya no tanto. Pero él hace amigos vaya donde vaya.

Nos quedamos callados observando al gentío bailar, alzar sus copas y reír. Un joven pasa por nuestro lado emocionado por vete a saber qué y empuja a Travis haciendo que su cuerpo este completamente pegado al mío de repente.

—Lo siento, preciosa. —Se gira un momento y le increpa—. ¡Oye! Mira por dónde vas, ¿quieres?

—No importa, tranquilo.

—¿Te he hecho daño?

—Para nada.

Sus brazos están ahora posados en mis hombros. Me observa con esa mirada sexi, pero que ahora tiene además un gesto preocupado que me inquieta.

—Solo ha sido un empujón, tranquilo.

—¿Estás segura? Pareces nerviosa.

—Es por la proximidad y tu...

—¿Y mi...?

—Tu mirada. Es también por tu mirada.

—¿Qué le pasa? ¿Se me notan mucho las ojeras? ¿Tan horrendo soy?

—¡No! Nada de eso, es más, todo lo contrario.

Vuelve a aproximarse a mí, me agarra por la cintura y posa su frente levemente a la mía.

—¿Hay algo que quieras decirme, señorita desayunos?

Me quedo en completo silencio, embobada. Su fragancia me embriaga y su respiración, a pesar de la música del local, se siente tan próxima a mí que por momentos siento cómo mi cuerpo pierde el equilibrio.

Mis piernas, que con tanto ahínco mantienen su firmeza, parecen ahora estar envueltas en un vértigo incontrolable; la incertidumbre y el calor que sube por ellas alcanza mi pecho. Su temperatura y la mía forman una simbiosis, me atrevo a decir, perfecta. Siento que todo el control que podía tener ya se ha dispersado y su mirada como el mar inunda mi cordura haciéndola parecer inexistente. El local parece borroso ante nosotros, como si únicamente existiéramos él y yo. Puedo ver cómo colapso en un instante y temo hiperventilar.

—Estás tan hermosa con ese vestido... Enloquecería aquí mismo si no fuera porque estamos rodeados de gente.

—Eres todo un galán, ¿eh?

Su expresión se torna divertida. Podría estar mirándolo sonreír durante horas.

—Te besaría ahora mismo.

—¿Qué te lo impide? —Me sorprende a mí misma formulando esta pregunta. Aunque es

evidente que ya habla por mí más el deseo que la razón. Lo cierto es que no me importaría nada en absoluto que se lanzara a besarme.

Cuando pienso que no captó mi impulsiva invitación, me besa. Y nuestros labios coquetean jugando a formar una danza en la que los únicos protagonistas son su tacto y el sabor de las bebidas que nos acompañan. El aroma de un margarita junto con el de un mojito que, en combinación, forman un cóctel de deseo perfecto.

—Guau, señorita desayunos, qué callado te lo tenías.

—¿Perdón? ¿El qué? —ríe sin pensármelo, pues ahora mismo me encuentro en una nube. No sé, es como si de repente nada importara. Aunque también puede ser que me haya dejado llevar por culpa de los efectos del mojito.

Sea como sea, estoy segura de una cosa: el beso me ha encantado. Me ha sabido a vida, a libertad. Me invita a ser yo, sin importar nada más.

—Me encantas, señorita desayunos. Disfrutemos de la noche y si te parece, el lunes cuando salgas de tu primer día, te llevo a un sitio.

—Me encantaría.

—¡Así me gusta, pichoncito de chocolate! Que te sueltes y vivas la vida.

—¡Marta!

—Disfrutad y bailad juntas, chicas. Voy con ellos.

Nos alejamos de él y no puedo evitar sentir ese breve hormigueo de vacío en el pecho. Pero, por otra parte, me alegro de poder disfrutar con mi amiga. Quién sabe cuánto tardaremos en vernos de nuevo.

Bailamos hasta hartarnos. Bebimos un poco de más pero sin llegar a niveles de pérdida de conocimiento. No sé cómo Marta puede aguantar toda la noche subida a esos zancos.

Salimos de la zona de fiesta entre risas y charlas desprovistas de todo sentido. Ninguno cogimos los coches porque con alcohol en sangre sería de lo más irresponsable. Así es que llamamos al taxi y al despedirnos, Travis me guiña un ojo y me regala una sonrisa con la que ya termino derritiéndome.

Cuando llegamos a casa, compruebo que tengo un wasap de Travis. Elliot se mete en el cuarto sin mediar más palabra que la de un «buenas noches» escueto. E imaginamos que todo el cansancio acumulado y la salida de fiesta le ha pasado más factura de la que él cabría esperar.

Travis:

Buenas noches, preciosa.

Mía:

Buenas noches, guapo.

Tras enviarle unos stickers con incontables besos, no me acuerdo siquiera de cuándo me he quedado dormida.

Capítulo 14

Una lengua áspera hace su aparición en la mañana. Alzo un poco la cabeza y por el rabillo del ojo compruebo que no me he desmaquillado y que las sábanas están pidiendo auxilio.

Qué desastre.

—Buenos días, bebé. ¿Sabes que tu lengua es un tanto molesta? Sobre todo, si insistes en la misma zona de esta manera, Elvis, porfa. Para.

—¿Qué pasa? Ah, hola a los dos. Un ratito más, porfa, *please*.

Marta se hace la remolona. Se da la vuelta ignorándonos a los dos, con claras pretensiones de continuar durmiendo plácidamente.

—¡Al que va de romería le pesa al otro día!

—¿Y tienes que gritar, Mía? —Levanta la mirada haciendo aspavientos con los brazos—. Pregunto...

—¿Quieres quedarte todo el domingo en la cama? ¿O aprovechar algo hasta que te llegue la hora de coger el avión?

—¿Qué hora es?

—Pues las once de la mañana. No nos va a dar tiempo a mucho.

—Hombre, no pensarías despertarme a las siete de la mañana, habiendo llegado a casa a las tantas.

—No, idiota. Pero leñe, quiero disfrutar lo que queda de día. No te has ido y ya te echo de menos.

—Para mí que el parisino ablandó ese corazón que se estaba enjaulando, ¿eh?

—No lo sé.

—Venga, no te pongas roja. Vi cómo os comíais anoche con la mirada y lo que no era la mirada.

No respondo, me dispongo a ir al baño para dejarla ahí plantada en la cama con sus teorías. Me hago mucho pipí y el baño está ocupado.

—Ahora salgo, perdón.

—¿Estás bien, Elliot?

—Sí, pero no me digas qué es lo que me sentó mal que hoy estoy de cagalera.

—¡Vaya por Dios! ¿El alcohol puede hacer eso?

—Ay, galletita de cuero inocente. Muchas cosas pueden causarnos estragos en esta vida.

—Vale, nuevo Sócrates. Me estoy haciendo mucho pis, ¿te queda mucho?

—No, ya voy.

Preparo unos cafés mientras doy brincos de aquí para ya, intentando evadir el pensamiento de apuro urinario de mi cabeza. Me viene a la mente él y ese beso tan delicioso, su calor, sus manos rodeándome. Por un breve momento parecíamos uno. Y la conexión se notaba en el ambiente.

Hacía tanto que mi cabeza no revoloteaba con el intranquilo, pero alocado recuerdo de un instante, que no sé si estoy navegando a contracorriente. Quizá me dé de bruces con otra realidad para la que no estoy preparada. Lo que sé con seguridad es que estoy deseando que llegue mañana y salga del trabajo para verlo.

—Uf, madre mía. Por Dios, tápate la nariz, Mía.

—Por fin. ¡Exage...! —Interrumpo la palabra tras entrar al baño y encontrarme con el olor

del cual me advertía—. ¡Madre mía, Elliot! Comer, comerás flores pero cagar...

Él se parte de risa mientras yo me pongo una mano tapándome la nariz.

—Muy graciosa. Yo advertí y quien lo hace desde luego no es un traidor. ¿Dónde está la otra petarda?

—No quiere salir de la cama, le he dejado el recado a Elvis, a ver si me ayuda, aunque no estoy yo muy convencida.

Tras sentarme al baño, la liberación que siento es abrumadora. Menos mal que Elliot no tardó demasiado, si no, no sé qué habría hecho.

Marta y Elliot no salen del cuarto y me veo en la tesitura de ayudarlo para que Marta deje de ser una remolona y podamos ir a algún sitio juntos.

—Bueno, ¿qué? ¿No se levanta la bella durmiente?

Los veo ahí tirados acariciando al gato que, obviamente, está en la gloria dado que se deja hacer y lo goza de lo lindo.

—Bueno, nos hemos acurrucado aquí un poco. Elvis nos está contando sus maquiavélicos secretos.

—Ya, claro. Ahora se llama así —resoplo un tanto indignada—. ¿Pues sabéis qué? Que yo también me uno, a tomar por saco.

Nos tumbamos en la cama hasta que Marta se anima a abrirse a Elliot. Es nuestro amigo y sé que jamás la juzgará.

—Mía, voy a contárselo.

—Adelante, cariño. Sabes que Elliot no te dirá nada malo.

—¿Qué pasa, chicas?

Le cuenta su diagnóstico y los riesgos a los que se somete si decide seguir con la idea de quedarse embarazada. Que lleva tiempo sopesándolo puesto que, en el amor, todo le ha salido mal. Su idea de ser madre e hijo contra el mundo le parece de lo más tentadora y especial para ella, con la pega de que el miedo actúa en ella como la carcoma, dejándola rota por momentos. Sobre todo, aquellos en los que se plantea las posibilidades. Aquellos en los que se imagina amamantando, cuidando y educando a una criatura nacida de su ser.

—Oh, Marta, ¿por qué no me has dicho nada antes? Conozco expertos en obstetricia que pueden darte una segunda opinión u otras opciones viables. De no llegar a concebir, ¿no te planteas adoptar?

—No lo había pensado porque estaba obcecada en gestarlo yo. —Unas lágrimas atraviesan su bello rostro y no puedo más que abalanzarme sobre ella y abrazarla. Elliot se une a las dos—. No sabéis lo afortunada que me siento de teneros, chicos. Siento no haberlo contado antes. El miedo estaba ahí.

—Te comprendo, pero nosotros aquí no estamos para juzgarte, sino para acompañarte. Sea cual sea el proceso que escojas. Estoy completamente seguro de que serás una madre estupenda.

—Os quiero tanto.

—Y nosotros a ti, Marti.

Seguimos por varios minutos abrazándonos y casi podemos palpar en el ambiente el alivio que siente Marta al haberse liberado de esta carga que llevaba ya tiempo viviendo ella sola.

—Bueno, ¿damos un paseo y comemos por ahí? Ya luego venimos a por mi maleta o la dejamos en tu coche, Elliot. ¿Qué me decís?

—Sí, claro. Sin problema. Vistámonos.

Salimos del apartamento, no sin que antes Marta le dedique varias palabras de afecto y caricias a Elvis. Parece que han congeniado bien.

—Me encanta este pequeñín. Cuida de tu mami y no me la dejes descarrilar, ¿eh? Confío en tu instinto, Elvis.

Él la mira con cara de no entender nada y enseguida le da la espalda y se dirige hacia la habitación.

Nos aseguramos de haber cerrado todas las ventanas, ya que no queremos que ocurra ningún percance y ahora, sí que sí, nos vamos.

Comemos en un restaurante muy cercano a la Torre Eiffel. Es una zona muy turística por lo que los precios no es que sean los más económicos. Pero tomamos un menú de lo más francés para despedir estas minivacaciones de Marta. Y no hay nada mejor para hacerlo que degustando una variedad de sabores tan exquisita.

El tiempo pasa a la velocidad de la luz, nos hemos hecho un montón de fotos, pero las manecillas del reloj no bajan el ritmo. Marta se tiene que ir en apenas dos horas y otra vez está ahí ese hormigueo invasor que me hace sentir vacía. No tardaremos mucho en encaminarnos al aeropuerto, pues obligan a estar como mínimo con una hora de antelación.

—Dios, te voy a echar tanto de menos. —Abrazo a Marta y no puedo evitar las lágrimas.

—Oye, no me llenes la camiseta de lágrimas y babas, ¿eh? Nos volveremos a ver pronto, tonta.

—Ay, mi niña. Cuídate mucho, por favor. Y lo que necesites, llámanos —continúa hablando Elliot, pues las lágrimas no me dejan decir más.

—Lo haré chicos. De verdad, gracias.

¿Cuál es la duración ideal para un abrazo? Podría estar horas espachurrándola. Es la mejor amiga que se puede tener en toda la faz de la tierra. No la cambiaría por nada. Junto a Elliot, formamos un equipo inquebrantable.

Mientras se aleja al segundo aviso de megafonía, se me pasa por la cabeza irme con ella. Meterme en su maleta y volver. Por otro lado, recuerdo que estoy aquí porque quise cambiar de aires y tomar distancia. Mañana empiezo en mi nuevo trabajo y si todo marcha como debe, veré de nuevo a Travis.

—Bueno, pues ya nos hemos vuelto a quedar solos otra vez. —Elliot parece al menos dos años mayor de lo que es. No me había percatado antes, pero, si lo miro con atención, se le nota que el cansancio y las horas de sueño acumuladas ya están haciendo mella en él—. Es increíble lo que se hace de querer nuestra rubia.

—Ya te digo. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Te noto reventado, Elliot. Creo que no deberías doblar tanto.

—Tengo que hacerlo, Mía, el hospital se desborda, han hecho muchos recortes.

Me cuenta que aparte de ser cirujano cardiólogo, tiene que ayudar con otras funciones hospitalarias. Me compadezco. Yo quejándome de minucias del amor, cuando realmente hay casos de mayor complejidad y peligro ahí afuera.

A menudo nos quejamos casi por vicio, por inercia. Y lo que es peor aún, muchas veces nos quejamos ante las personas equivocadas sin darnos cuenta del daño que nuestra protesta pueda causar.

—Estoy segura de que todo irá a mejor. Eres un gran médico, Elliot. No lo olvides. Pero tampoco debes olvidar dedicarte tiempo a ti mismo.

—A veces, Mía, todo es mucho más complejo de lo que parece. Y lo que necesito es refugiarme en el trabajo —suspira y, cuando paramos justo en un semáforo, me mira unos instantes que parecen eternos, confusos—. Hay ocasiones en las que no te queda otra que ser un

obseso del trabajo, porque estás tan roto, que es la única manera que tienes de sentirte útil y bien contigo mismo.

—Elliot, yo...

Pero no sé qué decir. Seguimos carretera hacia el apartamento y me quedo pensativa. Aquellas fotografías de la caja oculta son recuerdos dolorosos para él y hasta este mismo instante, no he podido comprobar cuánto.

No quiero forzarle a hablar. Si quiere contármelo prefiero que sea por decisión propia. Por experiencia sé que sonsacarle las cosas a alguien no es bueno. Menos si es algo delicado.

Elliot vino a París después de haber estado en Londres y puede ser porque él también necesitaba escabullirse, alejarse de todo aquello que le ha roto el corazón.

Llegamos a casa y Elvis ronronea, parece que busca a la tercera persona con la que convivió este fin de semana. Mira hacia todos lados en su búsqueda.

—No está, cariño. La tita Marta se ha ido a su casa. Tranquilo, que volverá pronto. ¿A que sí, Elliot?

—Sí. Me voy a la cama, que estoy muerto.

—De acuerdo, descansa, tontin.

—Y tú.

Entro al cuarto, me quito las Vans y me tiro a la pachorra en la cama. Elvis me acompaña y me tomo mi tiempo para mirar un poco las redes sociales. Estos días las he tenido bastante abandonadas. A decir verdad, tampoco es algo que haya echado de menos.

Veo que tengo dos nuevas solicitudes de seguimiento y se me acelera el corazón al ver la primera petición.

Travis.

Tiene un centenar de fotografías, muchas de ellas en los jardines. Demostrándome que es, sin duda, uno de sus rincones favoritos como ya me ha comentado.

Sale guapísimo en todas ellas. Es un privilegiado por salir así siempre y sin esfuerzo. Pues es idéntico a la vida real. Bueno, no, ¿qué digo? Quizá en carne y hueso sea mejor.

La segunda petición de amistad no tiene ninguna fotografía, es una cuenta privada y pone en su biografía «¡viva el fútbol!», por lo que, como no tengo ni la más remota idea de quién pueda ser, lo ignoro totalmente y le doy a rechazar.

No soy ninguna persona influyente ni nadie que quiera destacar en algún ámbito en concreto. Simplemente, tengo mi cuenta privada con la que compartir de vez en cuando alguna foto con los más cercanos. Cada seis meses, para ser exactos.

No sé si me habré pasado de intensa dándole me gustas a sus fotografías. Espero que no lo vea como la más mínima expresión de acoso.

Miro el reloj y son casi las diez de la noche. A lo tonto, se ha pasado el domingo volando. Mañana es el primer día y lo más sensato será que prepare la ropa, aunque será para un ratito de nada. Bastian me dijo que me daría uniformes por lo que, allí mismo, me cambiaré.

Preparo un chándal básico y las Vans. Le doy mimos a Elvis un rato hasta que se queda dormido acurrucado a un lado de la cama. Quizá no sea lo más acertado, pero dormir con él me encanta.

Mañana será un gran día.

Capítulo 15

El sonido del despertador, ese sonido tan familiar, me recuerda en parte a mi hogar y a la rutina que allí llevaba. Melodía que me recuerda que todo es posible si guardas esperanza y que solo quien lucha por lo que quiere lo obtiene.

—Buenos días, pequeño saltarín. ¿Y esa energía de buena mañana?

Elvis corretea por toda la habitación. Su emoción es tal, que ha saltado también por su arenero, dejándolo todo perdido.

—¡Pero bueno! ¡Eso no! ¡Gatito malo!

Me mira con un rostro de «humana, cállate». Y me rindo. Normalmente está portándose bien, pero por lo que sea en algunas ocasiones le dan esos ataques de gato travieso que me sacan de quicio.

Salgo hacia el salón para ver si Elliot se encuentra desayunando, pero no hay nadie. Su habitación está abierta y tampoco está. Miro en la cocina y veo que me ha dejado una nota en la nevera.

Buenos días, pichurrina. Cuando leas esto ya me habré ido de madrugada. Ha habido una emergencia en el hospital y tuve que salir disparado. Ya hablamos. Besos, galletita de cuero.

Vaya, aunque me hubiera gustado desayunar con él, espero que no sea demasiado grave lo que quiera que haya pasado en el hospital. Supongo que después me lo contará.

Desayuno unas tostadas con un café bien cargado y me dispongo a vestirme.

Voy para el trabajo con suficiente tiempo, pues Bastian dejó bien clarito que no le gusta nada la impuntualidad. Y no quisiera faltar a mi promesa ya el primer día.

Mientras camino, escucho el teléfono sonar y casi lo tiro al ver que es Travis.

—¿Diga?

—Buenos días, señorita desayunos. Te llamaba para desearte un buen primer día. Ya verás que todo irá bien.

—Ay, buenos días, guapo. Muchísimas gracias.

—¿Sigue en pie lo de esta tarde?

—¡Claro! Y así te cuento qué tal ha ido.

—Estupendo. Yo entro ahora en la oficina también, así que luego nos vemos. Me apetece llevarte a un sitio.

—¡Ay! Ahora me dejas con la intriga.

—Así coges la jornada con más ganas. ¡Vamos! ¡Tú puedes! Un beso.

—Otro para ti, guapo. Hasta luego.

No sé el efecto que saber esto me traerá para la jornada. Pero la sonrisa de tonta no puede mantenerse mucho tiempo ausente.

Respiro hondo antes de entrar por la puerta del restaurante. Miro a mi alrededor; la calle parece tranquila. Puede que las mañanas no sean un caos y pueda sobrellevarlo.

«Vamos, Mía. Respira».

—Buenos días, *madame*, veo que es usted puntual. Así me gusta.

—Buenos días, Bastian. Estoy lista para el primer día.

—¡*Magnifique!* En el cuarto de la izquierda encontrará una taquilla con sus uniformes. Y aquí tiene la llave. Cuando esté preparada, regrese y le voy contando.

—¡Perfecto! Muchas gracias.

Me cambio rápido para no hacerlo esperar y cuando me incorporo a mi puesto, veo que ya van entrando clientes deseosos de degustar su desayuno.

Bastian me lo enseña todo, desde cómo funciona la cafetera a cómo preparar la tostada más popular. Y todo va marchando como cabía esperar. Con algo de nervios, aunque todos se portan conmigo que es una delicia.

La jornada pasa volando. Casi no me percató de la hora hasta que mi pulsera de actividad me indica que tengo nuevo *wasap* de Travis.

Travis:

¿Cómo ha ido? ¿Estás lista? Te espero fuera.

Puedo notar los nervios y la emoción a flor de piel cuando lo veo tras el cristal del restaurante y me saluda. Bastian le dice que entre y yo estoy deseando todo lo contrario. No, por Dios, no quiero que me vea con el uniforme.

—Hola, muchacho. ¿Cómo estás? ¿Has visto qué gran trabajadora tenemos?

—La veo, la veo. ¿Qué tal Bastian? ¿Cómo se porta?

—Uy, jovencito, aquí veo yo algo serio, ¿no? Bueno, se porta excelente. Venga, ya te la libero. Id a disfrutar.

—La voy a llevar ahí, ya sabes.

—*Magnifique.* Ya verás que ese sitio te va a encantar —sonríe tan ilusionado que no sé qué pensar—. Vamos, ve a cambiarte.

Me cambio y me aseo un poquito en el baño aplicándome suficiente colonia. Me obsesiona la idea de que pueda olerme a fritanga. No me gustaría que pensara que está teniendo una cita con una sartén o algo así.

—Ya estoy. ¿Adónde dices que vamos?

—A un sitio que te va a flipar. Es un... No quiero decirte nada todavía. Es más, me vas a permitir vendar tus ojos hasta que lleguemos.

—Ay, ¿ni un *espóiler*? ¿Vendarme los ojos?

—No, señorita desayunos. Vas a tener que esperar un poquito. Aguanta, anda. Y tranquila, te va a encantar.

Me venda los ojos con una bufanda que tenía en el coche y me están dando los mil males porque no es que haga precisamente frío.

—Oye, podrías haber traído un lazo o algo más fino, ¿no? Por cierto, voy a guardar esta carpeta aquí y luego la cojo, ¿vale?

—Claro, sin problema. Y perdona, es que esto fue así improvisado sobre la marcha. ¿Te enfadas?

—Para nada, bobo.

Me ayuda a subirme al coche y debo reconocer que el camino así con los ojos vendados me resulta un tanto inquietante, aunque también, excitante. Sentir su presencia y cómo me mira de reojo como el otro día cuando íbamos hacia los jardines, hace que recoloque un poco las piernas.

No habla nada. Tampoco pone música, lo que hace que sienta cómo el latir de mi corazón se desboca de la emoción y cómo su respiración cambia de velocidad aportándole ciertos contrastes

al viaje.

—Ya casi estamos.

—Estoy muy intrigada, Travis.

—Ya lo verás, no te vas a arrepentir.

Bajamos del coche y tras caminar un rato, escucho el murmullo de personas pasando. Algunas de ellas chapurrean en francés, conversaciones ininteligibles para mis oídos que están algo taponados por la bufanda. Subimos por unas escaleras y escucho una conversación en francés. También escucho cómo la persona le dice una cifra que, intuyo que Travis ha pagado para sea lo que sea a dónde nos dirigimos.

—*Cinquante-six et soixante euros, monsieur.*

—Espera, ¿qué? Travis, no habrás pagad...

Me silencia pegando nuestros labios. Me acoge entre sus manos y siento que me derrito aquí mismo. Otra vez, esa boquita deliciosa que volvería loca a cualquiera, pero que por alguna razón que todavía desconozco, soy yo la que goza de tal deleite.

Entramos en lo que parece un ascensor. La subida se percibe a una velocidad que seguramente sea moderada, pero a la que mis nervios otorgan más de la que aparenta.

—¿Cuánto falta?

—Mía, ¡eres muy impaciente! Este trayecto no alcanzará ni los dos minutos. Por favor, ¿puedes dejarme que te dé la sorpresa sin que rechistes más?

—Sí, sí. Perdona.

Poco después hace la parada, se abren las puertas y salgo agarrada de su mano. Por fuera, puede verse calmada. A su vez, una parte de mí está que no sabe cómo gestionar los nervios que siente.

—Bueno, cuando estés completamente lista, me lo dices y te quitaré la bufanda.

—Estoy deseándolo porque estoy que me torro de calor, también te digo.

—Bien, pues adelante. A la de tres te quito la bufanda. —Suelta una sonrisa pícara, acaricia mi mejilla y me regala otro beso—. Cuenta conmigo, Mía.

—3... 2... 1... ¡Tachán! —Contamos al unísono y mientras pronuncio cada número mi sonrisa nerviosa hace acto de presencia.

Cuando me deshace el nudo de la bufanda y la aparta, me quedo absolutamente sin palabras. Miro a todos lados y a él de manera intermitente. Alzo la vista y rodeo todo cuanto alcanzo a ver. Hay catalejos bien dispuestos y bastante ambiente, pero, a su vez, es tranquilo por lo abrumador que resulta.

—¿Es-estamos, en la Torre?

—En la cima de la Torre Eiffel, sí.

—¡Travis! Esto es una pasada, por Dios. Te has pasado.

—No, no. Para nada. Ahora viene lo mejor.

—¿Lo mejor? Travis, por favor... Esto es lo mejor. Solo tenemos una hora y media y aquí no es donde cenaremos sino en la segunda planta pero... —sonríe y me mira con un rostro pícaro como el de un niño que acaba de hacer una de las suyas—. Aquí está.

No puede ser... Un tetrabrik de zumo de naranja para cada uno. Los sostiene en la mano, se agacha ante todos los turistas que tenemos al lado y yo me quiero morir.

—Mía, sé que nos conocemos poco todavía, pero me encantaría poder descubrir más y caminar junto a ti. Ver cómo alzas el vuelo y cumples tus propósitos a mi lado. ¿Me concedes el honor de compartir este y cientos más de zumos de naranja contigo?

—¡Travis! Me estás poniendo colorada. Me está mirando la gente.

—Estás preciosa así. ¿Qué me dices?

—Claro que quiero. Aunque no hacía falta traerme a la cima para proponérmelo.

—¿Cómo que no? No hay mejor lugar para tomar un zumo de naranja en París.

Tomamos el zumo y como la visita no puede superar la hora y media, bajamos hacia la segunda planta. El restaurante no es que sea lo más ideal si eres una glotona, pero reconozco que la combinación de sabores es una maravilla.

Eso sí, caro es un rato. No creo que sea un restaurante al que venir a menudo. A menos que tengas un poder adquisitivo apto para el derroche, claro.

Pasamos una velada maravillosa y me da pena tener que ir a casa y madrugar mañana.

—Espero que hayas disfrutado, preciosa.

—¿Disfrutado? Te quedas corto, guapo. Ha sido maravilloso, de verdad.

—Me hace feliz verte sonreír. Si te vieras con los ojos que yo lo hago, Mía, sabrías lo increíble que eres, de verdad. Me da mucha rabia no poder mostrarte tal y como mis ojos perciben todo de ti.

—Travis... ¿Te has propuesto mantenerme colorada toda la velada de hoy?

Su mirada se intensifica regalándome otro momento único. Parece que inspecciona mi mirada con detenimiento, descubriendo todo lo que en ella alberga. Desnudándose con la mirada sin un ápice de miedo.

Nos despedimos en la puerta del apartamento, entre besos, confidencias y abrazos. No puedo dejar de sonreír y recordar cada uno de los momentos vividos. Siento que Travis es como un regalo caído del cielo.

Entro en el apartamento y Elliot está sentado en el sofá viendo algo en la tele sin prestarle apenas atención.

—Buenas noches, tontín, ¿cómo estás? ¿Qué pasó en el hospital?

—Buenas, Mía. Pues nada, que hemos tenido que evacuar una planta porque sin saber el porqué ni el cómo, empezaron a estallar todas las luces. Y bueno, tuvimos un día que mejor ni te cuento. —suspira hastiado—. ¿Y tú?

—El primer día de trabajo genial, gracias por acordarte, tontín. Y bueno, una cita impresionante con Travis.

—Vaya, ¿ahora sois novios?

—¿Y si así lo fuera qué? ¿Qué te pasa?

—Nada, Mía. No me pasa nada.

—Bueno, pues si estás otra vez con ese humor de perros paso de aguantarte, te aviso. ¡Me voy a dormir!

—Buenas noches.

Capítulo 16

Todavía no me creo que haya pasado un mes desde que empecé a trabajar en París. Ya matriculada en la academia, la rutina está yendo genial y mi adaptación mejor de lo esperado. La verdad es que el trato, ejercicios y exámenes por ahora no se me están haciendo cuesta arriba y, además, Bastian me permite practicar con él el francés.

Lo que me parece realmente extraño es que Travis está muy raro. Nos hemos visto un par de veces más, todo genial, pero ahora solo nos hablamos por WhatsApp y siempre me dice lo mismo: que el trabajo lo tiene absorbido y que está haciendo algo que requiere de su total atención ahora mismo, que no me preocupe porque me gustará.

No sé qué es lo que pueda gustarme más que pasar tiempo con él ahora mismo, y lo cierto es que me tiene confundida.

Mis padres todavía no se atreven a coger un avión para venir a visitarme y tampoco es que se lo tenga en cuenta. Tomar un avión al principio puede llegar a ser abrumador. Da vértigo dejar tu vida junto con la de más viajantes en las manos de un piloto. No es como ir en autobús, aunque siempre se ha dicho que el avión es el medio de transporte más seguro. Eso sí, cuando hay un accidente, este se nota sobremanera. La catástrofe y las pérdidas suelen alcanzar escalas mayores.

Llamo a Marta para ver cómo sigue todo y no tarda mucho en cogerme la videollamada.

—Mía, cariño, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Oye, ese bien no me gusta. ¿Qué pasa?

—La cosa es que pensaba que con Travis todo iba bien. Tenía unas citas con él tan idílicas que no me creo que últimamente no quedemos. Desde la última vez.

—¿En serio? Qué cosa más rara. ¿Quieres que le llame y le cante las cuarenta?

—No, no. Déjalo, él sabrá. Dice que está ocupado con algo que le absorbe todo el tiempo, pero que, al final, me gustará.

—¿No se supone que el inicio de la relación es el más meloso y tal?

—Se supone. En este caso está visto que no.

—Bueno, no te preocupes, quizá pronto te diga algo.

—Bueno y ¿tú qué?

—Estoy empezando con el tratamiento para poder intentarlo de nuevo. El gine dice que hay esperanza, y que, aunque vaya a ser un embarazo de riesgo, tratarán de controlarlo todo. Como si tengo que estar todo el final del proceso en el hospital. Todo muy bien, tía.

—¡Me alegro! Ya verás que todo va a salir a pedir de boca esta vez.

—Bueno, te dejo que tengo que ir a comprar antes de que me cierren. ¿Hablamos estos días?

—Sí, claro. Cuídate, por favor.

—Y tú. Chao.

Estoy dando una vuelta y veo el puesto del granizado al que fui con Marta la vez que vino y donde conoció a Travis e hicimos ese plan alocado de salir de fiesta todos. Han pasado ya, al menos, cuatro o cinco semanas desde todo aquello y me pregunto si, tal vez, hice algo mal para incomodarlo y que no le guste del todo lo que tenemos.

Suena mi móvil y lo cojo sin pensar.

—¿Qué se te olvidó decirme ya, Marta?

—Eh, no, señorita Fall. ¿Mía Fall?

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Le llamo de Orange ediciones, hemos leído su manuscrito y creemos que encaja perfectamente con nuestro catálogo editorial. ¿Podríamos agendar una cita presencial con usted?

¿Una editorial? Nunca he enviado mi manuscrito a ningún sitio. Al menos, por ahora no tenía intención de ello.

—Mire, si se trata de una broma, me parece de muy mal gusto.

—¿Perdone?

—Yo no he enviado ninguno de mis manuscritos a ninguna editorial. Jamás nadie ha leído nada de lo que he escrito a excepción de mis amigos.

—El editor Travis Dubois lo ha revisado y junto con el equipo, hemos llegado a la conclusión unánime de que usted encaja con lo que busca nuestro sello.

Y ahora es cuando recuerdo la carpeta que me he dejado en el coche de Travis. Y empiezan a encajarme las cosas. Claro, ¿cómo iba a quedar conmigo si está ocupado leyendo un manuscrito que yo no le he permitido leer?

Lo voy a llamar. Esto no se puede quedar así. Dejarlo a él que haga lo que se le antoja, hombre, por favor...

—¿Podemos hablar en otro momento?

—Sin problema, señorita Fall.

Me despido de la persona que me ha llamado manteniendo cordialidad, pues está claro que no tiene la culpa ni sabe que esto ha sucedido en contra de mi voluntad. Llamo a Travis de inmediato. Le tengo que poner las cartas sobre la mesa a este muchacho. ¿Qué se ha creído?

Me coge el teléfono al segundo toque.

—¿Ya te has enterado de la noticia, preciosa?

—¿Quién narices te crees que eres para hurgar en mis cosas? Dejé mi carpeta allí olvidada, sí. Pero eso no te da derecho a mirar que hay en ella.

—Lo siento, Mía. Pero a ver, ¡lo has conseguido!

—Claro, porque resulta que no eres administrativo, sino editor. En una editorial. ¿Lo he conseguido por enchufe? —resoplo—. ¡Pues menuda mierda!

—De haber sabido que te molestaba tanto, no lo hubiera hecho.

—Es que, al menos, podrías haberte parado a preguntarme siquiera. Podrías haberme dicho: «oye, mira, he visto lo que tienes en la carpeta, ¿te molesta si lo leo?» Pero ¡no! El señorito tiene que meter sus narices donde no le llaman.

—Mía, de verdad, cuánto lo siento, yo no quería...

—Mira, ¿Sabes qué? Olvídalo, Travis, olvida mi manuscrito, rómpelo. Olvídame a mí y olvida todo lo que tenga que ver con nosotros. De verdad.

—Pero, Mía, por favor. Perdóname.

—No, Travis. Te has saltado el único voto de confianza que era más obvio. Has hecho lo que te dio la gana. ¿Por impulsivo? Tal vez. Pero no. Yo escribo para mí. Nunca jamás nadie me había leído y tú has roto esa barrera sin mi permiso —suspiro con el pesar que siento en mi alma—. Ha sido un placer conocerte, Travis. Cuídate.

Le dejo con la palabra en la boca.

No me interesa lo que quiera que tenga que decirme. No le di permiso para leer lo que escribo, tampoco para hurgar en mi carpeta. Mucho menos, para que se tome él la licencia de decidir mostrar el manuscrito en una editorial.

No, señor. Yo convencida de que estábamos comenzando algo bonito. Que no era como los demás. Y me doy de bruces con una nueva realidad que no sé si estoy dispuesta a asumir. Pensé que todo marchaba sobre ruedas.

Por unos instantes siento que voy a desfallecer. Muchos dirían que he desaprovechado la oportunidad de mi vida. No obstante, ¿no cuenta lo que yo quiera u opine? El enviar los manuscritos es tarea mía, única y exclusivamente si yo decido que quiero y debo hacerlo. No es justo que alguien se tome la carta a su favor y decida qué es o no lo correcto. Tampoco es justo que alguien crea que con un acto carente de respeto me iba a sentir feliz.

Vuelvo a casa con una sensación de ahogo que no soporto. Solo quiero encerrarme en la habitación y llorar a moco tendido bajo el arropo y los mimos desinteresados de Elvis.

Subiendo por el portal, mis lágrimas no lo aguantan más y salen en busca de libertad. El aroma salado de las mismas se cuela en mis labios dejándome justo ese sabor agrí dulce que siento al comprobar que, nuevamente, he sido traicionada. En tan poco tiempo, sin yo verlo venir.

Cuando creí que mi corazón iba construyendo sus astillas, lo único que ha conseguido es romperse un poquito más. Me agacho en el umbral de la puerta, pues todavía no estoy preparada para entrar, me apoyo en la misma deslizando mi cuerpo hacia el suelo cuando Elliot abre la puerta, puede que para salir de casa y me agarra de los hombros y acoge en su seno con el pesar que la confusión le hace sentir.

—Mía. ¿Qué ha pasado? No me digas que te ha hecho algo por favor.

No puedo hablar, solo romper a llorar salvaguardándome en los brazos de Elliot y su deje de preocupación. Un gemido lastimero sale de mí cuando me agarra con más fuerza y me lleva hacia el salón. Cierra la puerta y mi cabeza, aunque allanada por sentimientos negativos, piensa que me da rabia que haya tenido que cancelar lo que sea por estar conmigo.

—Mía, dime algo, por favor.

Le miro a los ojos, pero las lágrimas hacen que su rostro sea un borrón. Su pelo alborotado parece el rastro que dejan las olas del mar y ahí está, la sombra de esos ojos azules que un día me cautivaron solapando la realidad. Pues los ojos de Elliot son de un marrón chocolate con destellos como la miel. Y el rostro que yo voy encontrando no es más que el de un traidor.

Froto mis ojos y ahí lo veo, a cada instante más nítido.

—Elliot...

—Sí, pichurrina, ¿cómo estás? ¿Qué ha pasado?

—Me duele.

—¿Qué te duele? ¿Te ha hecho algo, Mía?

—No, no. No es lo que piensas.

Me abrumba su escrutinio, pero sé que está comprobando que todo está bien. Que no me ha hecho nada que pueda lamentar.

—¿Entonces?

—Dejé hace un mes una carpeta en su coche, le dije que la cogería antes de venir a casa, lo que pasa es que se me olvidó.

—¿Hace un mes? ¿No te la dio en todo este tiempo? ¿Qué contenía la carpeta?

—Tras dos citas más, siempre me daba largas, me decía que no podía quedar porque estaba haciendo algo importante y que me gustaría —sollozo una vez más, me coloco en el sofá—. Resulta que no es administrativo, es editor. Trabaja en una editorial. Cogió mi carpeta sin mi consentimiento y mostró el manuscrito de la historia de Víctor y su traición.

—¿Y eso es malo por qué?

—Porque no tenía mi permiso, Elliot. Sé que tú dices siempre que envíe mis manuscritos. Pero es algo personal, algo que yo debo hacer. No que me lo imponga nadie, ¿entiendes?

—Comprendo. ¿Y hablaréis de ello?

—No. Nada de eso, le he dicho que se cuide. No quiero saber nada de alguien que hurga en carpetas ajenas. Y por supuesto, le he dicho que borre el manuscrito, que lo rompa.

Elliot me abraza tan fuerte que pierdo la capacidad de respiración por momentos. Besa mi frente y el tacto de sus labios me reconforta. Le doy la mano, la aprieto bien y la acerco a mi corazón.

—¿Hasta cuándo duelen las traiciones, Elliot?

—No lo sé. Soy médico, pero los sentimientos se me escapan de las manos. Has de saber que las traiciones, por lo general, te dolerán siempre. Nunca dejan de hacerlo. Más bien, aprendes a convivir con ese resquemor que te proporciona averiguar la verdad.

Nuestros ojos se encuentran. Nunca me había fijado tan bien como hasta ahora en las motas que parecen miel, y en lo mucho que endulzan su mirada. Fijo mi mirada en ellos y las gafas y las ojeras ahora quedan en un segundo plano. El brillo que desprenden es hipnotizador y si rodeo con la mirada su rostro, compruebo ese toque jovial que conserva, aunque se le vayan notando finas líneas de expresión. Esa mirada evoca emociones que el tacto de sus manos en mis hombros despierta.

Él suspira. No deja de mirarme, aunque a veces sus parpadeos duran largo rato. Desliza sus dedos por mi rostro con delicadeza, y por un momento caigo rendida, tumbada, con la cabeza sobre sus piernas. No sé cuándo Morfeo tiró de mí, pero me llevó consigo y, al despertar, me encontré con Elliot dormido en una postura complicada con el cuello hacia atrás en el sofá.

—Elliot, madre mía, ¿has dormido así? Perdóname.

—Buenos días. No te preocupes. ¿Cómo te encuentras?

—Agotada. Pero tengo que ir a trabajar. ¿Te veo luego?

—Sí, te recojo luego en la academia a las siete, ¿no?

—Así es. Por cierto, ¿ayer no tenías que ir a ningún sitio importante, no? Porque me sabría fatal.

—No era más que un paseo, tranquila.

Nos envolvemos en un abrazo que me resulta de lo más acogedor. Podría quedarme así durante horas. Alzo la mirada un instante y sus ojos, al encontrarse con los míos, muestran un atisbo de esperanza. Puedo sentir su respiración mezclándose con la mía y veo cómo mueve sus labios, que parecen hoy más próximos, con movimientos suaves pero descarados. Mordiéndoselos y relamiéndoselos con cierto nerviosismo. Me muerdo el labio inferior y me pregunto si esta tensión que estoy sintiendo es normal.

Como si de un impulso se tratara, alzo mis piernas de manera que me pongo de puntillas y lo beso. Beso que es correspondido con anhelo, con deseo, con apetito, entrega y fervor. Beso que, a pesar de no haber sido calculado ni planeado, él parecía estar deseando con todas sus fuerzas.

No sé cuánto dura el beso, pero los dos nos apartamos al escuchar los maullidos inoportunos de Elvis, que corretea por el salón para llamar nuestra atención.

—¿Qué pasa, pequeño?

—Elliot, perdón.

—No pasa nada. —Pero su rostro se ilumina bajo una luz de decepción. Siento que él no esperaba que le pidiera perdón, sino más bien alguna otra reacción que le indicara que me ha gustado el beso.

¿Me gustó? No, eso sería una descripción carente de realidad. Me ha dado años de vida,

como su risa. Su beso me dejó con ganas de más. Sus brazos, esa mirada cautivadora en conjunto con sus labios sobre los míos. Los dos, saboreándonos el uno al otro. Y lo cierto es que estar en sus brazos me proporciona un refugio que jamás antes supe identificar como tal.

Sabía que Elliot era hogar, aunque no fue hasta hoy mismo que me di cuenta de hasta qué punto puede llegar a serlo para mí.

Elliot se ducha, viste y se marcha al trabajo. Yo hago lo propio y continúo mi jornada como si tal cosa. Me preparo también para ir al trabajo. Pero sin írseme de la cabeza lo que ocurrió esta mañana, claro.

¿Qué me está pasando?

Capítulo 17

Los días en París pasan volando y, a diferencia de lo que muchos me habían advertido, no, no me he cansado de la ciudad. Al contrario, me encanta vivir en un lugar que está tan bien conectado y tiene tantas riquezas históricas. Aunque puede que Elliot también tenga algo que ver, claro. Descubrir que nuestra conexión va más allá ha sido, sin duda, un soplo de aire fresco para los dos.

Lo único que me da cosa es el poder encontrarme con Travis en algún momento, pues no tengo ganas de verle la cara al traidor.

Esta noche Elliot dijo que cenaríamos una ensalada y sushi, estoy deseando que llegue el momento porque es una cena que a ambos nos gusta muchísimo.

En la academia todo parece ir viento en popa. Los profesores, al ser nativos, me facilitan mucho la tarea de no dispersarme y caer en las redes monótonas del español. Por lo que estoy aprendiendo a una velocidad muy buena. He aprobado los primeros exámenes y en unos meses podré decir que soy auxiliar de biblioteca en Francia, nada más y nada menos.

Salgo de la academia y veo que Elliot me espera en la puerta, aunque ya me lo esperaba, me hace feliz verlo tras un día ajetreado.

—Hola, pichurrina, ¿cómo estás?

—Muy bien, he aprobado los primeros exámenes, ¿sabes?

—¡Qué bien! Yo sabía que me ibas a aprobar. Tenía cero dudas. ¿Lista para el sushi?

—Siempre.

Hemos cogido la costumbre de abrazarnos y regalarnos un beso afectivo que no sé si nos hace bien o mal, pero nos encanta. Todo lo que hace Elliot es con tacto, quizá no sea tan detallista como se mostraba siempre Travis, pero una cosa está clara y es que su cariño hacia mí y sus cuidados me hacen sentir como una reina.

—Sé que él te llevaba a sitios inolvidables y quizá no te quede ningún rincón por ver, pero quiero probar a llevarte a un sitio donde creo que se puede ver una de las mejores puestas de sol.

—No te rayes, tontín. De todas formas, podemos construir nuestros propios recuerdos, ¿no? Has estado tan absorbido por el trabajo que apenas hemos tenido tiempo de disfrutar de nosotros y de París juntos.

—También tienes razón.

No sé dónde me quiere llevar, pero esa reticencia que siento porque Travis me haya llevado a varios sitios me inquieta. Me da por pensar que tal vez, en su fuero interno, ya deseara esto con anterioridad.

Recibo un wasap de Marta:

Marta:

Hola, pedorri. ¿Cómo estás? Escucha, hoy es el día, mi primera prueba después del último tratamiento. A ver si cuaja.

Mía:

Ya lo sé, tonta. ¿Cómo te encuentras? Intenta ir relajada. Sé que es difícil, pero piensa que este es tu momento, cariño.

Marta:

Bien, a ver, me he tomado alguna infusión así natural para mitigar el nervio. Ya me han dicho que todo irá bien aunque, ya sabes. ¿Tú vas bien? ¿Sabes algo de Travis?

Mía:

De ese no me hables. Ni me lo menciones.

Tras enviar ese mensaje, Marta me llama, cansada de escribir y sabiendo que no le contaría nada por wasap. Le cuento lo sucedido y ella resopla mostrando su desaprobación.

—Aunque una cosa te digo: ya tienes el visto bueno de una editorial. Que eso y nada... es un paso enorme, Mía.

—Estupendo. El fallo aquí está en hacer lo que se le viene en gana, ¿entiendes? Si ya al inicio de nuestra relación quebrantas la confianza, lo pierdes todo, ¿sabes lo que te digo?

—Claro que lo sé, cielo. Perdona.

—Es que parece que ahora le des la razón o algo así.

—Para nada, Mía. No le doy la razón. Saco algo positivo de todo esto. El que veas que tienes talento y dicho por gente externa que nada tiene que ver con los que te queremos y quizá no aportemos objetividad.

Me quedo pensativa un instante. Marta tiene razón. Quizá pruebe a enviar por mi cuenta el manuscrito a otra editorial, a ver si es verdad que gusta lo que escribo o era por el enchufe de Travis.

—Puede que os haga caso, va. Probaré por mi cuenta y echaré la suerte.

—Oye, ¿suerte? Nunca has creído en eso sino en la constancia y tu trabajo. Perdona, pero esa Mía que está intentando salir no me gusta. Prefiero a la Mía que no aborta la misión, la que persevera y sigue su instinto sin importar nada.

—No creo que eso me describa del todo. Soy muy insegura.

—Lo eres. Pero también eres brillante, trabajadora y luchadora. No tires por tierra tu sueño por eso o porque un tío se tomase las licencias a su antojo y te traicionara de esa forma, ¿quieres?

Marta tiene razón. No debería encerrarme en una burbuja de cristal. Travis se equivocó, pero también mostró una faceta mía que me encanta. La naturalidad y el disfrute por las pequeñas cosas.

—Pichurrina, ¿todo bien?

Elliot me llama y solo espero que no haya prestado demasiada atención a la conversación.

—Sí, todo bien. Marta, te dejo que vamos a cenar sushi y ya sabes lo mucho que me gusta.

—Uy, uy. A ver si es que has cambiado al parisino por el chico que lleva tirándote la caña durante años.

—¿Perdón?

—Nada, nada. ¡Disfrutad y tomad algo a mi salud!

¿Años? Si esa afirmación fuera cierta, estoy segura de que me hubiera percatado. No creo que Elliot estuviera empeñado en ocultarme algo así. Aunque mirando con perspectiva, hay actitudes en él que si pueden dar lugar a pensar que algo se le remueve cuando está conmigo. Sobre todo, cuando se ponía de mal humor las veces que tenía pareja. Da que pensar, pero, aun así, no me cuadra en absoluto.

—Sí, todo bien. Marta tiene hoy la cita para, ya sabes. Y bueno, a ver qué tal va.

—Seguro que irá a pedir de boca. Estoy seguro de ello.

—Elliot estoy pensando en dar el paso por mi cuenta.

—¿De qué?

—Ya sabes, enviar mis manuscritos a alguna editorial y probar.

—Si una editorial te dio el visto bueno, ¿qué dudas tienes?

—Pues que quiero ver si es por mí misma. No por enchufe de un chico al que le gusto.

—Comprendo, pichurrina. Pero ya verás como todas esas dudas quedarán resueltas el día que te responda alguna editorial queriéndote publicar.

—Te quiero mucho, ¿lo sab...?

Me atrapa entre sus brazos y nuestros labios se besan con ansia y ternura a la vez. Él se sienta en el sofá y yo lo hago a horcadas sobre él, dejándome llevar por el placer que me otorga el adictivo néctar de sus besos. Siento que la temperatura y la intensidad suben y se apoderan de mi control.

Sus manos acarician mi cuerpo por el exterior de la ropa, pero una carga eléctrica hace que pida más. Le agarro la mano y hago que la meta por debajo de la camiseta. Yo hago lo mismo y nos deleitamos entre caricias y besos desenfrenados. Siento tanto calor ahora mismo que puedo sentir cómo me empieza a estorbar la ropa. Sus dedos rozando mi ombligo hacen que se me erice la piel y procedo a quitarle la camiseta con el anhelo y la sed que nacen en este momento tan íntimo.

—¿Estás segura?

—Nunca lo había estado tanto.

—Oh, Mía, por Dios... llevo tanto tiempo esperando este momento...

Nuestros cuerpos se envuelven formando uno solo, entre lujuria, pasión y respeto. Mostramos toda el hambre que yo no sabía que teníamos y nos entregamos por entero, sin reservas, sin miedo. Gozando de nosotros y nuestro deseo entre embestidas y jadeos.

Y por primera vez no siento pudor de mostrar mi cuerpo, porque él lo mima y toca con delicadeza. Lo acaricia con adoración y no puedo más que corresponderle disfrutando de la suavidad y el aroma que desprende su piel.

Terminamos exhaustos, rendidos y embriagados por el apetito y pasión que nos procesamos.

—Eres tan hermosa, Mía.

—Calla, no lo estropees.

—¿Estropear?

—Si me pones roja perderé encanto.

—¿No te has visto? Estamos los dos rojos por ejercicio. Ejem, ejem.

Nos reímos al unísono y no puedo parar de mirarlo. Él sí que es hermoso, por dentro y por fuera. Qué imbécil he sido pensando que podría encontrar algo así de genuino fuera. Sí, lo tenía todo este tiempo frente a mí.

A veces nos negamos en redondo en seguir las señales, cuando son estas las que marcan nuestro destino. Unas son más confusas que las otras, con baches en el camino, con situaciones que a lo mejor nunca entenderemos. Pero, sin duda, están ahí como guía. Una línea que se cruza, que no es visible para el ojo humano.

Es increíble todo lo que una persona puede cambiar en un lapso breve de tiempo. Y lo que cada experiencia vivida puede aportarte. Si echas la vista atrás y miras tu presente, te puedes percatar de tantas cosas...

—¿Estás bien? —Pregunta Elliot colocándome un mechón de pelo tras la oreja.

—Sí, ¿por?

—Porque te veo algo embobada. Y no sé si estás pensando algo bueno o malo.

—Estoy pensando en lo mágico que ha sido, tonto. Y en que, siéndote sincera, tengo miedo.

—¿Miedo?

—A que esto sea tan efímero que mi corazón no pueda soportarlo. A que te vayas o a no ser

suficiente para ti.

—¿Suficiente para mí? Lo primero, Mía, debes ser suficiente para ti, tu mejor versión. No cambiar por nada ni por nadie, a menos que ese cambio lo desees tú. Para mí eres más que suficiente tal y como eres. Créeme, no necesito nada más —respira hondo y se incorpora—. Si necesitas cambiar para que alguien sienta que eres suficiente, ahí no es, Mía. Yo jamás interferiría en tus deseos ni en tu persona. Me gusta cómo eres. Y solo tú tienes esa voz y voto para decidirlo, ¿me entiendes?

—Me dejas sin palabras.

¿Qué decir tras aquellas palabras tan cargadas de realidad? Esa realidad que me negaba a ver por la inseguridad o la creencia preconcebida de tener que agradar a los demás.

Podría decirle que le quiero con una intensidad que no sé explicar. Pero de momento me conformo con decírselo como se lo suelo decir siempre, como se lo decía incluso antes de entregarnos el uno al otro, piel con piel.

—¿Adónde decías que me ibas a llevar y cuándo?

—Pues teniendo en cuenta que mañana es sábado y tengo libre todo el finde, pues mañana. ¡Vas a flipar!

—Bueno, bueno. Lo veremos, entonces.

El sushi está delicioso. Al principio era reticente a comerlo, con la excusa de que no me gusta el pescado crudo. Creo que es la que ponemos todos al principio. Probar sabores nuevos es magnífico. Aunque es cierto que hay que estar preparado, que te apetezca de verdad.

Tras comer un buen plato, Elliot me deleita con una tarta de queso que ha elaborado él mismo. Está para chuparse los dedos y me encanta el detalle de que se haya acordado de que es una de mis tartas favoritas.

Recogemos todo y nos vamos a la cama.

Dormimos juntos y Elvis se hace hueco entre nuestros pies, ronroneando hasta encontrar su postura ideal.

Los tres nos dejamos llevar por los brazos de Morfeo, mañana será un día maravilloso.

Capítulo 18

Amanecer con una patita de Elvis en la cara no está mal, pero, con todo su trasero, ya no es del todo agradable. Aunque si me giro, veo a todo un galán con carita de ángel cuando está dormido. No mueve ni un ápice de su cuerpo y, mientras no se percata, me deleito observándolo.

—Oye, pequeño, te quiero, pero no me pongas el culo en la cara, ¿quieres?

Elvis ronronea y Elliot se despierta partiéndose de la risa y bostezando a partes iguales, mirándonos como el que ve una obra de arte. No sé si terminaré de acostumbrarme a ese escrutinio cargado de adoración, la verdad.

—Buenos días, pichurrina y pichurrín.

—¿Ah, sí? ¿Él ya es pichurrín?

—Pues claro. Venga, a desayunar, que tenemos que prepararnos e irnos. Tenemos que ver varios sitios y al final del día, el lugar espectacular del que te hablo.

—¿En el que dices que voy a flipar?

—El mismo, sí.

Nos hacemos unas tortitas entre arrumacos y risas. Elvis a veces se sube a la meseta de la cocina y es gracioso ver cómo Elliot le intenta ahuyentar sin éxito.

—¿Tú también quieres tortitas?

—No creo que quiera, pero le voy a poner de su pienso para que esté entretenido.

—Sí, anda, porfa.

Desayunamos con la melodía del maullar de Elvis, que es un glotón y parece que no tiene suficiente con su pienso. Es como si nos estuviera pidiendo tortitas.

—No, peque. Esto los gatitos no lo pueden comer.

—¡No le hagas caso! Toma un poquito.

—¡Elliot! No me lo malcríes, por favor.

—Vale, vale, jefa. Perdona usted.

No me gusta que le den cosas dulces, porque toda la información que he buscado siempre indica que el dulce les da muchas flatulencias a los gatos, pero eso no es lo peor, también les ocasiona muchos cólicos y otras dolencias que pueden ir a peor.

Me doy una buena ducha y me decanto por vestirme con una falda larga verde con un poquito de abertura en la pierna derecha y una blusa blanca en manga corta y suelta. Las Vans no se separan de mí, las combino con absolutamente todo, por lo que me acompañarán también en este trayecto. Y me plancho el cabello con ahínco para que quede perfecto.

Salimos y Elliot se prepara con un pantalón pitillo y una blusa que marca su cuerpo atlético, pero no musculoso. Es una exquisitez verlo con la camiseta de los Rolling Stones que yo le regalé.

Dejamos a Elvis suficiente agua y comida para que pase el día y nos vamos entusiasmados por vivir un día libres y juntos. Estoy ansiosa por saber a qué rincones piensa llevarme, como también, por conocer ese lugar que dice que me va a flipar. Él sabe que me gusta mucho ver las puestas de sol, por lo que las expectativas son altas. Solo queda dejarse sorprender por cada rincón y esperar a que llegue la hora.

Salimos y la primera parada con la que me sorprende es un excelente paseo en barco por el Sena. Había escuchado muchas veces esta posibilidad, dicen que no es lo mismo que ir a Venecia, pero las vistas panorámicas que te ofrece el pequeño navío son espectaculares.

Nos ponemos en la parte exterior y me sorprende al comprender por qué la llaman la ciudad de la luz. Al menos, bajo mi perspectiva, no es el alumbrado de la Torre Eiffel lo que la marca como tal sino la extensión que navega bajo los rayos del sol en un complejo idílico como es la ciudad parisina. Un lugar de ensueño que alberga incógnitas e historias sorprendentes.

Como la leyenda tan desmentida del asesinato de Juana de Arco en el mismo Sena. Es de agradecer que el guía nos indique cada lugar por el que pisamos, un poco de orden no viene mal, aunque sí que en otras ocasiones agradezco el poder ir un poquito más a la deriva.

Es un gozo absoluto poder disfrutar de la Torre Eiffel desde las tranquilas aguas del Sena, pasar por Notre Dame y que haya un matrimonio mencionando que ojalá fuese posible conocer al Jorobado. También, pasar por el increíble Louvre y el ayuntamiento. Elliot dice que repetiremos este trayecto pronto, pero al anochecer, pues es cuando las luces se alzan mostrando el brillo que porta la incógnita de la oscura noche. Un escenario romántico ideal para desconectar tras un largo día.

El trayecto ha durado una hora, se siente corto porque el disfrute es superior. Nunca había subido en barco y ahora solo pienso en repetir.

—¿Te ha gustado?

—Muchísimo. Quiero repetir.

—Volveremos.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunto impaciente, pues la experiencia que acabamos de vivir es difícil de superar.

—Ya lo verás, ya.

Nos acercamos a un camino empedrado que tiene unas casitas rosas muy simpáticas. Durante el mismo, aunque hay turistas, siento una armonía y paz insondables. Me hago unas cuantas fotografías, puesto que es una zona sencilla pero preciosa. No le hacen justicia; sé que el recuerdo que habita en mi retina será siempre mucho más fiel que todas ellas.

—He querido traerte aquí para que veas el Moulin Rouge y allí, ¿no te suena?

—¡Ostras! ¡Ostras! De la peli de Amélie. Mi superfavorita. Elliot, ¿te has acordado!

—¿Cómo olvidar algo así, pichurrina?

—Ay, el Café deux Moulins. Me muero, Elliot. Es muchísimo mejor que en la televisión, las películas o en Google Maps. Es mucho mejor de lo que pensaba.

—No sabes lo preciosa que estás cuando sonríes con esa naturalidad y sale a relucir ese hoyuelo travieso.

—Calla, tontín.

Comemos por la zona y nos deleitamos con el sabor, las buenas vistas que uno de los barrios más artísticos de la ciudad nos regala y nuestra compañía. Nos besamos con el Moulin Rouge de fondo y aunque sentimos las miradas fijas en nosotros, todo parece desvanecerse, como si estuviéramos solos él y yo en toda la extensión que componen los barrios plagados de arte de Montmartre.

Vamos hacia el coche para descansar un poco las piernas, pero no puedo evitar hacer breves pausas para contemplar cada recoveco de las callejuelas que me encuentro en la zona. La riqueza de París es incommensurable.

La siguiente parada me hace sentir cierta reticencia, ya que, si bien es cierto que no les temo a las alturas, me cuesta mucho subirme en algo alto que esté en pleno movimiento. Pero es otra de las formas de observar el *skyline* de París en todo su esplendor. Con el movimiento de La Gran Roue o, como la llamaríamos nosotros en España, la noria de París.

—Serán tres vueltas de nada, pero, si tienes miedo, abrázate a mí, ¿vale?

—Prepárate para que apriete tus manos con tanta fuerza que al terminar el trayecto no sepas si son tus manos o dos tomates.

—Mira que eres, ¿eh? Tranquila porque sé que no pasarás miedo. Al principio sentirás un poquito de vértigo, luego se encargarán la ciudad y su belleza de disipar la sensación.

Le hago caso y al subirnos, todavía esperamos unos minutos a que todos se monten para compartir esta estupenda experiencia. Cuando comienza la atracción, mis piernas sienten el breve frescor que se alza tras el inicio de la primera vuelta.

—No sé si venir en falda es lo más adecuado para esta atracción.

—¿Tienes frío? Espera.

Lo veo frotar sutilmente mis piernas para que estas entren en calor y no puedo evitar sonrojarme. No esperaba esa clase de auxilio contra el frío, pero me parece de lo más tierno.

—Gracias, tontín.

—Nada, pichurina. Atenta, observa la ciudad.

Hago lo que me dice, ignorando el tacto directo de sus manos en mi piel. Observo todo cuanto hay a nuestro alrededor y me asombra la increíble diferencia que hay entre ver la ciudad desde edificios altos o desde un barco a hacerlo desde una noria que mantiene un movimiento, aunque lento, constante. La iluminación de la ciudad parece alzarse en un bucle maravilloso. Como si sobrevolaran luciérnagas por todos los rincones, a través de ella y se reunieran para formar un grupo perfectamente compenetrado dibujando cada superficie a su paso.

—¿Lista para el último destino del día? ¿O estás muy cansada?

—No, no. Nada de cansancios. Necesito ver esa puesta de sol que tan bien has vendido.

—Está bien. ¡Vamos!

Parece que retrocedemos hacia donde estuvimos antes, pero, para mi sorpresa, nos desviamos un poquito. Justo a una zona que no he visitado físicamente, aunque la conozco por haber visto en redes y películas.

Amplias escaleras sellan la entrada de la Basílica del Sagrado Corazón y un hermoso jardín en el que puedes contemplar a varias personas disfrutar del cálido día. Ya están sentadas y dispuestas para gozar de lo que, como dice Elliot, son las mejores puestas de sol de la ciudad.

—Vamos a sentarnos aquí, en el césped. Estaremos bien y ya verás.

—¿Todos están sentados aquí por eso?

—La mayoría. Aunque otros quieren aprovechar que aquí se hacen buenas fotos. Es un sitio muy querido en París, la verdad.

—No me extraña. Me encanta. Es que mira todo esto. Es simplemente mágico.

—Me alegra que te guste. Mira, mira.

Ahí está. El sol se va agachando poco a poco bajo el movimiento meloso del viento. Nos ofrece un panorama de ensueño, sustentado por cada uno de los rayos que bailan en el cielo. No miento cuando digo que jamás había visto una puesta de sol semejante. Con la particularidad de que, al estar aquí, casi en la cima de las escaleras muy próxima a la entrada de la Basílica, se puede apreciar al detalle el cambio de tonalidades que experimenta cada segundo. Una puesta de sol con todos sus matices.

—Es impresionante. Es per-perfecto.

—Te lo dije, no hay nada que se le compare.

Se me salta una lágrima y no sé si es de la emoción del momento o es una gotita que estaba ahogada en mi interior esperando el momento adecuado para salir a la intemperie.

Podría tirarme horas aquí sentada, deleitada por la belleza del lugar, si no fuese porque la puesta de sol no suele durar más de treinta o cuarenta minutos.

Me apoyo en el hombro de Elliot y este me corresponde acariciándome el pelo. Absorta en el momento, siento que no quiero que se termine nunca. Necesito que de ahora en adelante me pasen cosas duraderas, que no sean tan efímeras que me dejen el sabor agridulce del recuerdo.

—Ha sido maravilloso, Elliot. De verdad te lo digo.

—Me alegro mucho de que te hayas sentido cómoda. Quería que descubrieras estos sitios conmigo. Que vieras por ti misma la belleza de París y compruebes cómo de bella te veo yo a ti.

—Tonti, mira que eres exagerado.

—No lo soy para nada. Bueno, ¿nos vamos o quieres quedarte un poco más?

—¿Nos vamos ya? La verdad que ha sido un día completo y estoy cansada.

—Normal. Mañana ya descansamos que el lunes hay que trabajar.

Llegamos a casa exhaustos de todo el ajetreo del día. Ha sido una experiencia vívida y maravillosa que no me importaría nada repetir. Con Elliot todo es tan fácil... y sus atenciones no se me han hecho pesadas, pues ha sabido guardar un espacio entre nosotros para dejarme disfrutar de cada uno de los momentos de nuestra excursión.

Es perfecto. Pero ahora estoy tan cansada que no puedo más que beber un buen vaso de agua, ponerme el pijama y echarme en la cama.

—Yo voy un poco más tarde, voy a ver un poco la tele.

—Vale, tontin. Descansa, buenas noches.

—Buenas noches, pichurrina.

Capítulo 19

Esta semana está siendo más pesada de lo normal en el trabajo. Echo de menos los momentos libres con Elliot, pero él es más necesario en el hospital que en casa. Vuelven a complicarse las cosas y se ve que no hay muchos en el hospital que se impliquen tanto como él.

La vocación no conoce límites y Elliot lo demuestra muy bien.

La academia sigue viento en popa y me han dicho que como siga así, pronto podré ir a la biblioteca a hacer las prácticas. Lo he hablado con Bastian y él no pone pega alguna, siempre me dice que tengo que mirar por mi futuro y no estancarme por nada, pues camareros siempre va a encontrar.

Me alegra que sea así, aunque una parte de mí se apena porque es una grandísima persona y estoy aprendiendo muchísimo. En poco tiempo se ha convertido en algo así como el papá que tengo en Francia, un auténtico regalo. Y desde luego, se lo tengo que agradecer a Fontaine.

—¡Bastian, amigo! ¿Cómo estás? ¿Sigue todo bien?

En un rincón de mi mente cabía la posibilidad de haber olvidado su voz. De no recordar ni tan siquiera un matiz.

Pero no.

Se escucha con la misma nitidez de mi recuerdo y no sé cómo hacer para pasar desapercibida.

—Travis, querido. Todo bien. Seguimos dando guerra y al pie del cañón. ¿Cómo va el trabajo?

Hablan de lo bien que va su trabajo mientras yo me agacho a colocar o, más bien, a hacer que coloco unas botellas de agua que hay debajo del mostrador.

—Mía, jovencita, mira quién ha venido. —Veo cómo Bastian se asoma por el mostrador hacia donde estoy. — ¿Mía?

—Ah, sí, perdona. Estaba ordenando estas botellas.

—¿Cómo estás? —me pregunta Travis.

—Bien.

—¿Podemos hablar después?

Qué listo es. Como sabe que delante de Bastian no puedo rechazarlo, pues no quisiera tener que explicarle lo que ha pasado. Aprovecha la coyuntura para hacerme claudicar.

—Eso, jóvenes. Hablad después que todavía queda un ratito de jornada laboral. Travis, no me la entretengas, muchacho.

—Vale, vale. Te espero fuera, Mía.

—Está bien.

Lo veo con esos ojos de cordero degollado que me impiden no rendirme ante su petición.

Y cuando no quieres, pasa el tiempo rápido. No sé si estoy segura para enfrentarme cara a cara con Travis.

Me cambio a un paso calmado para estirar el tiempo un poquito más.

—Vamos, jovencita. No sé qué os traéis vosotros dos, pero, sea lo que sea, él es un buen muchacho. Te lo aseguro. Haz caso a este viejo.

—Tranquilo, Bastian. No se preocupe, de verdad.

Me dedica una mirada condescendiente, como si en el fondo supiera qué ha pasado, pero no quisiera hurgar más de lo necesario. Los dos somos adultos y podemos hablar, aun cuando mis

ganas de hacerlo sean escasas.

Salgo al fin tras un rato de reflexión. Está apoyado en la farola como siempre, con esa mirada perdida que parece no abandonarle nunca.

—Hola —saludo con desgana.

—Hola, Mía. Gracias por aceptar que hablemos. Necesito disculparme en persona.

—No quiero que te disculpes en persona, quiero que te olvides de mí. ¿No entiendes que no puedes quebrantar así la confianza de una persona? Mucho menos cuando estábamos en pleno comienzo de lo que yo creía que era algo bonito, especial, único...

Sus ojos, ahora vidriosos, muestran un pesar y ahogo que parece sincero. Se frota las manos con nerviosismo y no para quieto con la pierna derecha.

—Claro que era especial y único. Y en lo que a mí respecta, es lo más bonito que he vivido en mucho tiempo.

—Y entonces, ¿por qué lo rompiste todo?

—Mía, no pensé que te fuera a molestar tanto. De verdad, tenía buenas intenciones. Leí de refilón el primer párrafo y supe que lo que tenía ante mí era bueno. No pude parar de leer esa historia tan desgarradora pero reparadora al mismo tiempo.

—Esa historia, que tú leíste sin mi permiso, es la historia de cómo mi corazón se rompió en mil pedazos. Cómo sucumbí al engaño de la manera más absurda. Y, sobre todo, de cómo confié en que el amor eterno existe.

—Mía, yo... lo siento mucho.

—No quiero que eso se publique, ¿entiendes? ¿Es tan difícil pedir que respeten la privacidad de uno?

—No, claro que no es tan difícil. Déjame compensarte. Eliminé de los archivos de la editorial el manuscrito como dijiste, pero te he traído la carpeta. Es tuya. La tengo en el coche.

Nos acercamos a su coche y veo cómo lo abre y accede a la guantera donde debería haber permanecido mi manuscrito hasta el momento en el que yo me despedí la última vez, o bien, hasta el día en que él lo viera y me dijese que me había dejado algo en su coche. No sé cómo pude creer que estaría bien, salvaguardado de las miradas ajenas, cuando él cayó en la tentación de cotillear sin más.

Si él tuviera la más remota idea de lo que significa para mí esa historia, de lo que supuso escribirla y, por lo tanto, guardarla y a veces, incluso llevarla conmigo misma para alejarla de cualquier mirada ajena, no habría hecho lo que hizo. O eso quiero pensar.

—Toma, Mía. Perdóname, en serio.

Rompe a llorar desconsolado y esto me desconcierta. No sé discernir entre lo que es de verdad y lo que es manipulado. Lo cierto es que verlo así me rompe en dos y me hace pensar en si, tal vez, he sido una exagerada con el tema del manuscrito o si estoy siendo demasiado dura.

Se acerca para agarrar mi mano y yo me dejo hacer. Su tacto suave me reconforta los nervios y la adrenalina de este momento. Ese sentimiento enfurecido que nace en mí por no respetar mi intimidad, se va disipando por momentos.

—Por favor, Mía. Créeme que no era mi intención hacerte daño. Tenía buenas intenciones. Lo juro.

Claudio, tengo que hacerlo porque sus ojos, ahora repletos de lágrimas como olas marinas, hacen que me compadezca y sienta que he sido muy dura con él.

—Está bien. Te perdono. Pero no olvides que me has hecho mucho daño.

—Créeme, jamás podré olvidar esa mirada dolida; jamás.

Se aproxima a mí con tacto, a pasos lentos, pero que a mí me parecen rápidos. Su boca está

sobre mi cuello y puedo sentir su aroma invasor desconcertando mi cuerpo. Soplos suaves acarician mi piel, intercalados con el gesto de breves besos. Y algo en mi cuerpo me dice que no puedo seguir con esto, pero tampoco lo detiene. Un gemido travieso sale de mis adentros y él sonríe, con esa sonrisa pícaro que lo caracteriza y que no sabía que echaba de menos.

—Oye, jóvenes. ¿Por qué no os vais a un sitio más tranquilo? Me vais a espantar a los últimos clientes y quiero cerrar esto con buenas caras.

Bastian nos alerta de la escenita que estamos formando. Pero no podemos evitar soltar una carcajada que parecía enjaulada. Le hacemos caso, nos subimos al coche y nos alejamos. Nos vamos a un lugar apartado, pero no salimos del coche, no vamos a ningún sitio.

—Mía, yo... Te he echado tanto de menos...

—Travis, no sé si sea buena i...

Me silencia posando sus labios en los míos. Le correspondo, como jamás pensé que lo haría. Su sabor símil a la miel me cautiva. Y ya no puedo pensar con claridad. Me agarra ambas manos y yo las aprieto fuerte hacia mí.

—Mía...

Me abalanzo sobre él y sin querer presiono el claxon asustándonos.

—No, no, no. Esto no está bien.

Me voy a incorporar y a salir del coche. Sé que no tengo la menor de las ideas de dónde estamos. Como también, que no puedo permanecer mucho más tiempo aquí porque si no va a suceder lo que no quiero. Elliot no me lo perdonaría.

Siento su mano agarrar mi brazo con cierta presión, pero sin llegar a hacerme daño.

—Mía, no te vayas, por favor. Te llevo yo a casa.

—No, Travis, ya voy yo.

—Pero si no sabes ir desde aquí.

Me detengo y le tengo que dar la razón. No sé dónde estamos y cómo regresar a casa.

—Está bien, Travis. Pero me llevas a casa y ya está.

Su proximidad me abruma. Siento que no podré escabullirme otra vez, ¿realmente es eso lo que quiero?

Acoge mi rostro entre sus manos y lo acuna, acaricia mi cabello con suavidad. Me agarra por la cintura y al pegarme a él siento toda su presencia dispuesta para mí. Me contraigo en un instante y sopeso los pros y contras de esta situación.

Él me besa con ferocidad, y me disperso de mi reticencia cuando compruebo cuánta sed de Travis he tenido todo este tiempo. Me alza sobre su regazo y sobre el capó. No para de besarme y acariciar todo mi cuerpo por el exterior. Me susurra palabras imperceptibles por el éxtasis que nuestros besos nos proporcionan.

Voy a hablar, pero me pide silencio con delicadeza, llevándome a la parte trasera de su coche. No lo puedo evitar. Mi cuerpo se deja hacer mientras nos entregamos al clímax absoluto. Nuestros cuerpos se funden en una tensión sexual que clamaba por ser resuelta. Jugamos entre movimientos, embestidas y miradas cautivadoras. Un juego adictivo que no sé si quiero que se acabe.

—Oh, Dios, Mía... Eres tan perfecta.

—Travis, me encantas, pero esto no está bien. Llévame a casa, por favor.

—De acuerdo, pero debes reconocer que has disfrutado tanto como yo. Mía, no es malo dejarse llevar, ¿sabes?

—Por favor.

Obedece, llevándome a casa y lo cierto es que no puedo parar de relamer mis labios

acogiendo las últimas gotas de sabor que estos guardan de los suyos. Todavía no sé qué hacer y siento que he traicionado a Elliot dejándome llevar por el traidor de Travis.

¿No podía perdonarle y ya?

No, claro que no. He tenido que sucumbir a su aroma y a sus encantos.

Llegamos y cuando veo el coche de Elliot aparcado en la entrada, el corazón me da un vuelco. Pensaba que era más temprano y que todavía llegaría a tiempo para ducharme y quitarme este peso que llevo encima.

Subo corriendo escaleras arriba. Con suerte puedo saludarle y meterme rápido a la habitación o al baño.

—¿Elliot? Has llegado pronto, ya estoy aquí.

—Hola, pichurri.

Se queda parado, me mira y su rostro se torna triste y apagado de repente. No dice nada, solo me mira con la mirada de alguien que está dolido.

—¿Has estado con él, verdad?

—Eh, sí. Vino a pedirme perdón, me dijo que no era su intención hacerme daño, que tenía buenas intenciones con lo del manuscrito. Solo quería hablar.

—Mía, no me hagas esto. Tú no, por favor.

—¿El qué?

—Mía, ¡joder! Hueles a sexo desde la otra punta de la casa. Tus mejillas están rojas y tus labios parece que han hecho una maratón de besos. ¿Acaso crees que soy tonto?

—Elliot, yo...

—Mía, déjame en paz, ¿quieres? Lárgate de mi puta casa. En serio, lárgate. Si no sabes lo que quieres, a mí no me vengas a poner la vida patas arriba y luego me dejes colgando.

—Lo siento.

—Te recuerdo que fuiste tú la que me decías que no querías más experiencias efímeras, que querías algo duradero, que no me fuera a ninguna parte. ¿Dónde has dejado todo eso?

Rompo a llorar e intento acercarme a él para que me perdone. Se lo suplico en diferentes tonos. Y por más que le digo que no ha significado nada para mí, no me hace caso. Se mete en su habitación e incluso Elvis parece pensar que está más cómodo con él que conmigo.

¿Adónde iré ahora?

Suena mi teléfono y por un momento voy a colgar pensando que es el imbécil de Travis. Pero me llevo una sorpresa cuando veo que es Marta.

Cuelgo las dos primeras veces, no entraba en mis planes que me viera romperme en mil pedazos nuevamente y menos siendo culpa mía.

Ella insiste y no me queda otra que responder.

—Tía, estamos en videollamada. No me interesa nada ver tu oreja.

—Hola.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Por qué estás llorando?

—La he cagado. Mucho, Marta.

Le cuento lo que se estaba cocinando entre Elliot y yo. Mi desliz con Travis y cómo en unos segundos de nada todo se ha ido al traste por dejarme llevar. Por seguir un instinto que nunca debí seguir.

—Cariño, ¿y ahora?

—Pues no sé si volver a Oviedo o qué hacer.

—Nada de eso. Estás forjando un futuro en Francia, ¿acaso vas a tirarlo por la borda por otro mal de amores? Si Elliot no quiere escucharte ahora, inténtalo con Travis. Pero déjame decirte

que lo tienes complicado, pequeña.

—¿Por qué lo dices?

—Mía, ¡despierta! Has traicionado a Elliot y cuando Travis te vea así, te preguntará el porqué, lo cual...

—Sí, ya. No hace falta que sigas. Estoy perdida.

—De todas formas, inténtalo. De perdidos, al río. Ay, Mía, Mía...

—No me juzgues por favor.

—No lo hago. Y yo que quería darte una buena noticia...

—Puedes contarla igual, ¿eh? Así me animas un poco.

—¡Estoy embarazada!

Grito de felicidad dándole la enhorabuena. Estoy tan contenta por ella que por un instante se me olvida el mal trago que he pasado. Aunque el peso del dolor hace mella en todo mi ser.

—Enhorabuena, pichurrina.

—Gracias, Elliot.

No me había percatado de que estaba detrás hasta que escuché su voz.

—Por favor, no seas duro con ella.

—Tiene una semana para abandonar mi casa. Ni un día más. Ya hablaremos, rubia.

—Lo siento, pedorri, lo he intentado.

—Tranquila, no pasa nada.

Cuando nos despedimos no puedo parar de mirar hacia la habitación de Elliot. Decido irme a la mía y empezar a empaquetar todo. Él lo ha dejado claro y si ya no soy bienvenida en casa, tampoco será quien fuerce su aprobación.

Le envío un wasap a Travis, a riesgo de cagarla más todavía.

Mía:

Hola, tengo que contarte algo

Travis:

¿Qué pasa?

Mía:

Elliot me ha dicho que tengo que irme de su casa. Te lo explico luego, ¿conoces algún sitio donde pueda quedarme?

Travis:

Puedes quedarte en mi casa si quieres. Tranquila, tengo cama para ti. ¿Quieres que vaya a recogerte?

Mía:

Sí, por favor.

Cojo la maleta con la mayoría de mis cosas. No es mucho, pero alguna prenda se ha quedado, ya que en las últimas semanas he ido adquiriendo más ropa y accesorios. Me he ido construyendo mi vida aquí, claro. Y así me gustaría que siguiera siendo. Le dejo una nota sobre la mesa del salón y me voy:

Elliot, quiero que sepas que no fue mi intención traicionarte. Te quiero, te quiero muchísimo. Pero él también me hace sentir cosas que no termino de asumir. Por favor, no quisiera que esto rompiera con todo lo que hemos construido durante años. Espero

que algún día puedas perdonarme. No soporto la idea de perderte para siempre. No a quien más me comprende y me conoce en toda la faz de la tierra. Por favor, cuando te sientas preparado, háblame. Espero que puedas llegar a perdonarme. Un beso. Te quiero.

Capítulo 20

El coche de Travis ha llegado más rápido de lo que cabía esperar. Su mirada de preocupación me alerta. Alza su mirada hacia arriba como buscando la ventana del apartamento y por un instante parece que su mirada se torna sombría.

—No te habrá hecho nada, ¿no?

—¿Quién? ¿Elliot? ¡No! Él es mi amigo. Solo que... la he cagado.

—Vamos a casa y me lo cuentas.

Tengo un miedo atroz, me duele el pecho de no saber cuál será su reacción. El viaje en coche hasta su casa se me hace eterno, no es como cuando íbamos por gusto a los sitios que él quería que viera. No es una excursión de placer, sino un viaje cargado de tensión y desconcierto.

Travis no sabe nada de lo que ha pasado o al menos, no parece intuirlo. Está inquieto y se nota que ha venido con lo puesto, pues ni se ha vestido, sigue con un pijama roído por el paso del tiempo.

Tengo las piernas temblorosas y no sé cuánto tiempo llevamos ya de trayecto, pero con lo que siento en estos momentos, un minuto parece varios.

—Ya hemos llegado. Trae eso. Ya la subo yo. —Menos mal que ha cogido mi maleta porque con el malestar que llevo conmigo es como si en realidad estuviese portando algo más pesado.

Subimos las escaleras hacia un cuarto piso. No hay ascensor y no sé si mis piernas cederán en algún momento.

—¿Vas bien? Si hace falta, te aúpo.

—Sí, sí. Voy bien, tranquilo.

Llegamos, aunque yo voy con la lengua fuera. Nos sentamos en el sofá nada más llegar.

La casa de Travis es más pequeña que la de Elliot, todo recogido en prácticamente una misma estancia. Solo lo separa un breve pasillo que da a la calle, el baño y la cocina. Pero el salón y la habitación es todo uno. Un amplio ventanal da al exterior y me imagino que entrará sol, pero no el suficiente para darle alegría a este hogar. Tiene estanterías cargadas de libros en cada rincón de la casa y aunque sea pequeña, se me antoja acogedora.

—Siento que la cama no esté en otro cuarto. Ese de ahí es un sofá cama. Duerme donde prefieras. Si quieres puedes quedarte tú en la cama.

—Oh, no, no. De ninguna manera te voy a sacar a ti de tu cama. Me abro yo el sofá, gracias.

Hago lo propio, se me atasca un poco el sofá y Travis me ayuda. Me da unas sábanas supersuaves que desprenden un aroma similar al de Mimosín. Me encanta.

Me voy un momento al baño a ponerme cómoda. Lavo mi cara y el rastro que han dejado mis lágrimas parece aferrarse sin consuelo. Mis ojos están rojos e irritados tras un lloriqueo constante que me ha costado un triunfo parar.

Regreso al salón y me siento, escondiendo los pies entre las sábanas.

—¿Me lo vas a contar? O ¿prefieres hablarlo mañana?

—Te voy a ser sincera, tengo mucho miedo de contártelo.

—¿Por qué?

—Porque puedo perderte a ti también.

—¿Qué puede ser tan grave para que nos pierdas a los dos, Mía?

Puedo notar en sus ojos que la duda le carcome. Quiere saber qué ocurre y yo no paro de temblar.

—Quereros a los dos.

—¿Cómo?

—Cuando decidí no perdonarte por lo que hiciste, me sentí rota. No daba crédito a que pudiera sucederme otra vez. Alguien traicionándome y para colmo, con una experiencia más efímera que la anterior.

Travis me mira desconcertado, pero su mirada es tan seria que entro en colapso y no sé cómo seguir.

—Continúa.

—Me enamoré de ti, quería conocerte, pero, me partiste en dos y Elliot... me mostró lo mucho que me quería de una forma que yo no imaginé nunca. Pues siempre nos tratábamos como mejores amigos, o eso pensaba yo.

—Y... ¿empezasteis a estrechar lazos más íntimos?

—Sí. Un vínculo más fuerte de lo que hubiera sospechado.

—¿Y jugaste a dos bandas por una tarde o pretendías hacerlo por más tiempo?

—¿El qué? ¡No! Nunca pensé hacerlo así. Caí rendida ante ti porque te quiero, pero también lo quiero a él, Travis.

—Pero no puede ser, Mía. —Resopla y me mira como aturdido—. Mira, hagamos una cosa. Mañana hablas con Bastian y le dices que yo te he contado que tiene un piso en alquiler. Es muy similar a este, pequeño y acogedor. Creo que lo mejor será que estés sola por un tiempo. Aclaras tus ideas y todo eso.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? Pues a dormir. ¿No pensarás que te dejaré sola ahí fuera? Venga, duérmete, Mía. Y gracias por tu sinceridad.

—Travis...

—¿Qué?

—Lo siento, lo siento mucho.

—Mía, no sé si querías hacerme daño tras lo que yo hice con el manuscrito o es que no sabes exactamente lo que quieres, pero, de verdad, lo mejor será que estés una temporada sola. Lo dicho, gracias por tu sinceridad. Buenas noches.

Al despertar me encuentro con una nota de Travis que me indica cómo coger el metro para ir hacia el restaurante y me deja algo para desayunar. Se ha ido muy temprano y no sé si es porque entra muy pronto a la oficina o por no verme más. Sopeso ambas ideas y la balanza se inclina más hacia la segunda opción.

Hablo con Bastian y él me dice que el apartamento está justo encima del restaurante por lo que no hay pérdida alguna y estoy incluso más cerca del trabajo y la academia; todo está bien conectado desde aquí.

Me duele en el alma haber destrozado el corazón de dos hombres a los que quiero sin saber discernir entre el uno y el otro. Sin tener ni idea de cómo gestionar mis sentimientos y qué es lo correcto en estos casos.

Mi corazón vuelve a estar como el día en que llegue a París. Astillado por todas partes por el dolor y resentimiento.

—¿Mal de amores, jovencita?

—Si usted supiera.

—Lo que yo sé es que debes elegir. Y saber hacerlo. De lo contrario, caerás al vacío más profundo y créeme, una vez que caes, de ahí es muy difícil subir. No imposible, claro. Pero sí difícil.

Me quedo pensativa y no puedo más que darle la razón. No sé si es porque Bastian tiene una relación más estrecha con Travis. Lo cierto es que ahora mismo me da igual y sus consejos no me vienen mal.

—Eh, buenas. Mira te dejo aquí a tu gato. ¡Ale, chao! —Elliot se asoma un momento, dejando a Elvis con sus cosas, y se marcha por donde ha venido sin darme oportunidad de responder.

—¿Ese no era tu amigo?

—Usted lo ha dicho... Me temo que era...

Bastian me dice que suba al gato a la casa, allí estará bien y así podré terminar mi jornada sin tener que estar pendiente, aparte de que no le hace mucha gracia tener animales en el local.

Me alivia pensar que al menos, después al llegar a casa, encontraré consuelo bajo los mimos y maullidos de Elvis.

Capítulo 21

Seis meses han pasado desde que Elliot me invitó a irme de su casa tras mi desliz con Travis. Seis que tampoco sé nada del parisino que puso patas arriba mis sentimientos haciéndome caer a un abismo de desconcierto y dolor.

Elvis está enorme, pero siento que extraña a Elliot. Eso, o es un sentimiento que yo interiorizo como suyo, pero que, en realidad, es más mío de lo que puedo admitir.

Por fin voy al examen final para la convalidación y Bastian me ha preparado un almuerzo digno para afrontarlo.

—¿Qué te parece la tortilla de patatas?

—¡Un chef, eso eres!

—No queda igual que os queda a los españoles, pero, oye, me voy apañando.

—Eso lo dices porque no ves el espectáculo que formo yo haciéndola.

Nos reímos al unísono y me da ánimos, pues él está completamente seguro de que aprobaré a la primera y podré por fin trabajar en la biblioteca. Además, ya me manejo muy bien con el francés. Ya puedo llevar conversaciones completas sin cuestionarme cómo era la palabra. El inconveniente viene cuando me pongo a hablar en español con mis padres y Marta y se me olvida puntualmente alguna palabra. Ellos se escacharran de risa.

Me suena el teléfono y veo que es una videollamada de Marta.

—¡Pedorri! ¿Cómo estás?

—Bien, nerviosa pero bien.

—¡Lo vas a bordar!

—Oye, a ver que yo te vea. Enséñame esa barrigota.

Aleja el móvil y por un momento lo posa en la mesa. Se cerciora de que esté bien sujeto y se separa hacia atrás. Hace un desfile mostrándome esa barriga hermosa que tanto tiempo ha estado buscando y me enorgullezco de mi amiga. Hacía mucho tiempo que no la veía sonreír con tanta naturalidad y brillo.

—Oye, ¿sabes algo de él?

—Pues habla poco, Mía. Está destrozado, la verdad. Si le menciono algo sobre ti, lo cierto es que esquivo el tema. Aunque a veces pregunta por ti, claro. Es algo muy raro. Y ya no sé qué hacer. Si ir allí y ponerlos a los dos uno junto al otro y que os perdonéis.

—Te equivocas. Yo a él no tengo nada que perdonarle. He sido yo la que le ha traicionado, Marta.

—A ver, Mía. ¿Tú qué es lo que quieres exactamente? Y no me digas que no lo sabes porque ya has tenido seis malditos meses para meditarlo bien.

—Pues aparte de aprobar el examen y empezar a trabajar en la biblioteca... —Me quedo un rato pensativa, en silencio, no sé si decir lo que quiero decir o quedarme callada y colgar.

—Te conozco como si te hubiera parido casi, Mía. No vayas a colgarme y dejarme con la palabra en la boca o la tenemos. Y mi oferta de ir a París sería factible si no fuera porque tengo un huevo kínder de grandes dimensiones por barriga.

—Le quiero a él.

—¿A quién?

—A Elliot, Marta. A Elliot.

—¿Y por qué no mueves tu trasero respingón y vas a por él? Bueno, ahora no, que tienes el

examen. Pero cuando salgas. ¿Por qué no vas a por él?

Sopeso lo que me dice Marta, aun a sabiendas de que las dudas son más fuertes que las ganas.

—¿Y si me cierra la puerta en la cara?

—Mía Fall, Elliot está enamorado de ti desde hace años. Le has roto el corazón, pero, créeme, nada podrá romper lo que él siente por ti porque te ama con locura y sin medida. Haz el examen, toma riesgos, lánzate al vacío como nunca lo has hecho y ve a por él.

—Está bien. Lo haré. En cuanto acabe el examen iré a su casa y a ver qué pasa.

—Y me cuentas, pedorri. Ay, te dejo que me estoy haciendo pis. Chica, soy una fuente y «roca» es mi marido.

Soltamos una carcajada las dos y colgamos.

El rastro del jolgorio deja en mí esa sonrisa inamovible que no quiero que se vaya. Siento que Marta me ha dado el chute que necesitaba para poder afrontar el examen y no desfallecer a causa de los nervios que empezaban a apoderarse de mí.

Entro en el aula para realizar el examen y los nervios están presentes en todos cuando nos miramos de reojo los unos a los otros con la mirada gacha.

Sabemos que nos hemos preparado para este momento, pero, aun así, los nervios no pueden perder su protagonismo.

Hacía ya días que no me mordía las uñas, y lo poco que me habían crecido hoy terminó por desaparecer junto aparte del esmalte rojizo que me he puesto hace dos días. Da igual lo mal que sabe, los nervios se encargarán de hacer que vuelva a caer en la tentación de descascarillarlo con los dientes.

El profesor accede, nos da las instrucciones y, a diferencia de otros exámenes, las sillas en esta ocasión están más distantes. Sabe que no somos dados a copiar, pero el protocolo dicta que debe ser así sin excepciones ni privilegios para nadie.

Nos dan un tiempo suficiente y prudencial. Creo que es de los exámenes más largos que he hecho, pero dos horas son bastantes para poder finalizar con todas las cuestiones y desarrollo de respuestas posibles. Además, lo agradezco, pues los primeros minutos me los pasé pensando en mi decisión de ir a ver a Elliot.

Marta me incitó a ello y no quiero pensar que algo vaya a salir mal. Al menos, no peor de lo que ya salió aquella tarde hace seis meses.

—Señores, pueden ir finalizando sus exámenes y dejándolos en la mesita central con su nombre y apellidos, por favor.

Nos levantamos como un resorte, revisando bien que esté todo cumplimentado y lo posamos soltando un suspiro ahogado.

—Perfecto, recuerden que en unas veinticuatro o cuarenta y ocho horas sabrán el resultado final. Muchas gracias por su compromiso. Buenas noches.

He liberado un gran peso que tenía encima haciendo el examen. Ese examen en el que, a pesar de que el dolor hacía mella en mí, he puesto mucho empeño y lo he preparado con ahínco para lograr lo que quiero. Ciertamente es que me costaría mucho dejar todo esto para volver a casa. Estoy feliz en París y trabajar en la Bibliothèque Nationale es un sueño que estoy dispuesta a cumplir.

Cojo todas las fuerzas que puedo y me dispongo a regresar hacia la casa de Elliot. Esta vez cojo un autobús y decido que lo mejor será hacer parte del trayecto caminando. Así cuando llegue estaré aireada y me dará suficiente tiempo de reflexionar lo que quiero decirle y cómo.

Me acerco al edificio y no veo su coche aparcado, por lo que decido esperar fuera. Hay un

banco muy próximo, así que podré estar ahí sentada leyendo.

No me centro, no puedo leer un párrafo sin tener que repetirlo una y otra vez porque estoy atacada de los nervios. Miro el WhatsApp y recuerdo el mensaje que me envió Travis.

Ha sido un placer todo lo que hemos vivido, pero no estoy preparado para tener algo con una persona que no tiene claro lo que quiere. Cuídate mucho, señorita desayunos.

Fue una despedida de lo más curiosa teniendo en cuenta que yo causé mucho dolor aquella tarde-noche.

Una gota traviesa cae encima de mi móvil y me lamento. Solo espero que no rompa a llover, ahora mismo no, por favor.

Cuando termino de mencionar mis súplicas, la lluvia enloquece, cayendo torrencial sin más aviso que el de una gota desprevenida.

Empiezo a empaparme y aunque intento refugiarme en la puerta del portal, el breve techo que sobresale es diminuto y no alcanza a taparme, por lo que me pongo el bolso encima de la cabeza e intento refugiarme como puedo con mis manos.

No puedo crearme que esté aquí esperándolo, no sé si darme la vuelta o seguir esperando. La lluvia no cesa, sino que aprieta más a medida que pasan los minutos. Y estoy segura de cuánto tiempo llevo aquí, pero me parece una eternidad.

La chaqueta fina que traigo está calada por completo y las Vans ya no son capaces de soportar tanta agua sin mojarme los pies.

—¿Mía?

Me giro al escuchar su voz y me percato de lo desmejorado que está. Se ha dejado durante todo este tiempo. Aun así, esos ojos bajo la luz de las farolas siguen siendo los más bonitos que he visto jamás.

—Hola, Elliot.

—¿Estás loca? ¿Cuánto tiempo llevas aquí mojándote? Anda, sube. ¡Estás empapada!

Su invitación me ofrece algún tipo de esperanza.

Vamos escaleras arriba hacia el apartamento y cuando Elliot abre la puerta me ofrece en seguida algo de ropa mía que quedaba en el apartamento y unas toallas.

—Te voy a hacer algo calentito. ¿Cómo no me llamas para decirme que estás aquí esperando?

—Elliot, yo...

—Shhh. Cámbiate y quítate esa humedad lo primero.

Me cambio en el cuarto de baño y observo que mis geles siguen tal cual estaban el día que me fui con las prisas, la frustración y ese dolor desgarrador que yo misma ocasioné. Miro todo cuanto me rodea y se me nubla la razón. ¿Qué hago aquí? No podría soportar equivocarme otra vez, no sé cómo afrontar esto, qué decirle y qué no.

—Mía, ¿va todo bien?

—Sí, ya salgo.

Elliot está tan afectado que verlo así me parte el alma. Todo es por mi culpa.

Tras darme una ducha caliente, me seco bien y me visto para poder salir y dar fin a esto de una vez por todas.

Lo veo ahí sentado en el sofá, mirando a la nada, agarrando una taza de café caliente. A la luz de la farola se veía muy gastado, pero, ya en casa, según me aproximo, puedo notar en él como si tuviera varios años más. Nada que ver con cuando él realiza largas jornadas en el hospital. Su desgaste va más allá y rompo a llorar sin ver consuelo posible.

—Lo siento tanto, Elliot...

—Me partiste en dos, Mía. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé. Me siento una completa imbécil. ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

Posa el café y sus manos, cálidas tras el abrazo de la taza, se posan en las mías. Esos ojos marrones con motitas como la miel, ahora me contemplan, muy próximos, y puedo ver la rojez que los rodea.

—Mía, he querido llamarte cientos de veces, pero me arrepentía antes de pulsar el botón. He ido a mirarte a lo lejos y a través del ventanal de tu trabajo muchas veces, porque no soportaba la idea de no volver a verte o al menos, de no saber de ti.

—Yo quería llamarte, pedirte perdón, pero me daba mucho miedo. Sobre todo, cuando vi que me bloqueaste en WhatsApp. —Siento una punzada en el pecho—. Casi me he resignado a pensar que te había perdido para siempre.

—Mía, lo que siento por ti es tan fuerte que no hay traición que pueda cambiarlo. Es cierto que me hiciste daño. Te fuiste y te acostaste con él a la primera que te insistió y no pude soportarlo.

—Lo sé, me siento una estúpida por haber caído en las garras de alguien que se ve que solo quería eso y ya está.

—Pero, ¿te hizo algo más?

—No, solo me envió un wasap diciéndome adiós, vamos.

—Oh, Mía. Por el amor de Dios, ¿por qué no has venido antes?

—Tenía miedo de que me cerraras la puerta en la cara, me volvieras a echar o simplemente a no tener la oportunidad de arreglarlo.

Varios minutos en silencio marcaron el antes y el después de nuestro reencuentro. Seis meses pueden parecer pocos, pero lo cierto es que para nosotros han parecido una eternidad.

—Llevo dos meses de baja, no he podido rendir como siempre y la verdad es que los pacientes no merecen a alguien que no pueda darlo todo.

—Yo me he distraído con el trabajo y los estudios, tengo que esperar a mañana o pasado para saber si apruebo la convalidación y, de ahí, ver si tengo posibilidades con la Biblioteca Nacional.

—¿Acaso tienes dudas? Porque yo ninguna de que todo irá bien.

—Tú siempre confiando en mí.

Vuelvo a sollozar, perdiendo todo el control posible.

—¿Te encuentras bien?

—No, la verdad es que no. Bueno, me voy, de verdad que no quiero molestar.

Me levanto y me aproximo a la puerta para irme. Porque, aunque estamos hablando calmados, siento que estoy molestando, que no debo estar aquí.

—No te vayas, por favor. —Siento su mano tirando suavemente de mi brazo, me giro y nuestras miradas vidriosas se encuentran entre sollozos y respiraciones forzosas.

—Elliot, yo...

—No, no puedo permitir que te vayas de mi lado. Haremos que funcione, ¿me oyes?

—¿Podrás perdonarme algún día?

Permanecemos en silencio varios minutos que parecen horas y la molestia de mi pecho se multiplica. Mis piernas no paran de temblar y mis manos, sudorosas, muestran el terror que estos momentos me hacen sentir.

—No puedo perdonar que te hayas acostado con otro mientras estabas conmigo, y tampoco sé si podré olvidarlo, la verdad. —Forma un juego de revoloteo con las manos en su pelo, suspira y con la mirada algo gacha, puedo sentir su proximidad como una señal de esperanza—. Lo que

sí podemos hacer es empezar de cero, Mía.

—No sé qué decir.

—No digas nada si no quieres. Pero quédate, por favor.

Lo hago y nos acurrucamos en el sofá en silencio. No mediamos palabra alguna tras aquella súplica que yo, por supuesto, no esperaba.

Aunque quedé en enviarle un wasap a Marta, esperaré a mañana porque en estos momentos, bajo el arropo de los abrazos de Elliot, no necesito ni quiero nada más que esto.

Sus manos me frotan los brazos, pues estoy tiritando en una mezcla de frío y nervios. Y mientras voy entrando en calor también me da el sueño. Y no recuerdo cómo, pero los dos nos quedamos dormidos, acurrucados en el sofá.

Epílogo

—¡Pedorri! Mira quién ha venido, Eli: la tita Mía y el tito Elliot.

Ha nacido una niña preciosa; tiene los ojos grisáceos de su madre y unos mofletes rechonchos que dan ganas de comérselos.

Hemos pedido quince días de vacaciones y decidimos que venir a Oviedo sería lo mejor, dado que llevaba ya un año sin ver a papá y mamá y podrían pensar que me olvido de ellos o los cambio por París y sus encantos.

El día está nublado, para no variar. Hemos dejado el sol de verano en París, pero mi tierra siempre me da la bienvenida con su particular calidez. Esa que solo sientes cuando sabes que es uno de tus hogares. Cuando sabes que es la tierra que te vio crecer y que, por más que pasen los años, siempre será un lugar al que regresar con una sonrisa.

—¿Cuándo pensabas volver? Con wasaps solo no vale, Mía.

—Mamá, ven aquí, boba. —Mi padre se acerca con el ceño fruncido—. Hola, papá.

—Hija, qué guapa estás. ¿Te tratan bien los franceses? —Me abraza fuertemente y tengo que aguantarme las ganas de llorar. Les echaba de menos y no sabía cuánto—. Elliot, muchacho, ¿cómo estás? Hasta que al fin das el paso. Te ha costado, ¿eh?

—Ay, si tú supieras, suegro.

Nos reímos todos al unísono. Obviamente, hemos omitido todos los contratiempos en los que nos hemos visto envueltos. No hemos querido hablar más del tema y tampoco creo que sea verdaderamente necesario que mis padres lo sepan. Marta también sabe guardar la discreción y se lo agradecemos sobremanera.

La niña nació con salud y Marta encontró pareja, un muchacho muy sano que trata a la pequeña Elisabet como si fuese suya. Yo, al fin, estoy trabajando en la Bibliothèque Nationale y Elliot se reincorporó al hospital exigiendo que amplíen la plantilla para no tener que hacer más horas de las estipuladas o necesarias.

He enviado un manuscrito a varias editoriales y, pese a que he recibido cientos de acuses de recibo sin más comunicación y varias negativas, una editorial importante me va a publicar mi primera novela. Es de fantasía, ambientada en París y con una protagonista de cabellos como el fuego que danza sin mirar atrás, mirando al frente, sonriendo y dejándose llevar.

Y en este día de reencuentro con la familia, con él a mi lado, todos sonriendo y compartiendo momentos que perduraran en nuestro recuerdo siempre, me siento feliz.

Me hace ver que las adversidades pueden ser una transición, ese toque de atención que necesitas para respirar y tomarte la vida en serio.

Que el amor verdadero puede estar frente a ti todo el tiempo y no verlo y que, en un estado de vulnerabilidad, decir no ante una situación que te nubla la razón, es lo primero.

Fin

Agradecimientos

Escribir esta historia me ha supuesto un reto dado el registro al que estoy acostumbrada, con esos toques más sombríos y algo macabros, psicológicos. Pero es una novela que necesitaba escribir. Que me pedía que le diera voz hace tiempo y a la que le he puesto ese cariño especial que le cogí a París. Fue algo más liviano, un viaje a una ciudad que me enamoró en 2009. Porque, ante todo, me encanta dejarme llevar y contar historias. Y espero que tú, que has llegado hasta aquí, hayas disfrutado con estos personajes que me acompañaron durante un proceso que ha sido mágico y especial para mí.

Quiero agradecer a mi marido todo el apoyo que me brinda día a día porque sin él, la mayoría de mis historias se quedarían guardadas en un cajón acumulando polvo. Gracias, porque la luz y refugio que me das es más de lo que yo habría podido soñar. Te estaré eternamente agradecida por tu insistencia y por creer en mí hoy y cuando yo no lo hacía.

Quiero también darle las gracias a mi sestra, quien está ahí aguantando mis desvaríos (al igual que yo los suyos) apoyándonos mutuamente en cualquiera que sea nuestro proyecto. Salga o no a la luz.

Ely y Mabel, compañeras de letras y amigas. Yo las llamo mis mamis literarias. Porque me cuidan y en esos días de bajón, me dan un chute de sabiduría y motivación que acaba con el síndrome del impostor de un golpe.

A Sandra, David, Ruth, Ángel, Merche, Juanca, Javi, y todos los que me acompañan en mis locuras dentro de la plataforma morada, pero, sobre todo, en cualquiera de mis proyectos, impulsándome y enseñándome a valorar mi trabajo. Por ser amigos, por ser hogar.

A Verónica y Lorena, por ser dos maravillosas personas que este mundo literario ha puesto en mi camino. Gracias por vuestros consejos y por estar ahí.

A Yarielis por ofrecer ese entusiasmo, amor y cariño por este proyecto y los que vendrán además de su amistad.

Y a todos aquellos que comparten esta pasión y este viaje de la autopublicación, porque formamos una piña.

Por último, pero no menos importante, a vosotros los lectores, que hacéis posible que continúe esta aventura. Porque con vuestras lecturas, reseñas y apoyo, hacéis que merezca verdaderamente la pena.

Gracias, gracias, gracias.

Acerca de la Autora

Omayra Montes nació en Asturias, por aquellos maravillosos años 90. Lectora empedernida, apasionada del increíble mundo de las letras, sus géneros predilectos abarcan el *thriller*, novela negra, terror, romántica, fantasía y prosa poética. Encuentra en la lectura y la escritura un refugio.

En su cuenta de instagram [*@enriquecedoralectura*](#) comparte su pasión por la lectura, mediante reseñas y la muestra de libros nuevos que llegan a su colección. Anímate a seguirla y compartir con ella tus lecturas, así como contarle qué te ha parecido este u otro de sus libros.

Books By This Author

[Treinta y un comienzos](#)

Treinta y un comienzos recopila varios relatos nacidos en Octubre.

En los cuales encontramos metáforas escritas dentro de diversos géneros literarios, fantasía, terror, suspense, romance.

Más de treinta historias diferentes a las que el lector les podrá dar su visión e imaginar su continuidad.

[Delirios de una confinada](#)

El pasado de Carly se vio truncado cuando decidió enamorarse de el chico equivocado. Su paso hacia una vida mejor, le ha dado calma durante un tiempo pero, unas notas anónimas llegan para ponerlo todo patas arriba y hacerla verse tan perdida como hacia mucho que no se sentía.

Tim, está abocado a un mar de errores. Su pareja no hace más que hacerle la vida imposible. Viajará a España con el fin de encontrarse.

¿Qué ocurre con las notas anónimas?

¿Quién está tras ellas?

¿Qué sucederá con estas dos almas perdidas?

[Divagaciones a flor de piel](#)

Es una breve recopilación de textos, poemas, sentimientos. Salidos de lo más profundo del ser y el sentir.

Palabras que resaltan, mostrando emociones que pueden ser mías, o tuyas.

Palabras cargadas de dolor, incertidumbre, amor, nostalgia, superación...